

SÉCULO XX

MARTÍN GARCÍA MÉROU [1900]

IV

[trechos]

*

O Uruguay de Basílio da Gama (árcade de Roma, *cela va sans dire*, bajo el melífluo nombre de *Termino Sipilio*¹), merece detener un momento nuestra atención. Su autor nació en Minas y estudió humanidades en Rio de Janeiro en la orden de los Jesuítas, donde estuvo como novicio. Su obra principal es aquella de que voy á ocuparme, escrita con el fin de atacar á los Jesuítas, á quienes hiere sin temor, especialmente en las notas que acompañan los cinco cantos del poema. En él aparece por primera vez el indígena en la poesía colonial, destacándose sobre un fondo americano y apegado al suelo de su nacimiento. Sin duda, ese salvaje es demasiado orador, y llama á su ayuda todos los tropos de la retórica clásica ó lanza al viento imprecaciones é invocaciones, como los demonios de Milton. Pero, eliminando esas pequeñas contribuciones pagadas al gusto de la época, debemos aplaudir sin reserva la entrada à los palacios de la Musa clásica, de esos *va-nu-pieds* que se llaman Tatu-Guazú y Cacambo. Es lástima que la seriedad trágica de este sufra por el recuerdo del inmortal *valet* que acompaña en sus peregrinaciones al Cándido de Voltaire, – y desde luego me asombra que algún comentador sagaz no haya encontrado en el poema de Basílio da Gama el origen de aquel impagable mestizo del Tucumán, testigo de las desdichas de Cunegunda. Volviendo al *Uruguay*, confesamos desde luego que, a pesar de la sonoridad de muchos de sus endecasílabos, su estilo se resiente a menudo de descuidos lamentables y de debilidad en la expresión. Sin embargo, tiene fragmentos dignos de ser apreciados, y merece, vivir aunque no sea sino por un verso magistral que corona la descripción de la muerte de Lindoya. Por lo demás, desde el comienzo de esta obra, se ve otra animación, otro vigor, algo más humano, que lo que se admira en la mayoría de las producciones de su

1 No original, por gralha: “Silipio”.

época. Escuchad este principio, que traduzco casi al pie de la letra por la semejanza del idioma, y veréis que él no es indigno de figurar en cualquier antología del siglo pasado:

Despiden humo en las desiertas playas,
Lagos de sangre cálida é impura,
En que ondean cadáveres desnudos,
Pasto de cuervos!... Oyese en los valles
El ronco son de airada artillería...
Musa! honremos al Héroe valeroso
Que el rudo pueblo de Uruguay domara,
Y en su sangre lavó con fuerte mano
De los decretos reales el insulto.
Ah! tanto cuestas, ambición de imperio!...
Y vos, por quien el Marañón suspende
Rotas cadenas y pesados grillos,
Héroe y hermano de héroes, si á lo lejos
Guardáis de vuestra América recuerdo
Mis versos protegéd. Pueda yo en tanto
Acostumbrar al vuelo soberano
Las nuevas alas en que os lleve un dia.
De esta suerte, medrosa deja el nido
Por vez primera el águila valiente
Que después huye de la humilde tierra,
Y va á ver de más cerca en el empireo
El aire azul, donde no alcanza el rayo...

[Canto I, v. 1-20]

El señor Romero elogia con razón la belleza de muchos de los versos de Basílio da Gama. Este poeta mostró dones nativos muy apreciables, y sus descripciones son con frecuencia elocuentes y naturales. El cuadro del desfile del ejército que va a marchar a las orillas del Uruguay, es pintoresco é interesante. No lo es menos el combate en que luchan cuerpo a cuerpo Gerardo y Tatú-Guazú “armado el pecho de escamosa piel, de un yacaré disforme que matara”, y en que el tape Cepé² rindió

² No original, por gralha: “Gepé”.

la vida, renovando proezas dignas de figurar en el poema de Ercilla. El *Uruguay* posee su correspondiente escena de maleficios, desplegados con motivo de la visita de la desgraciada Lindoya a la bruja Tanajura, que apelando a artes diabólicas le revela la muerte de su amado. Pero el trozo popular y clásico por excelencia del poema de Basílio da Gama, es el de la muerte de Lindoya, que busca en el suicidio un medio de escapar a la obligación de ser infiel a la memoria de Cacambo. He ensayado la traducción literal de este fragmento que es, como lo he dicho antes, uno de los más conocidos de la poesía brasilera:

Entran al fin del bosque primitivo
En la parte más triste y más distante,
Donde al pie de una piedra ennegrecida,
Cubre una ronca fuente que murmura
Un dosel de jazmines y de rosas.
Este lugar delicioso y triste
Cansada de vivir, buscado había
Para morir la mísera Lindoya.
Reclinada, parece que durmiera
Sobre las blandas y mimosas flores;
Apoyaba su rostro en una mano
Y ceñía con la otra el rudo tronco
De un fúnebre ciprés que derramaba
Melancólica sombra. Al acercarse
Descubren que en su cuerpo se ha enroscado
Verde serpiente y lo pasea y ciñe
Pescuezo y brazos y le besa el seno.
Huyen al verla así, sobresaltados,
Y paran llenos de terror, distantes;
Y no se atreven a llamarla, y temen
Que despierte asustada, irrite al monstruo
Y apresure, al huir, su horrible muerte.
Empero, el diestro Caitutú, que tiembla
Del peligro en que mira a la doncella,
Dobla el arco vibrante sin demora,
Dos veces trata de soltar el tiro
Y dos veces lo deja vacilante
Entre la rabia y el temor. Estiende

El arco al fin, y la veloz saeta,
Rozando el pecho de Lindoya, hiere
A la feroz serpiente, que clavados
Los dientes deja en el vecino tronco.
Azota el campo con ligera cauda
El monstruo horrible, y en tortuosos giros
Se enrosca en el ciprés, y vierte envuelto
En negra sangre el lívido veneno.
En brazos lleva a la infeliz Lindoya
El desgraciado hermano, que al tocarla
Descubre con horror sobre su rostro
La señal del veneno, y mira herido
Por el diente sutil el blando pecho.
Los ojos en que amor reinaba un día
Llenos de muerte; y muda aquella lengua
Que al sordo viento y a los ecos todos
Contó la larga historia de sus males.

*

*Conserva aún el pálido semblante
Un no sé qué de dolorido y triste
Que hace gemir al corazón más duro,
Tan hermosa en su rostro era la muerte!*³

[Canto IV, v. 144-186; 194-197]

Fonte: *El Brasil intelectual: Impresiones y notas literárias*. Buenos Aires: Félix Lajouane, Editor, 1900, pp. 31-7.

³ Nota do original: “El verso portugués, que es célebre y realmente delicioso, no puede ser traducido en otra forma. El original dice así: *Tanto era bela no seu rosto a morte!*”.

Basílio da Gama e os Jesuítas

Não vem longe o dia 31 de julho, em que a Igreja comemora a morte de Inácio de Loyola, fundador da Companhia de Jesus (1556), e as letras pátrias deploram a perda (1795) do exímio poeta mineiro José Basílio da Gama.

Da coincidência desses dois fatos ocorridos na mesma data, com o intervalo de 239 anos, tiraremos assunto para os presentes apontamentos – agora que de novo vão ser explorados os subterrâneos do morro do Castelo, onde, segundo é fama, estão guardadas imensas riquezas, pertencentes aos Jesuítas.

Triste, como é sabido, foi a vida do ilustre autor do poema *O Uruguai*, cortada toda de suspeitas, perseguições e fundas amarguras.

Educado e protegido pelos Jesuítas, deixou o colégio, quando foram presos aqui no Rio de Janeiro os discípulos de Loyola; visto como não havia ainda professado, e pela lei de expulsão era isso concedido aos noviços.

Suspeito sempre aos olhos dos partidários de Pombal, pôde afinal, graças a um soneto, conquistar as boas graças de Sebastião de Carvalho, que o fez oficial da Secretaria do Reino (1774), teve mais tarde de suportar novos dissabores, sátiras e remoques, quando se levantou a reação no reinado de D. Maria I, procurando pôr por terra a grande obra do poderoso ministro de D. José.

Ao exímio cantor de Lindoia podemos com segurança aplicar a verdade do anexim – “preso por ter cão, preso por não ler cão!”.

Pena venal, mau-caráter, ingrato, mentiroso, interesseiro, adulator, tais os apodos que uns e outros lançavam contra o nome daquele, cujo merecimento poético tem sido com justiça aferido por críticos e literatos como Cunha Barbosa, Varnhagen, Pereira da Silva, Ferdinand Denis, Wolf, Castilho, Paula Meneses, Juan Valera, Nunes Ribeiro, Inocêncio da Silva, Garrett, Fernandes Pinheiro, Camilo, Félix Ferreira, J. Norberto e Arthur Montenegro.

Quando em 1769 Basílio da Gama deu à luz da publicidade o seu belo poema *O Uruguai*, cantando os feitos dessa espécie de Guerra de Canudos, não só nos versos, mas em notas históricas explicativas, atacou com virulência seus antigos mestres e protetores, exagerando ao sabor do

tempo as calúnias e inverossimilhanças amontoadas pela política contra os discípulos de Loiola, aos quais o Brasil tanto deveu nos primeiros tempos de sua história.

De que essas notas, escritas de outiva, pois Basílio da Gama não podia estar no teatro da guerra e se guiou por informações, não merecem importância, temos a prova na última edição do poema (1900) feita por Montenegro, que mostrou com proficiência erros grosseiros acerca da topografia do hoje estado do Rio Grande do Sul.

Os Jesuítas não se calaram e, ou em 1786 ou muito antes, em resposta ao *Uruguai* publicaram em Lugano uma memória intitulada *Resposta Apologética ao poema intitulado O Uruguay composto por José Basílio da Gama e dedicado a Francisco Xavier de Mendonça Furtado, irmão de Sebastião José e Mello, Conde de Oeyras e Marquez de Pombal*.

Segundo Fernandes Pinheiro, esse escrito devia ter sido publicado muito antes de 1786. A alusão de estar *ainda* Basílio servindo o lugar de oficial, a qual se encontra no texto da *Reposta*, indica que os seus desafetos procuravam incomodá-lo e aproveitar-se da nova ordem de coisas para o demitir.

Entretanto o poeta, como lemos em Pereira da Silva, em 1787 conservando o emprego, obtinha o título de escudeiro fidalgo da Casa Real com *450 de moradia por mês e mais o de cavaleiro fidalgo com trezentos réis mais de moradia e um alqueire de cevada*.

Bastou que o primeiro entusiasta de Basílio da Gama taxasse de verrina difamatória a publicação anônima para que esta não mais fosse lida com cuidado.

Há no arquivo do Instituto Histórico cópia manuscrita da *Resposta Apologética*. Em dias do ano passado a líamos quando fomos agradavelmente surpreendidos pela presença de Eduardo Prado.

Indagado o objeto da leitura, fez-nos o emérito paulista justas considerações críticas sobre Basílio da Gama. Chamando nossa atenção acerca dos pontos em que o autor anônimo levava vantagem ao poeta, na refutação das notas. Pondo de parte invectivas e odiosidades, a *Resposta Apologética* tem muita coisa curiosa e pouco conhecida.

Publicaram-se, nessa época, acerca das riquezas dos Jesuítas, na *Tribuna*, interessantes artigos em que figuravam documentos firmados pelos padres.

Para estudar a autenticidade dessas provas comprometeu-se Eduardo Prado a escrever para Roma. Enviando cópia da ata lavrada após a

invasão francesa de 1710, a ver se eram reais os personagens signatários desse documento. Depois, em breve, veio a morte inesperada do grande homem de letras, e tudo ficou em projeto.

Em uma das notas do *Uraguai* escreveu Basílio da Gama o seguinte: “Contudo isto, é coisa certa, que se lhes não achou dinheiro de consideração, no sequestro. Pouco tempo depois de partirem (os Jesuítas) daquele porto (Rio de Janeiro) se apresentou ao conde de Bobadela um leigo pedreiro, dizendo que vinha descobrir o lugar onde, por ordem dos padres, tinha escondido o dinheiro. Com efeito, já se não achou mais o lugar nos alicerces da igreja nova. Eles assim que viram que o leigo despira a roupeta fizeram uma ligeireza das suas”.

A isto responde o autor anônimo: “Imensas riquezas dos Jesuítas, quando se sabe que apenas podiam suprir as grandes despesas que faziam nos transportes e nas matalotagens dos sujeitos, que da Europa iam para a América, ou na América se mudavam de umas partes para outras! Além de que, dado e não concedido, que esta religião excedesse às mais nas rendas e bens que possuía, nem por isso esse excesso lhe era supérfluo, para acudir às enfermidades, principalmente não aceitando eles (os Jesuítas), dotes, nem estipêndio pelas missas e sermões ou algum outro ato de seu ministério.

Se eram imensas tais riquezas – onde estão hoje e onde se conservam? Eles não as trouxeram consigo; porque vistos e revistos com toda exação os seus cubículos e baús, esquadrihados todos os lugares subterrâneos e ainda os tetos das igrejas, despojando-os de tudo, menos de algumas e poucas alfaias de seu uso, os obrigaram a sair dos colégios. Vieram essas riquezas por Portugal e Espanha? Se vieram por Espanha, como esta se achou tão pobre que começou a usar de cédulas?

Os de Portugal pediram aumento da pensão e se lhes respondeu que para tanto não abrangiam as rendas que possuíam. Ou não existiram ou sumiram-se por arte do Diabo! Teriam escondido, como fizeram os do Rio de Janeiro por um leigo nos alicerces da Igreja Nova? *Ora* (o grifo é nosso) *eu não quero negar este fato (ainda que o podia negar), não sabendo de certo se é falso ou verdadeiro*. Não eram os Jesuítas tão parvos que fossem confiar *esse segredo* a um leigo... Dando de barato a verdade do fato, pergunto ao sr. Gama: se ele soubesse que lhe haviam de ir à sua casa sequestrar todos os seus bens por um crime falso, não faria diligência para ocultar tais bens? O que o sr. Gama faria *sem exemplo*, fizeram os Jesuítas em *boa consciência*. Não vitupere os Jesuítas de

fazerem o que todos fariam em semelhantes casos e circunstâncias. *Se acaso ocultaram o dinheiro – era seu e não alheio. Se depois o tiraram d’onde o tinham escondido, não foi ligeireza – foi cautela, foi advertência, foi prudente resolução”.*

Estas palavras maquiavélicas geram em nosso espírito incertezas quanto aos tesouros do Castelo, e é por isso que, quando pedem a nossa humilde opinião, sobre a existência deles, respondemos: pode ser que sim, pode ser que não. Entretanto, na última edição do poema *O Uruguai*, feita em Pelotas (1900), Montenegro emite este juízo: “as riquezas dos Jesuítas ficaram no Brasil e aos poucos vão sendo retiradas pelos seus agentes ou descobertas por acaso”.

Cito o seguinte fato: em fins de junho de 1890, um bando de Ciganos apareceu em Cruz Alta e acampou na estrada que vai ao Passo Fundo, pouco além da lagoa da Barra, *exatamente* na crista da Coxilha Grande.

No dia 4 de julho desapareceu esse bando misterioso, e ninguém em todo o Estado sabe a direção que levou. Visitado o lugar, foi vista larga escavação, e na profundidade de cinco palmos *um caixão de pedra de cantaria*, admiravelmente trabalhado, estando a tampa ao lado da escavação. E note-se que em toda aquela zona não existe pedra igual à do caixão. A conclusão lógica a tirar é que ali se guardara avultado tesouro e que os pretensos Ciganos o encontraram por meio de observação astronômica, *pois só cavaram naquele lugar*.

E quem seriam esses Ciganos se não emissários dos antigos dominadores daquela região?

Sobre minúcias deste fato manda o operoso autor ler a *Gazeta Serrana* de 13 de julho de 1890 e o *Almanaque Literário e Estatístico do Rio Grande do Sul* de 1893, pág. 35 (Crônica).

Biblioteca, com certeza, não será encontrada nas explorações do Castelo, porque os livros pertencentes aos Jesuítas foram levados à praça pública, como consta do volumoso catálogo, escrito em letra miúda (naturalmente cópia), o qual pode ser visto no arquivo do Instituto Histórico.

Quanto a manuscritos, é possível descobri-los dentro das enormes paredes do edifício do antigo colégio.

Conta Mello Moraes pai, que o conselheiro dr. Antônio Manuel de Mello e o brigadeiro Ernesto Augusto César Eduardo de Miranda referiram que, estando-se a fazer obras nas cozinhas dos Jesuítas, sentiu-se enfraquecido o lugar de uma parede, e ao abater-se caiu o

frontal de uma espécie de armário de tijolos, feito dentro da parede, onde estavam guardados e bem conservados muitos dos documentos manuscritos, e como os trabalhadores lhes não dessem *grande valor*, os mandaram deitar no quintal. Quando desse fato teve notícia o conselheiro Mello, alguns dias depois, mandando em busca dessas preciosidades, estavam os papéis dilacerados e completamente inutilizados pelas muitas chuvas, de modo a se não poder ler uma palavra!

Aproveitando o espaço que nos resta, daremos, com referência a Basílio da Gama, uma notícia que deve alegrar aos estudiosos da História e Literatura brasileira.

Em uma pasta deixada por Joaquim Norberto de Sousa Silva na secretaria do Instituto Histórico, encontrou o sr. conselheiro Araripe grande número de notas, interessantes apontamentos bibliográficos sobre os trabalhos poéticos de Basílio, e cartas autografadas de diversas pessoas importantes, dando a Norberto informações sobre a vida do autor do *Uraguai* e do *Quitúbia*. O sr. conselheiro Araripe cuidadosamente encadernou todos esses papéis, que estão guardados no arquivo do mesmo Instituto.

Parece que Norberto tinha em mira a publicação de uma nova edição de todas as obras de Basílio da Gama, e esperava ainda por mais minuciosas informações sobre a biografia do poeta: pois, como é sabido, ela oferece muitos pontos obscuros e de difícil explicação.

Em 15 de maio de 1891 a morte surpreendeu o ilustre literato sem ter podido levar a cabo o seu patriótico projeto.

Ainda dessa vez foi infeliz o nosso José Basílio da Gama! Fica ele à espera de uma biografia verdadeira; porquanto as que têm sido escritas são um perfeito *imbróglio*, contraditórias e até anacrônicas.

Entre as cartas supramencionadas são dignas de leitura as de João Francisco Lisboa, bispo D. Antônio Viçoso, padre Correia de Almeida, Inocêncio da Silva, barão de Nogueira da Gama, dr. Jerônimo Penido e conselheiro José Feliciano de Castilho.

Fazer extrato de tais documentos nos levaria muito longe; eles, até certo ponto, esclarecem algumas fases da vida de Basílio da Gama.

Prestamos serviço aos literatos da terra, que deste modo ficam avisados; pois encontrarão farto manancial para tal mister nesse caderno, onde está compendiado tudo quanto a respeito pôde obter o operoso Joaquim Norberto.

Se Félix Ferreira tivesse tido conhecimento dessas cartas teria, cremos, feito trabalho mais completo, quando pelas colunas do *Jornal do Commercio*, em 31 de julho de 1895, primeiro centenário da morte de José Basílio, procurou levantar do esquecimento a memória do poeta, nas veias do qual corria sangue do imortal Vasco da Gama, cujo brasão Basílio usava, por mercê régia, desde 1771.

29 de julho do 1902.

Fonte: “Basílio da Gama e os Jesuítas”. In: FAZENDA, José Vieira. *Antiquilhas e memórias do Rio de Janeiro*, v. 1. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, Tomo 86, v. 140, (1919). Rio de Janeiro: Imprensa Nacional, 1921, pp. 284-9.

Duas palavras sobre o Caramuru

[trechos]

Em 1781, quatro anos depois de voltar de Roma, publicou Durão o seu poema [*Caramuru*].⁵

A ideia, que por ventura lhe sorria de longe, deve-se-lhe ter radicado mais eficazmente, desde que leu, a partir de 1769, o *Uraguai* do seu patricio José Basílio da Gama, que simultaneamente viveu em Itália de 1763 a 1767. [...]

*

Objetar-me-ão, sem dúvida, que primeiro iniciou este gênero o autor do *Uraguai*, publicado doze anos antes do *Caramuru*.

A isso responderei sinceramente e muito à boa paz, que José Basílio da Gama foi sempre, e acima de tudo, um árcade.

As cenas e descrições do seu poema, realçadas aliás por versos de embaladora melodia, prenúncio do romantismo, são, se bem se repara, meros quadros italianos da época, lardeados de nomes exóticos, mais ou menos verossímeis.⁶

Descrevendo a América, o poeta parecia ter incessantemente diante dos olhos a Europa cuja civilização o deslumbrara irresistivelmente.

Tintas de cor local e paisagens de inspiração propriamente americana há poucas; e essas mesmas, indecisas e conjeturais, porquanto o poeta desconhecia inteiramente as regiões e os costumes das tribos em que localizou a ação.⁷

4 Pseudônimo do padre Antônio Antunes Vieira.

5 Nota do original: “Com estranha inadvertência pretendeu o cônego Fernandes Pinheiro inferir de umas palavras do autor, que tivera em mira seguir as pegadas de Camões nos *Lusíadas* e de José Agostinho de Macedo no *Oriente*. O *Caramuru* foi impresso 33 anos antes do *Oriente*”.

6 Nota do original: “O próprio nome de Lindoia é ficção do poeta. Na citada crítica ao *Uraguai*, (*Resposta apologética*, pág. 131) o seu autor, que viveu bastantes anos entre os índios das Reduções, assevera que na tribo uruguaiana não existia mulher alguma com o nome de Lindoia. A propósito dessa refutação ou *Resposta* observa com descabida estranheza o sr. Teófilo Braga que ela teve o grave defeito de vir tarde. Mas como poderia vir cedo, se o seu autor, o jesuíta P. Kaulen, gemia sepultado nos calabouços de S. Julião ao tempo da publicação do poema, e por lá jazeu ainda mais uns oito anos até ao reinado de D. Maria I, que lhe abriu as portas do cárcere? Queria talvez o imprevisto doutor que o preso escrevesse *às escuras e sem tinta*? O sr. Braga, se refletisse nisto, já não acharia a *Resposta* serôdia”.

7 Nota do original: “Cf. *Resposta ao Poema Uruguay* p. 12 e seguintes”.

De resto todo o poema respira ódios; e não sei eu que possa aquecer duradouro entusiasmo artístico uma diatribe nervosa que teve por musa inspiradora a Calúnia.⁸

Tal é, sinceramente exposto, sem acanhamento nem dogmatismo que detesto, o meu juízo pessoal dessa obra, a que não pretendo contudo desluzir o merecimento, insuficiente ainda assim a justificar os hiperbólicos encômios de que foi alvo.⁹

Funda impressão de desagrado e mágoa deve ter produzido no espírito de Durão a leitura do *Uruguai*.

Aquele acervo de calúnias, em prosa e verso, acumuladas ali com tão minguado critério e arremessadas com desvairado rancor contra a honra da Companhia cuja inocência ele se apostara a defender à custa de tamanhos sacrifícios, deve ter revoltado a consciência de Durão, sugerindo-lhe porventura o ideal mais levantado de um poema em que o sentimento regional se aliasse à verdade histórica para enaltecer e consagrar as lídimas glórias da sua Pátria.

Ademais conhecendo quanto aos Jesuítas deve o Brasil, o frade poeta não hesitou em fazer-lhes justiça numas estâncias do seu poema, que são um desassombrado protesto às mordazes objurgatórias do *Uruguai*, protesto nobremente desinteressado, porquanto o poeta nada tinha que esperar da já então extinta Companhia de Jesus. As estrofes são estas:

De Varões Apostólicos um bando
Tem de inocentes o esquadrão disposto
Que iam na Santa Fé disciplinando;
Todos assistem com modesto rosto:
O Catecismo em cântico entoando,
No idioma Brasílico composto
Do Exército, que Inácio à Igreja alista,
Para empreender a bárbara conquista.

⁸ Nota do original: “Na contextura de sua obra Basílio da Gama inspirou-se largamente do calunioso panfleto do seu mecenas, Sebastião de Carvalho, intitulado: *Relação abreviada da República Jesuítica, que os Religiosos da Companhia tinham estabelecido nos Domínios ultramarinos*, etc. O P. Isla opinava que o verdadeiro autor deste libelo foi o pseudofrade *barbadinho*, Luís Antônio Verney, um dos oráculos de Pombal. (Cf. *Obr. cit.*, carta CV, p. 592)”.

⁹ Nota do original: “Um versejador do tempo não duvidou equipará-lo à *Iliada* de Homero: ‘Não é presságio vão: lerá a gente/ A guerra do *Uruguai*, como a de Troia’. Semelhantes paralelos por si se refutam”.

Sentiu da Pátria o público proveito
O Monarca piíssimo que impera;
E estes Varões famosos tinha eleito
A instruir o Brasil na Fé sincera:
Eles toda a conquista houveram feito
E o imenso Gentio à Fé viera
Se cuidasse fervente o santo zelo,¹⁰
Sem humano interesse em convertê-lo.

São desta espécie os Operários santos
Que com fadiga dura, intenção reta
Padecem pela Fé trabalhos tantos;
O Nóbrega famoso, o claro Anchieta:
Por meio de perigos, e de espantos,
Sem temer do Gentio a cruel seta,
Todo o vasto sertão têm penetrado
E a Fé com mil trabalhos propagado.

Muitos destes ali, velando pios,
Dentro às tocas das árvores ocultos,
Sofrem riscos, trabalhos, fomes, frios,
Sem recear os bárbaros insultos:
Penetram matos, atravessam rios,
Buscando nos terrenos mais incultos
Com imensa fadiga, e pio ganho
Esse perdido mísero rebanho.

Mais de um verás pela campanha vasta
Derramar pela Fé ditoso sangue;
Quem morto às chamas o Gentio arrasta,
Quem deixa a seta com o tiro exangue:
Vê-los-as discorrer de casta em casta,
Onde o rude Pagão nas trevas languê;
E ao Céu lucrando as miseráveis almas,
Carregados subir de ínclitas palmas.¹¹

¹⁰ “O *santo zelo*. Não referimos esta expressão aos sujeitos, de que se fala, que fora uma contradição; mas vagamente a *quem* houvesse sido causa de decaírem aquelas missões”. (Nota original de Durão.) É transparente a alusão ao ex-ministro. Que teria sido do poeta, se o tigre homiziado em Pombal ainda tivesse garras?”

¹¹ Nota do original: “*Caramuru, poema épico do Descobrimento da Bahia*, por José de Santa Rita Durão

É pois evidente que, malgrado uma intencional aproximação que deles se tem pretendido fazer, os dois poemas brasileiros diferem tanto um do outro como os seus autores. Mostraria desconhecer totalmente o caráter isento do autor do *Caramuru* quem o equiparasse ao do ex-jesuíta, adulator de Pombal.

*

Daqui facilmente se compreenderá o entusiasmo com que foi lido e aplaudido o poema de Basílio da Gama, ao passo que o *Caramuru* foi acolhido com a imerecida frieza que tanto magoou o seu autor.¹²

Aplaudir diatribes contra a Companhia era o meio mais eficaz e pronto de captar as boas graças de Carvalho, sob cuja inspiração e auspícios foi composto e publicado o *Uraguai*.

Pelo contrário Frei José de Santa Rita Durão foi desde logo apontado à facção pombalina como iscado de Jesuitismo, apenas se tornaram conhecidas as cinco estâncias e a respectiva nota, onde o poeta além de exaltar os Jesuítas portugueses condena, embora veladamente, a obra nefasta do ministro. O frade fora audaz em demasia; mas essa audácia era um sintoma.

Fonte: “Introdução”. In: *O poeta Santa Rita Durão: Revelações históricas da sua vida e do seu século*. Bruxelas/Paris: L’Édition. D’Art Gaudio, 1914, pp. LXII e LXXV-LXXIX.

(Bahia, 1837) Canto X, est. 53 e seg”.

¹² Nota do original: “A indiferença com que foi recebido o *Caramuru* produziu tamanho desalento em Durão, que, diz-se, rasgou todas as poesias líricas que ainda conservava inéditas. Afirmou-se até que este desgosto lhe apressara a morte, sucedida em Lisboa apenas três anos depois da publicação do poema”.

Uruguai

O Uruguai, com que José Basílio da Gama¹³ saiu a público em 1769, é que logrou transplantar para o Brasil a poesia épica, como Cláudio Manuel da Costa pensou fazer. O assunto do poema é de escassas proporções; não o anima um verdadeiro espírito heroico e tem um significado de episódio local, que logo se liga ao interesse humano por um elo partidário e ocasional, a geral animadversão que perseguia os jesuítas na segunda metade do século XVIII. Esse assunto, até na duração breve, é a sublevação dos índios dos Povos das Missões do Uruguai por motivo do Tratado de Madrid, de 1750, que para definitivamente resolver o pleito da Colônia do Sacramento entregava a Portugal aquele território. Como aqueles povos houvessem sido missionados pelos jesuítas, a guerra resultou em nova carga de culpas para estes.

O poema, que por enfileirar na corrente da jesuitofobia, tem sido mal apreciado pelos escritores jesuítas, sempre tão bem-informados da história e da literatura do Brasil, está longe de ser uma obra banal, sobretudo quando considerado sob um critério dinâmico. É uma verdadeira obra de precursor da reforma literária do século imediato. José Basílio da Gama ousou compor uma epopeia sobre assunto seu contemporâneo e, por esse e outros característicos, inteiramente fora da teoria que ao gênero rigidamente fixavam as poéticas, que eram então sem esforço tirânico os códigos do gosto. Nem proporções heroicas, nem alcance humano, nem o recuo cronológico necessário para a boa perspectiva e serena apreciação, tem o assunto; a narrativa é feita segundo a chã realidade como em crônica rimada; nada de adornos poéticos, episódicas divagações, prosopopeias, amplificações ou grandiloquas perorações; nem proposição, nem invocação, imediata entrada na matéria; nem a consagrada oitava rima hendecassilábica, e em lugar dela

¹³ Nota do original: “José Basílio da Gama nasceu nos arredores de S. José de Rio das Mortes, posteriormente S. José del-Rei e agora Tiradentes, em 1741, filho dum capitão-mor português e de mãe brasileira. Foi, muito novo e já órfão de pai, estudar com os jesuítas do Rio de Janeiro. Dispunha-se ao ingresso na Companhia, quando a expulsão desta surgiu. Vindo à Europa, visitou Portugal e Itália, onde foi eleito membro da Arcádia de Roma. Após uma curta viagem ao Brasil, veio de novo para o reino, para frequentar a Universidade, quando foi preso como ex-jesuíta. Justificando-se e encontrando-se disposto a cooperar na perseguição dos seus educadores, recebeu a proteção do Marquês de Pombal, a quem lisonjeou repetidamente. Em 1774 recebeu a nomeação de oficial da secretaria do Reino e posteriormente foi elevado a escudeiro-fidalgo da Casa Real e agraciado com o hábito de Santiago da Espada. Morreu em Lisboa, no ano de 1795”.

o verso branco, que Garrett havia de adotar no *Camões*; nem maravilhoso pagão. O mesmo Garrett o julgou com justiça: “*O Uraguai* de José Basílio da Gama é o moderno poema que mais mérito tem na minha opinião. Cenas naturais mui bem pintadas, de grande e bela execução descritiva; frase pura e sem afetação, versos naturais sem ser prosaicos, e quando cumpre sublimes sem ser guindados; não são qualidades comuns. Os brasileiros principalmente lhe devem a melhor coroa da sua poesia, que nele é verdadeiramente nacional, e legitima americana”.¹⁴

A figura central da poética narração, o general Gomes Freire de Andrade, governador das capitanias do Sul, que comanda as operações contra os índios, é sempre apresentada a uma luz de apoteose e por antonomásia designado pelo “Herói”, em que se congregam todas as virtudes, valentia, dotes militares, prudência e generosidade. Os índios sublevados, cujos sentimentos nos são expostos pelos caciques Cacambo e Cepé, seus delegados ao general Gomes Freire, descrevem-no José Basílio da Gama como dóceis instrumentos dos jesuítas, mas não menos senhores de grandeza d’alma, heroicidade, tenacíssimo amor da liberdade e espírito de sacrifício. Os Padres Lourenço Balda e Thaddeus Ennis, curas dos povos de S. Miguel e de Santo Estanislau, personificam todos os malefícios da Companhia de Jesus, tal como a julgavam a ideologia do tempo e o despeito das prosperidades temporais das missões. Convergem ao mesmo objetivo ardentemente jesuitófobo as visões, que a feiticeira Tanajura proporciona a Lindoia, e a interpretação histórica duma pintura apologética da Companhia de Jesus, que adornava a abóbada do templo índio. Se não fossem os sentimentos políticos, ao sabor do tempo, que animam a obra, dedicada a um irmão de Pombal, custaria a compreender que a obra alcançasse logo estimação, sem que suscitasse protestos pela audácia inovadora que testifica e que depois no romanticismo não subisse bruscamente no apreço como precursor, que indiscutivelmente foi, da transformação da poesia heroica.

Um banho de realidade vivificou a inspiração de José Basílio da Gama, temperamento objetivo e propenso ao racionalismo, que liberto do arcadismo convencional – apesar de haver frequentado as cortes literárias de Portugal e Itália – ao mundo ambiente foi buscar as suas imagens dum impressionismo verídico, dum viço absolutamente inédito até ele. O lírico Cláudio Manuel da Costa foi por momentos grande na

¹⁴ Nota do original: “V. *Bosquejo da História da Poesia e Língua Portuguesa*, Lisboa, 1904, pág. 31”.

expressão da vida interior, como Gonzaga o foi na tradução dos anseios amorosos, mas José Basílio da Gama comprouve-se em voltar os olhos para o mundo objetivo. E tal pendor realista não excluiu a sensibilidade, fundamental dom dos poetas, e dela é superior exemplo o episódio da morte de Lindoia, esposa do chefe índio Cacambo, por certo o passo mais inspirado do poema:

[Canto IV, v. 144-186]

O poeta, nos versos terminais, prevê a surpresa que produzirá o exotismo da sua obra e confiadamente lhe futura um acolhimento honroso na Arcádia consagradora:

[Canto V, v. 140-150]

José Basílio da Gama deixou ainda outro poema de assunto americano *Quitúbia*¹⁵ e outras composições menores, porém sem o valor artístico e o significado histórico do *Uruguai*.

Fonte: “Uruguai”. In: *História da Literatura Clássica. Continuação da 2ª época (1580-1756) e 3ª época (1756-1825)*. Lisboa: Portugália, 1924, pp. 130-5.

¹⁵ Equívoco do autor: *Quitúbia* está vinculado ao continente africano.

O indianismo na poesia brasileira

[trechos]

O primeiro documento do indianismo brasileiro é uma obra da mais bela forma, o poema *O Uruguai*, de José Basílio da Gama, publicado em Lisboa, no ano de 1769, pela Régia Oficina Tipográfica, e dedicado ao Capitão-General do Grão Pará e Maranhão, Francisco Xavier de Mendonça Furtado, irmão do Marquês de Pombal.

Pombalino na intenção, *O Uruguai* visava a combater a ação da Companhia de Jesus, que, sobretudo nas notas que acompanham o texto, o autor atacava fortemente. Os jesuítas retorquiram-lhe, dezessete anos mais tarde, com a *Resposta apologética ao poema intitulado O Uruguai*, atribuída ao Padre Lourenço Kaulen (Lugano, 1786).

Vem a propósito desfazer uma inexatidão muito espalhada: é a de o poema ter sido publicado juntamente com a *Relação abreviada da República que os religiosos jesuítas das províncias de Portugal e Espanha estabeleceram nos domínios ultramarinos das duas monarquias, e da guerra que neles têm movido e sustentado contra os exércitos espanhóis e portugueses etc.* A *Relação* é anterior ao poema, pois, embora não traga data, deve ter saído em 1757. Nunca vi mesmo nenhum exemplar com as duas obras reunidas.

Ao *Uruguai* poderia aplicar-se a classificação que, aliás noutro sentido, o acadêmico Francisco de Pina e Melo adotou para o seu *Triunfo da Religião*, impresso aqui em Coimbra, em 1756: “poema épico-polêmico”. Esse caráter polemístico, por vezes agressivamente satírico, do *Uruguai* tem contribuído para obscurecer, em parte, o seu valor literário, que é notável.

Na literatura portuguesa do século XVIII, o poema de José Basílio da Gama marca em absoluto, colocado, como está, entre a insulsa *Henriqueida* de Francisco Xavier de Menezes (1741) e a *Lisboa reedificada*, e indigesta, de Miguel Maurício Ramalho (1784). Pela primeira vez sopra, na poesia arrefecida da metrópole, o quente eflúvio tropical. A inspiração nova e poderosa, que a anima, dá à obra um tom pré-romântico. Garrett, considerando-a a melhor coroa da poesia brasileira, não deixou de a reler, para compor o seu *Camões*.

Para as letras sul-americanas, *O Uruguai* representa um passo decisivo, em comparação com os seus poucos antecessores, como sejam

o *Arauco domado*, em 19 cantos, do chileno Pedro de Oña (1605), ou a *Vida de Santa Rita*, escrita, no Peru, pelo Conde de la Granja, em princípios do século XVIII.

José Basílio da Gama é, assim, um dos precursores da verdadeira poesia não só brasileira mas americana. Encontraremos ecos do seu talento em muitos poetas que depois versaram as glórias de América; no *Tabaré* do uruguaio Zorrilla de San Martin, por exemplo.

Pertencia à raça dos inovadores esse ex-aprendiz de jesuíta. Com *O Uruguai*, funda o indianismo brasileiro. No *Quitúbia*, ensaia o poema de assunto africano. Com o seu soneto a Tupac Amaru, exalta a rebeldia da América espanhola.

Assistia-lhe, dado o caráter da sua obra, todo o direito de fechar o Canto IV do *Uruguai* com esta invocação:

[Canto IV, v. 284-289]

Como ele o desejava, a sua lira deve figurar, em lugar de honra, nos altares do americanismo.

Claro está que, protegido de Pombal, Basílio da Gama sofre as sugestões do meio e da época, adulando o Marquês, que o salvara do desterro para África. No Canto III do *Uruguai*, a feiticeira Tanajura provoca a visão do terramoto e reedificação de Lisboa:

[Canto III, v. 250-254]

Mas, sob os convencionalismos a que não pode fugir, e que Ferdinand Wolf já acentuou no seu *Brésil littéraire*, sente-se o que Camilo chamou “a alma latente dessa admirável epopeia”.¹⁶ *O Uruguai* não se pode considerar, de modo nenhum, uma epopeia; mas a alma revoltada e profética do seu autor vibra na apóstrofe tão citada:

[Canto II, v. 171-174]

que é a primeira afirmação definitiva de um ideal americano, diverso do europeu.

¹⁶ Nota do original: “José Maria de Andrade Ferreira [sic] e Camilo Castelo Branco. *Curso de Literatura Portuguesa*. Vol. II, pág. 247”.

Outra prova da rebeldia de José Basílio da Gama está no seu completo afastamento dos moldes camonianos. *O Uruguai* é, nesse particular, a obra que mais audaciosamente se distancia do modelo arquiconsagrado. O poeta teve a perfeita intuição de que o velho metro épico não se adaptava ao mundo novo. Com exceção do *Caramuru*, do qual em breves direi, todos os poemas heroicos brasileiros, posteriores ao *Uruguai*, são em verso branco: o que demonstra, à saciedade, como o acerto de José Basílio da Gama prevaleceu.

Quanto à técnica, *O Uruguai*, magnificamente enérgico e condensado, cheio de plasticidade e movimento, obedece a influências italianas. Varnhagen salientou dois versos de Petrarca, traduzidos à letra:

*e o país belo, que parte
O Apenino, e cinge o mar e os Alpes*¹⁷

José Basílio da Gama, cuja biografia, como as dos restantes, não tenho tempo de esboçar, viveu alguns anos em Roma, tendo pertencido à Arcádia Romana, com o nome pastoril de *Termino Sipílio*, que figura no frontispício do *Uruguai*. Foi da Itália que ele trouxe a paixão do verso livre, que caracteriza uma das fases do arcadismo italiano. *O Uruguai* é escrito em verso solto, sem divisão estrófica, e sem obedecer às regras clássicas da épica. Tem apenas cinco cantos, num total de 1377 versos, sendo o mais longo o segundo canto, com 365 versos.

Devo dizer que “Uruguai”, e não, como hoje, “Uruguai” – “rio dos caramujos” segundo uns, e segundo outros, “rio dos pássaros” – é a forma sempre empregada no século XVIII, muito provavelmente pela semelhança com o nome de outro rio, o Paraguai.

O que levou José Basílio da Gama a compor *O Uruguai* foi, segundo ele próprio elucida, a curiosidade manifestada na Europa pelos recentes acontecimentos da América do Sul. Em Roma, “muitas pessoas o buscavam só para saberem, com fundamento, as notícias do Uruguai; testemunhando um estranho contentamento de encontrarem um Americano, que os podia informar miudamente de tudo o sucedido”. *O Uruguai* é, portanto, um poema de atualidade, referido a fatos contemporâneos do autor, que os não presenciara, mas tivera deles

¹⁷ Nota do original: “*Il bel paese / Ch’Apennin parte, il mar circonda e l’Alpe*, definição da Itália, deixada por Petrarca, que serve de epígrafe à *Corina*, e que o nosso poeta José Basílio adota (Canto III, pág. 45), *Épicos brasileiros*, pág. 409”.

conhecimento direto por intermédio de alguns índios prisioneiros, com os quais conversara no Rio de Janeiro.

É óbvio que José Basílio da Gama não pretendeu fazer um poema, de certa generalidade, sobre o Brasil ou sobre a América. Focou um tema limitado, um conflito de “nossos dias”, como ele diz, sem veleidades de epopeia. O herói do *Uraguai* é, pela força das circunstâncias, Gomes Freire de Andrade, comandante das tropas reunidas de Portugal e Espanha; mas, nos três grupos de personagens que animam o poema, cabe o papel principal aos índios, que são Cacambo, Cepé, Caitutu, Pindó, Tatu-Guaçu, Kobé, o mestiço Baldeta, com o seu cavalo Jardim, e as índias Lindoia e Tanajura. Formam os outros dois grupos os militares, na sua maioria portugueses, e os jesuítas, designados, com os seus nomes autênticos, como Balda (o Padre Lourenço Balda, cura do povo de S. Miguel) e Tedeo (o Padre Tadeu Ennis, cura de Santo Estanislau), sendo a figura cômica do Irmão Patusca também copiada do natural.

Hoje, o assunto do *Uraguai* parece um pouco restrito demais para um poema. No tempo do autor, porém, revestiu uma importância decisiva, pois, a terem-se consolidado as ambições, digamos territoriais, da Companhia de Jesus, seriam talvez outras, atualmente, as fronteiras do Brasil. Deixarei, porém, de parte esta questão, que não se pode tratar, sem risco, em poucas palavras.

Quanto ao tema, *O Uraguai* é mais americano, do que propriamente brasileiro. A ação decorre em território que, na sua maior parte, não pertence ao Brasil. Graças a Basílio da Gama, o indianismo brasileiro estreia-se com uma obra em que avulta mais o americanismo do que a brasilianidade. E ainda nisso o poeta foi um antecipador, porque a diretriz do futuro brasileiro tem de se orientar no sentido continental.

O espírito do poema, que trata das lutas de portugueses e espanhóis contra os índios do território das Sete Missões, cedido a Portugal, em troca da Colônia do Sacramento, pelo Tratado de 16 de janeiro de 1750, tem seu quê de voltaireano. José Basílio da Gama traduzira, de Voltaire, a tragédia *Le Fanatisme ou Mahomet*, e conhecia a novela *Candide*, aparecida em 1759. No seu livro *El Brasil intelectual*, o argentino García Mérou admira-se de que “nenhum sagaz comentador tenha encontrado no poema de Basílio da Gama a origem daquele impagável mestiço do Tucumán, testemunha das desditas de Cunegundes”. Julgava ele que Voltaire tirara a Basílio da Gama o seu Cacambo, quando a verdade é o contrário. Foi o autor do *Uraguai* quem aproveitou o nome, e só o nome,

da personagem do *Candide*: Cacambo, ou, à francesa, Cacambô.

Nada autoriza a supor que José Basílio da Gama fosse um mestiço, como queria Sílvio Romero. Os seus inimigos não teriam, certamente, deixado de aludir ao fato. Descendia de boas famílias portuguesas, e devia ser ainda aparentado com o autor do *Auto da Lavradora de Airó* e da *Nobiliarquia portuguesa*, Antônio de Vilasboas e Sampaio.

Côncio do seu valor, José Basílio da Gama rematou *O Uraguai* com os seguintes versos, onde o orgulho do poeta e a sua ternura pela Itália transparecem:

[Canto V, v. 140-145]

Não dispondo de tempo para comentar este fecho do poema, direi apenas que o Mireo, a quem José Basílio da Gama se refere, era o nome pastoril do Abade Michel Giuseppe Morei, *Custode generale* da Arcádia Romana, e autor, entre outras obras esquecidas, do *Autunno Tiburtino*.

Foi, sem dúvida, o sucesso do *Uraguai*, a novidade que tal obra representava, o que levou fr. José de Santa Rita Durão, nascido, como Basílio da Gama, em Minas Gerais, a escrever o *Caramuru*, que, com pouco rigor histórico, o autor subintitulou “poema épico do descobrimento da Bahia”, e saiu em Lisboa, da Régia Oficina Tipográfica, por conta do livreiro francês Du-Beux, em 1781, doze anos depois do *Uraguai*.

Durão, que foi lente desta Universidade, onde em 1778 proferiu a Oração de Sapiência, não era um poeta do valor de José Basílio da Gama.

Fonte: *O indianismo na poesia brasileira*. Separata *Biblos* Revista da Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra, v. IV, n. 1 e 2, pp. 7-12.

O pseudoromantismo do autor do Uruguai

Não há razão para que se conceda a Basílio da Gama um posto singular no movimento literário do século XVIII. E não sei de alguém que possa ter sido mais apaixonado e menos cauteloso no elogio do poeta que José Veríssimo.

Erro em que, não raras vezes, incorrem os nossos críticos e do qual resulta nem sempre considerarem na justa medida as fases de evolução da literatura brasileira, vem a ser o de encararem fatos e documentos do passado animados do espírito do momento em que vivem.

Parece até que reputam coisa lastimável na história do nosso povo o não aparecer ele, no período colonial, já com orientação literária diferente dos portugueses, como se de Portugal não fosse o Brasil naquela época...

A severidade da crítica frequentemente se volta contra os que, por “engenho e arte”, como diria o maior épico português, procuraram emparelhar-se com os elementos mais expressivos da mentalidade lusa em todos os tempos, ao passo que há sempre ternos afagos e acolhida generosa para os que, ou por desleixo ou à mingua da cultura que então se requeria para ingresso aos altos círculos intelectuais da Europa, se afastavam, de algum modo, do caminho preferido pelos seus êmulos de além-mar. Assim é que vemos censurados os nossos grandes oradores sacros por se esforçarem no sentido de guindar-se às mesmas esferas onde brilhava Vieira; e até se menoscaba o valor intrínseco dos nossos melhores poetas quando lembram Camões...

Não é este, sem dúvida, o prisma porque se deve examinar a vida literária do Brasil até o momento em que se assumiu a responsabilidade de cuidar, por si mesmo, do seu próprio destino.

Se não era o Brasil que ditava leis e costumes a Portugal, mas este que traçava o rumo a que, em tudo, tinha de obedecer a colônia, como, de outro modo, haveríamos nós, enquanto a alma nacional, oprimida e angustiada, se embrenhava pelos sertões incultos ou sepultava-se nas minas, de progredir intelectualmente e fazer face, nos domínios das letras, à nação que nos senhoreava? Que conselhos, na hipótese, dariam aos brasileiros de então os críticos de hoje, se, em vez de os chamarem a depor perante os modernos tribunais literários, imbuídos de outras ideias, que não as suas, se transportassem, a contrário, ao seu meio e à sua época?

Não foi o classicismo pernicioso à nossa poesia, nem à nossa evolução intelectual, como pensam alguns e, ainda que não pensem, proclamam outros. Muito ao contrário, a sua implantação no Brasil, enquanto colônia, representa um benefício, e benefício inestimável, não só pelas consequências imediatas, mas também pela influência salutar que exerceu mais tarde em nossa literatura.

Tomássemos outra via, que não aquela, que era ainda a seguida pelos principais centros europeus, com Portugal à retaguarda, e não poderíamos ter dito depois, como ainda dizem os adversários da cultura clássica, que os filhos do Brasil, antes de sacudirem o jugo político, já rivalizavam, intelectualmente, com os portugueses, e até lograram, não raras vezes, superá-los. E não havia realmente outro meio de enfrentarmos os dominadores da nossa pátria senão servindo-nos das suas mesmas armas, que eram, aliás, entre as civilizações nascidas da civilização latina, as melhores daqueles tempos. Além disso, não se esqueça que o campo onde se decidia o prélio não era o Brasil, mas Portugal. Era lá que se marcavam limites às ambições literárias dos expoentes intelectuais da desprezada colônia. Produzíamos sempre ouro, é certo, que podia ser do melhor quilate; mas era ao ourives de Portugal que competia tocá-lo e aproveitá-lo...

Não é, pois, procurando nas produções dos nossos clássicos o que não lhes era possível, nem pretenderam jamais oferecer aos pósteros, que os havemos de julgar com justiça. Tal critério nos induziria quase sempre a juízos errôneos, ora em proveito de maus, ora em detrimento de bons autores. O que antes se deve considerar é que os brasileiros tinham alcançado o grau mais elevado de cultura literária (e era então o mais que se podia almejar), desde que, ao lado dos portugueses e tendo-os embora como guias, lhes era dado acercarem-se das fontes onde aqueles se inspiraram. É, pelo menos, o que parece natural, e outra não vem a ser a ideia que da época e do meio em que exerceu a sua atividade nos ministra o próprio autor do *Uruguai*, nos versos finais de um soneto que dirigiu a João Xavier de Matos, “que se queixara de haver ele criticado um poeta seu amigo:

Olha, aprende francês, italiano;
Dois dedos de latim, um pouco o grego;
E depois falaremos para o ano.

Basílio da Gama nunca pensou em ser aquilo em que insistem em transformá-lo os seus admiradores. E o que ora se lhe aponta como qualidade digna de louvor e indício de tendências apreciáveis importarlhe-ia, ao contrário, no seu mesmo conceito, censura que fugia de merecer, tão orgulhoso parecia do seu cabedal de conhecimentos clássicos e da sua orientação arcádica.

Os argumentos formulados a propósito do poema principal de Basílio, com o fim de mostrar que o autor se desviou das correntes literárias a que obedeciam seus contemporâneos, tanto portugueses como brasileiros, ora procedem de exame pouco cuidadoso de sua obra, ora de observações que, na hipótese, carecem de valor.

Foi Basílio, em todos os sentidos, não há como negar, fruto perfeito da sua época e, sobretudo, do meio em que viveu. Sua orientação, como poeta, era arcádica e subordinada principalmente à corrente italiana, conforme atestam todos os seus trabalhos, sem exceção do *Uraguai*; e, nisso, julgaria andar muito bem o incensador e válido do Marquês de Pombal...

O processo pelo qual se pretende enaltecer a obra de Basílio da Gama como que, ao mesmo passo, visa a depreciar o merecimento incontestável de Santa Rita Durão. É contra tamanha injustiça que me insurjo. Tanto o autor do *Caramuru* como o autor do *Uraguai* estavam dentro do círculo, que não é tão acanhado quanto vulgarmente se presume, do classicismo. Diferenças de temperamento, de cultura e de intuítos, na elaboração dos respectivos trabalhos, fizeram que um do outro se distanciassem, sem que, todavia, deixassem ambos de operar no mesmo espaço.

Costuma-se alegar em favor de Basílio da Gama que, desprezando a oitava rima, escreveu em versos soltos o seu poema... Ora, o reparo não serve absolutamente para o que se tem em vista, senão para mostrar que o poeta reflete, em Portugal, em fins do século XVIII, pura e simplesmente o terceiro e último período do arcadismo italiano, no qual mantendo-se ainda a cançoneta amorosa, delicada e frívola, que assinala o período anterior e teve primorosa forma com Metastasio, de quem Basílio traduziu *A liberdade*, prevaleceu justamente o *frugonianismo*, como se chamou na Itália ao uso daquela espécie de verso, que teve em Innocenzo Frugoni o seu representante máximo. Além disso, na própria literatura portuguesa e no século de Camões, já teria Basílio, pois que é preciso citar um épico, exemplo como de Côrte-Real, em mais de um poema.

Não há dúvida que Santa Rita Durão, como épico, é superior a Basílio, que se distinguia por predicados outros. E se o seu *Caramuru* não

denuncia ao comum dos leitores o que realmente representa, é que o épico brasileiro tomou por modelo um autor da própria língua.

A tendência de Basílio era para o lirismo e para a sátira. Tanto é assim que se devem aos seus dotes de lírico as melhores páginas do *Uruguai*: a descrição, por exemplo, da morte de Lindoia. Quanto ao pendor satírico, que em nada condiz com o gênero de que tratava, aqui e ali se descobre, por mais que quisesse disfarçá-lo, e denuncia claramente que o autor tentava obra para que não era propenso o seu espírito. Surtos de épico tem Basílio apenas nos primeiros versos do poema:

Fumam ainda nas desertas praias
Lagos de sangue, tépidos e impuros,
Em que ondeiam cadáveres despídos
Pasto de corvos. Dura inda nos vales
O ronco som da irada artilharia.

O entusiasmo de José Veríssimo por Basílio da Gama não somente o fez julgar mal a sua obra, mas ainda o levou a afirmar que “na nossa literatura daquele tempo, é manifesta a sua influência”. Além do autor desconhecido das *Cartas chilenas*, são apontados pelo nosso crítico, como imitadores de Basílio, Alvarenga Peixoto e Silva Alvarenga. Assim é que escreve: “No verso ‘Tinta de sangue, envolta em fumo a guerra’, de sua *Ode a Pombal*, Alvarenga imita o ‘Do roto seio envolta em fumo a morte’ do *Uruguai*, de Basílio da Gama”. Acha também que o verso de Silva Alvarenga “Por freio às ondas e dar leis à terra”, do soneto “A estátua equestre”, é uma imitação ou reminiscência do de Basílio da Gama, “Dar leis à terra ou por freio aos mares”, no soneto “À nau Serpente”.

Ora, o que acima se lê não justifica a ousada asserção de José Veríssimo. Além de que, os versos transcritos encerram até velhas chapas, gastos bordões de cunho clássico, dos quais tanto se podia arvorar em dono Basílio da Gama, como outro poeta qualquer do século XVIII... “Serão dadas na terra leis melhores” e “ao gentio”, “duro freio porá, e a toda a terra”, são, por exemplo, expressões de Camões em os *Lusíadas*. Admira, entretanto, que, depois de se mostrar impressionado com tão pouco, se atrevesse José Veríssimo a dizer de Basílio quanto se segue: “Único entre todos os épicos daquele momento literário que não quis ou não procurou imitar Camões, sendo por ventura o só poeta do tempo em que se não encontra sequer reminiscência deste”.

Enganou-se, com efeito, o crítico brasileiro. As expressões camonianas não são escassas nos versos de Basílio da Gama. A adjetivação, no *Uruguai* – e não há nada que mais distinga um autor –, é quase sempre de sabor quinhentista, sobressaindo o uso e abuso de adjetivos muito do gosto do cantor dos *Lusíadas*.

Não é só. Encontram-se nas produções do nosso poeta versos inteiros dos *Lusíadas*. Num soneto, por exemplo, dirigido a Garção, onde se lê:

hirsutos, os cabelos,
A boca negra, os dentes amarelos,

Não custa, certamente, verificar-se que andou Basílio no rastro de Camões, em *Lusíadas*, V, 39:

Cheios de terra e crespos os cabelos,
A boca negra, os dentes amarelos,

Também no soneto que dedicou a D. José, por ocasião da inauguração da sua estátua equestre, é, sem dúvida, o verso

Por ver o berço aonde nasce o dia

evidente cópia do de Camões, em *Lusíadas*, I, 27:

A ver os berços onde nasce o dia,

E não lembrará o verso

Apascentam a vista na pintura

do *Uruguai*, os de Camões

pintura fera

Que tanto que ao gentio se apresenta

A tento nela os olhos apascenta

em *Lusíadas*, VII, 74?

No *Uraguai* ainda há muitos outros passos que, se não indicam propositada, consciente imitação, denunciam, pelo menos, vivas reminiscências do poema épico de Camões. Compare-se, por exemplo, o verso

Sem mostras nem sinais de cortesia

com o camoniano, *Lusíadas*, I, 56,

Com mostras de devida cortesia.

Ainda este outro

Os olhos põem no chão a igreja irada

lembra os de Camões

Os olhos da real benignidade

Ponde no chão

em *Lusíadas*, I, 9.

Também aquele

Altas empresas dignas de memória

recorda, em tudo, o épico português, e traz logo à mente o dos *Lusíadas*, II, 113.

Quem faz obras tão dignas de memória.

Em vários lugares do *Uraguai* e até nos ornatos de que se serviu Basílio da Gama para emprestar relevo ao assunto, por muitos motivos ingrato, do seu poema, há fundas impressões dos *Lusíadas*. No começo do primeiro canto, quando se dirige ao irmão de Pombal, Francisco Xavier de Mendonça Furtado, que foi governador e capitão-geral das capitâneas do Pará e do Maranhão,

E vós, por quem o Maranhão pendura

em seguida ao apelo à Musa, para que “Louvemos o herói que o povo
rude/ Subjugou do

Uruguai”, lembra Camões, dirigindo-se a D. Sebastião

E vós, ó bem nascida segurança

logo depois de ter invocado as ninfas do Tejo.

A aparição, em sonho, de Cepé a Cacambo, foi, sem dúvida,
inspirada pela de Mercúrio a Vasco da Gama. Até na escolha da hora
há coincidência. Atendendo, naturalmente, a que, nas crenças dos
antigos, eram considerados verdadeiros os sonhos depois da meia-noite,
conforme lembram os conhecidos versos de Horácio

Atque ego cum Graecos facerem, natus mare citra,

Versiculos, vetuit me tali voce Quirinus,

Post mediam noctem visus, cum somnia vera...

imaginou Camões que o mensageiro dos deuses mitológicos se
apresentara em sonho ao Capitão português, em hora quando

Meio caminho a noite tinha andado

E as estrelas no céu com luz alheia

Tinham o largo mundo alumiado...

Basílio da Gama, com certeza debaixo da impressão daquela passagem dos
Lusíadas, onde o recurso de que lançou mão Camões tem todo cabimento,
porquanto se tratava de prevenir Vasco da Gama de uma cilada que lhe tecia
o “Rei malvado” e da qual, de outra forma, não suspeitaria, arranjou também
para Cacambo uma aparição estranha. E, assim, em circunstâncias em que
dos conselhos de quem-quer-que fosse podia prescindir, por menos experto
na arte da guerra, qualquer habitante primitivo do território americano, a
“triste imagem de Cepé”, que morrera em combate passado, se apresenta ao
atormentado filho das selvas também em hora quando

Era alta noite e carrancudo e triste

Negava o céu envolto em pobre manto

A luz ao mundo...

O que é mais de notar, porém, é que até as primeiras palavras de Cepé a Cacambo

Foge, fuge, Cacambo...

são as mesmas de Mercúrio a Vasco da Gama:

- Fuge, fuge, Lusitano...

Não faltam, como se vê, passos na obra de Basílio da Gama que atestem a influência de Camões. E, para que tal não acontecesse, seria mister que o árcade brasileiro não fosse do mesmo estofado dos demais versejadores que constituem o escol intelectual de Portugal e do Brasil na segunda metade do século XVIII. Não era ele, com efeito, um Shakespeare, nem um Goethe. E considerar *romântico* o *Uraguai*, como fez José Veríssimo e até outros apreciadores menos exaltados do poema de Basílio, seria colocar o seu autor de par com os grandes talentos que, refletindo, com amplas proporções, o espírito e o passado de uma raça, valem por toda uma literatura. Por mais que se tenha turvado, em seu acidentado curso, por diferentes países, a corrente literária a que se deu o nome de romantismo, ainda é possível trazer à luz da crítica moderna, os fios tênues donde nasceu. Pelo que será exposto noutros capítulos, onde se estudarão as origens do romantismo e a sua infiltração no Brasil, ver-se há que o poemeto de Basílio da Gama, “cujo fim ostensivo – como bem observou Silvio Romero – era atacar os jesuítas”, acusados – convém igualmente que se observe – de ensinar aos filhos da América a defenderem a sua liberdade, se opõe à essência mesma do ideal romântico e não está no caso de figurar, como obra de sentimento ou de pensamento, entre as produções brasileiras que indicam as diversas direções que tomou a poesia no período que se seguiu ao clássico. Basta, pois, que se conserve o autor do *Uraguai* entre os vultos notáveis da Escola Mineira para que se lhe tenha feito justiça. E não poderia ter a índole que o poeta revela nos seus versos o brasileiro talhado, antes da nossa emancipação política, a surgir como romântico em plena corte portuguesa e ao alcance do olhar severo do Marquês de Pombal...

Fonte: “O pseudoromantismo do autor do *Uraguai*”. In: *Traços do Romantismo na poesia brasileira*. Rio de Janeiro: Typ. d’A Encadernadora, 1929, pp. 15-30.

C. M. da Costa, pur tenendo presente Camoens, ha sentito il significato épico della storia che l'America portoghese vive, in un scenario de leggenda: pur senza la capacità di rendere appieno cotesto significato, e trascinando la sua materia da un freddo episodio all'altro. Questo va detto senza tener conto, dell'*Uruguay* di José Basílio da Gama e del *Caramuru* di Santa Rita Durão, nel primo dei quali, a dir la verità, è tendenzioso il motivo dominante e di natura strettamente politica l'ispirazione, trattandosi della guerra che il Portogallo e la Spagna combatterono ai Sete Povos das Missões dell'Uruguay e della parte, dal poeta posta in cattiva luce per ingraziarsi i suoi potenti protettori, in essa presa dai padri della Compagnia di Gesù; [...]

José Basílio da Gama – era nato in Minas Geraes presso S. José do Rio das Mortes, nel 1741 – ci colloca nel pieno período della vita del nostro Cláudio Manoel da Costa; insieme all'autore del *Caramuru* nato tra il 1717 e il 1720 in Cata Preta presso la città di Mariana, a Tomás Antônio Gonzaga, ad Alvarenga Peixoto, a M. Ignacio da Silva Alvarenga e ad altri poeti di minore importanza forma la schiera dei rappresentanti di quella che fu chiamata “escola mineira”. Era stato educato dai gesuiti, e quando la compagnia, per ordine del marchese di Pombal, fu espulsa dal Brasile, abbandonò l'ordine e si recò in Portogallo. Se un sentimento moderno il suo poema esprime, esso è da individuare nell'aderenza quasi perfetta alle manifestazioni della natura ch'egli descrive immediatamente, senza modelli nè antichi nè recenti. Come fu osservato da R. de Carvalho, l'argomento del poema è così ingrato che nelle mani di un altro avrebbe perduto ogni interesse e grazia; si può dire che per un poeta di autentica vena non esista materia ingrata o materia piacevole che egli comunque non sappia trasformare al calore della propria immaginazione: il de Carvalho voleva dire, o almeno così lo interpretiamo, che per un argomento fissato su comando, su consiglio altrui, anche a un poeta di ispirazioni autentiche, sarebbe mancata la lena. Basílio da Gama seppe trarre partito e dall'argomento in sè stesso e dai motivi sottintesi che nascondeva un consiglio, o un'imposizione di quel genere: agli episodi di guerra e di combattimento, congiunse descrizioni efficacissime della natura e del paesaggio, dello stato d'animo dei combattenti, delle loro sofferenze, di strage e d'incendio; al motivo polemico d'ispirazione politica congiunse un tenero episodio di natura

sentimentale che ingentilisce così questa come la restante materia che nell'intenzione originaria dovrebbe essere di natura esclusivamente epica. Ma l'epica in sé stessa sfugge da tutte le parti, anzitutto dalla brevità della composizione risultante di rapidi episodi, poi dal sentimento naturalistico col quale il poeta accompagna i fatti di guerra. Egli è il primo poeta che abbia saputo rendere, in uno stile impeccabile, la misteriosa grandiosità della terra. Più che cantore di armi, egli è come il celebratore di un mito originario, antico quanto la creazione, il poeta delle sotterranee energie scaturenti dai fragorosi fiumi, dagli alberi secolari, dalla polpa saporosa e colorita dei frutti, dal guizzare improvviso della fauna che serpeggi nell'alta erba o stia in agguato nella foresta vergine. Basílio da Gama rompe arditamente la tradizione letteraria del suo paese e di quello d'adozione, rinunciando a ogni modello, ubbidendo alla propria ispirazione che si slarga nell'ansito della poesia naturale e campestre: campestre in senso originale, aderente al carattere del paesaggio, che, invece di avere funzione esclusivamente esornativa, finisce con l'essere il primo attore di una storia di sangue.

Fonte: *Cláudio Manoel da Costa: Saggio sulla letteratura brasiliana del Settecento*. Roma: Amici del Brasile, 1939, pp. 34 e 36-7.

Nota preliminar

José Basílio da Gama Vilas-Boas¹⁸ nasceu no sítio do Caxêu, freguesia de Santo Antônio, da vila de S. José do Rio das Mortes, outrora S. José del-Rei, hoje Tiradentes.

Devia ter sido isto em 1741, pois, não era hábito ficar-se muito tempo pagão, e ele foi batizado, segundo termo achado de registo, a 6 de dezembro daquele ano. Aí se declara

que era filho legítimo de Manoel da Costa Vilas-Boas e de Dona Quitéria Inácia (da Gama), de presumida nobreza e neta de um oficial da Colônia do Santíssimo Sacramento. O pai era português, de Barcelos, no Minho, cedo falecido.

Foi José Basílio, aos doze anos, enviado para estudos ao Rio de Janeiro, confiado ao Colégio dos Jesuítas, onde ia fazer o noviciado, para professar na Companhia, Mas, a 31 de outubro de 1759, chega ordem de execução da lei de 3 de setembro, que expulsava do reino os jesuítas, desligados ou ainda não professos. Basílio estava neste número, havendo, ao que dizem, continuado estudos no Seminário Episcopal de S. José, protegido pelo bispo D. Antônio do Desterro. Parece partiu depois, para Itália, e em seguida Portugal, onde ficaria de 1760 a 1767, tornando, neste ano, ao Rio. Na Itália, mercê talvez dos seus antigos mestres jesuítas, teria ingressado na Arcádia Romana, tomando o apelido pastoril de *Termino Sipílio*, pois não tinha nome e fama poética que, por si, o justificassem.

No Rio estava a 8 de fevereiro de 67, quando foi lançada ao mar a nau *Serpente*, feito que celebrou em verso. Mas, já em 30 de junho de 68 eil-o que parte para Lisboa, a bordo da nau *Senhora da Penha de França*, para estudar em Coimbra, onde já estava o irmão Antônio Caetano. Em Lisboa, porém, foi preso, suspeito de jesuitismo, assinando, no Tribunal da Inconfidência, termo de partir, no prazo de seis meses, para Angola, e lá ficar, condição para ser solto.

¹⁸ Nota do original: “Era este seu nome, segundo se declara na lista de passageiros da nau *Senhora da Penha de França*, quando, em 68, embarcou para Lisboa. Aí é dado este assinalamento: ‘Estatura ordinária, de cabelo castanho e crespo, rosto comprido, moreno, olhos pardos, nariz pequeno grosso, pouca barba, com falta de um dente na frente do queixo de cima. Estudante, vai para Coimbra’. O documento foi achado na Torre do Tombo por Teófilo Braga. (Cf. T. Braga, *Filinto Elysio e os dissidentes da Arcádia*, Porto, 1901, p. 487). Um retrato, que anda por aí, como de José Basílio, é inventado, apócrifo, e provém da edição do *Uraguai*, de Francisco Pacheco, Rio, 1895”.

Aí se coloca a poesia feita às núpcias de uma filha do Marquês de Pombal, “empenhando a lira, diz Varnhagen, aliás ainda não afamada”... Dizia o poeta à filha do potentado:

Eu não verei passar teus doces anos,
Alma de amor e de piedade cheia;
Esperam-me os desertos africanos,
Áspera, inculta e monstruosa areia...
Ah! tu faze cessar os tristes danos,
Que eu já na tempestade escura e feia
Mas diviso e me serve de conforto
A branca mão que me conduz ao porto!

Pombal leu-o, talvez, e comenta Varnhagen: “Foi um anjo, nem que caído do céu, a favor do primeiro-ministro do rei Dom José! Um candidato a jesuíta indignado contra seus preceptores, um poeta talentoso pronto a empregar o estro em seus feitos, ainda quando não se reunissem na mesma pessoa, não eram para deixar de ser angariados pelo Marquês. José Basílio, sensível às demonstrações de favor do primeiro-ministro, estimulou-se a ponto de concluir o seu poema *Uraguai*, cujo assunto era nada menos do que a aniquilação e derrota de poder jesuítico nas Missões”.¹⁹

Já não vai para Angola, priva com os poderosos e, de fato, publica, ainda em 69, o poema do *Uraguai*. O assunto lhe era familiar. A mãe, D. Quitéria Inácia, fora neta materna do Capitão Leonel da Gama Belles, militar que servira na Colônia do Sacramento²⁰ e na Fortaleza de São João, no Rio de Janeiro. No poema refere-se ao brigadeiro José Fernandes Pinto Alpoim, nascido nessa Colônia do Sacramento, que,

¹⁹ Nota do original: “*Florilégio da Poesia Brasileira*, Lisboa, 1850, t. I, p. 276”.

²⁰ Nota do original: “Leonel da Gama Belles, tenente de cavalos, natural de Campo Maior de Alentejo, mandado com outros expedicionários à Colônia do Sacramento, em 1680, naufraga à altura de Santa Catarina, prossegue em embarcações menores para o sul, onde aprisionado, com os companheiros, pelos Tapes, são conduzidos a Buenos Aires, depois, ao Chile. Solto, torna a seu posto, em 99, na Colônia, em 1700, ao Rio de Janeiro, promovido a capitão do Regimento Novo, tornando à Colônia, para substituir seu tio, capitão Bartolomeu Sanchez Xara, falecido na praça. Tomada a Colônia, em 1705, é aproveitado na Companhia de Dragões de Vila Rica (Minas). Marchou, em 10 e 11, em socorro do Rio, invadido por Duclerc e Duguay-Trouin. Exerceu o comando da Fortaleza de São João, no Rio, e faleceu na Colônia, em 27, nonagenário. Casara, no Rio, em 1690, com D. Maria Josefa Corrêa, da freguesia do Alecrim, Lisboa, irm[ã] do Capitão Manoel Felix Corrêa, que servira na Colônia e governara a ilha de Martin Garcia. Viúva, D. Maria Josefa foi residir em Minas, onde faleceu, em 37. Tivera cinco filhos na Colônia e quatro no Rio de Janeiro. Destes, D. Helena Josefa casou, em Vila Rica, com o Capitão de Cavalaria Luís de Almeida Ramos, de Tarouca, Portugal. Do casal é filha D. Quitéria Inácia, mãe de José Basílio e mais quatro irmãos, por casamento com o Capitão Manoel da Costa Vilas-Boas.(Cf. Aurélio Porto, *Genealogia Riograndense. Geneal. das famílias Arruda, Botelho etc.* Rio, 1889. B. N. Doc. Mass. Geneal.)”.

mais tarde, acompanhara a Gomes Freire de Andrada na expedição guerreira ao Uruguai. Das relações, na Colônia, de Belles, bisavô de José Basílio, com Alpoim, se inferem outras, de família, pelas quais D. Quitéria teria recomendado, ao brigadeiro, o filho, remetido a estudos no Rio. José Basílio, reconhecido, paga a Alpoim e ao filho dele, Vasco, com a homenagem explícita de seus versos (Canto I, 99, 107). O que agora nos importa é que o assunto das Missões Jesuíticas, a que se prendia a Colônia do Sacramento, era conhecido do poeta. O caso antijesuítico de Pombal seria a premente circunstância ocasional, para ultimar e publicar o poema.

Por isso, aí se excede, injusto e talvez ingrato. Em qualquer caso, sem nobreza, insultando os vencidos, seus amigos outrora, para enaltecer o potentado, do qual dependia. Bem humano... entretanto. José Basílio canta a Pombal:

Se a Lusitânia diz em seu abono
Que não teme que a guerra hoje a destrua:
Se são a fé e o amor guardas do trono
Grande Marquês, a glória é toda tua...

O próprio Tejo:

Reconhece do trono o firmamento,
A balança do prêmio e do castigo,
O pai da pátria, o defensor da igreja,
Vai ao grande Marquês e os pés lhe beija

Os antigos mestres lá se foram, depois de expulsos do Brasil, com os do reino presos nos calabouços da Junqueira, antes de expelidos para Roma:

Lá vão passando o mar a estranhas terras
Os negros bandos de noturnas aves
Com a inveja, ignorância e hipocrisia
Que nem se atrevem a encarar o dia.

José Basílio está como quer. A 10 de julho de 71 obtém mesmo carta de nobreza e fidalguia. Não ficará aí apenas, com as migalhas da mesa; assentar-se-á à do orçamento: a 25 de junho de 74 é oficial de secretaria

no Ministério do Reino, “o maior (lugar), a que podiam aspirar os que mais se distinguiam por méritos e serviços”, dando direito a sege.²¹

Além do posto, a confiança imediata, secretário particular do ministro. Nesta qualidade faz, sob ditado, o *Regimento da Inquisição*, publicado em nome do Cardeal da Cunha, com o Alvará de confirmação, datado de 1º de setembro de 74.

Depois do *Uraguai*, em 69, publicou Basílio, em 72, uma *Declamação trágica*, 238 versos alexandrinos, dedicados às belas artes, tradução ou paráfrase da *La Déclamation théâtrale*, de Dorat, poeta francês, que, em Lisboa, convivia com Basílio. Em 73, seria *A liberdade*, de Metastasio, também traduzida. *Os Campos Elísios*, em 76, seria poema oferecido aos Condes da Redinha, filho e nora do Marquês...

Em 77, morto Dom José, cai Pombal, e dá-se a reação, com a devota Dona Maria I. Mas, José Basílio continua... Em 77 há um soneto do poeta, à aclamação da rainha... Continua a servir, e tão bem, que não lhe faz moosa o libelo acusatório que, em 86, lhe dirigem, vingativos, os jesuítas, na *Resposta apologética ao poema intitulado “O Uraguai”, composto por José Basílio da Gama e dedicado a Francisco Xavier de Mendonça Furtado, irmão de Sebastião José de Carvalho e Mello, Conde Oeyras e Marquez de Pombal*. Lugano, 1786, com licença dos superiores, 8.º, gr. de 300 páginas.

Tanto, que, ato de 6 de agosto de 87, da Rainha Dona Maria I, por “estar servindo há treze anos, dois meses e oito dias contados de 25 de junho de 1774 até o presente, de oficial da secretaria de Estado do Reino, mostrando sempre muito préstimo, aptidão e zelo no meu real serviço em que continua” o toma por escudeiro fidalgo da casa real, com 450 réis de moradia por mês e, de cavaleiro fidalgo, com trezentos réis mais por mês e um alqueire de cevada por dia...

Em 88 publica o *Lenitivo da saudade*, à morte de D. José, príncipe do Brasil, que, embora saísse anônimo, seria grato à Mãe Soberana. A recompensa sobrevém, pois a 1º de maio de 90 recebe Basílio a condecoração de Santiago, com 80\$000 de tença efetiva e mais doze mil-réis de hábito, além de outra tença de 68\$000 anuais, vitalícios, por serviços “em que ficou continuando sempre, com honra e desinteresse”.

Finalmente, em 91, a última publicação, o poema *Quitúbia* que, em importância, mas não em estro, foi o que de maior publicou, após o *Uraguai*...

21 Nota do original: “Inocência da Silva, *Dicionário Bibliográfico*, III, apêndice, p. 17”.

José Basílio, se não ia tarde na vida, passada a cinquentena, ia de saúde combalida, frequentando, por isso, águas de Mó, cerca de Coimbra. Morava perto da Ajuda, na rua das Mercês. Costumava, de passeio, ir a Sintra, e, aí, é que se coloca a aventura de um assalto. Ladrões o acometem, roubam o que levava, e, não contentes, até da roupa o despem, dizendo, ao mandarem-no embora, nu:

– Agora, ponha-se ao fresco...

– Já o estou... pois quentes ficam vncês., com a minha roupa...

Tinha *humour*, na desgraça, o que, se não aquece, disfarça... Os altos e baixos da vida depõem mais da sorte, do que do caráter. Até muito depois dele o destino dos que escreviam letras dependia dos poderosos, cujas migalhas eram, então, a recompensa do talento. A 11 de fevereiro de 95 José Basílio conseguiu ser nomeado membro correspondente da Academia Real das Ciências de Lisboa. Mas, logo, apressada, vem a morte, a 31 de julho desse mesmo ano, sendo enterrado na igreja da Boa Hora.

Para conseguir as boas graças do déspota, o Marquês de Pombal, bajulara, o que é vulgar no tempo, e, se vê, em qualquer tempo... mas fora ingrato e injusto com os seus mestres, os jesuítas, e mais ainda, na desgraça... Viria a esquecer também o protetor, aderindo à nova ordem reacionária, funcionário exemplar e acomodado... Os excessos do *Uraguai* são vingados pela *Resposta Apologética*: é com o caráter do homem... Outra história é a celebrada beleza do poema, glória do poeta...

*

A situação política da qual resultaria o *Uraguai*, foi a seguinte.

Portugal ajustara, em 1494, com Espanha, em Tordesilhas, um tratado de divisão do mundo, emendando o que se permitira o Papa Alexandre VI. A 370 léguas de Cabo Verde passaria a linha divisória: Espanha a violara, no hemisfério oriental, nas Filipinas; Portugal no Brasil, no ocidental. Havia necessidade de reajustamento. No reinado de D. João V, sendo rainha de Espanha a filha, D. Maria Bárbara, ofereceu-se, para isso, ocasião. Alexandre de Gusmão apresentou princípio desta vida, diferente do do céu: seria o *uti possidetis de jure*. Assim se fez o Tratado de Madrid, de 1750. Mas havia uma exceção, ao princípio: a Colônia do Santíssimo Sacramento, portuguesa, ninho de contrabando, ameaça militar, encravado em terra e águas espanholas... Seria trocada por Sete Povos das Missões do Uruguai, habitadas por índios e dirigidas por jesuítas. Estes não quereriam ser lusitanos: que se mudassem...

D. José, subindo ao trono, quisera cumprir o Tratado. Pombal pôs-se em atividade; também do lado de Espanha. Foram nomeados nossos representantes, ao norte, Furtado de Mendonça, irmão de Pombal; ao sul, Gomes Freire de Andrada, governador do Rio.

Sobre esses Povos das Missões Jesuíticas Espanholas do sul, desde o século anterior, se exercera a atrocidade canibal dos portugueses-paulistas, chamados bandeirantes, atacando, incendiando, matando, aprisionando índios, inermes e já catequizados, que traziam para vender no litoral... Os povos do Uruguai e seus missionários tinham-lhes sobejas razões de temor e de ódio: não queriam ser, pois, portugueses. Que se mudassem!

Como fazê-lo, a 30 mil pessoas, (exatamente 29.191), 6.420 famílias, em outras tantas casas, e templos, escolas, e um milhão de cabeças de gado e ervais produtivos, indispensáveis à produção exportadora e consumidora... regiões onde tinham enterrados os seus mortos e demoravam suas tradições? Tudo isto, esse impossível, para que os de Lisboa e Madrid estivessem contentes. “O sossego da Europa assim o pede”, diz Basílio da Gama (Canto II, 138). Povo não conta. Sem atender às possibilidades, sequer, da América...

Os seus curas, jesuítas, que os enquadravam, a esses americanos, se opuseram, dizem. Não podiam fazer outra coisa. Eram apenas 72 padres. O geral, em Roma, nomeara o padre Altamirano, vice-geral, para, aqui, cumprir o Tratado. Madrid e Lisboa insistiam. “*Es lo mismo pretender un imposible...*”, diziam todos. A mudança custaria rios de sangue. Seria a destruição dos índios. A retirada dos curas essa mesma ruína. Os que insistiram; por isso, foram escorraçados. Altamirano teve de fugir para Buenos Aires, para não ser trucidado... A tudo isso as cortes de Madrid e Lisboa, de longe, repetiam: “que se cumpra o Tratado!” E como não se podia cumpri-lo, era o escândalo, na Europa: não se cumpria “porque não o queriam os jesuítas”, rebelados contra os reis, o geral, o pontífice... Ódio, pois, aos jesuítas. Armava-se a tempestade, que os iria fulminar.

Reis não podem ser vencidos por miseráveis índios recalcitrantes, por padres inermes acusados de desleais... O sangue vai correr: é a guerra, de que o *Uruguai*, descreve breve trecho.²² Guerra contra índios desarmados,

²² Nota do original: “Capistrano de Abreu resume os acontecimentos: ‘A primeira conferência dos régios comissários Gomes Freire de Andrada por Portugal, Marquês de Valdelírios por Espanha, realizou-se a 9 de outubro de 1752. As operações iniciais correram plácidas até Santa Tecla, um pouco ao norte de Bagé. Aí apareceram Tapes estranhando a presença dos portugueses, opondo-se à sua passagem, dizendo que as terras eram suas, que as herdaram de seus maiores a quem Deus as dera. Tiveram de retirar-se os comissários. A 15 de julho de 1753 reunidos na ilha de Martim Garcia resolveram Gomes Freire e Valdelírios atacar as Missões se antes de 15 de agosto não começassem a mudança. As tropas espanholas deviam ir pelo Uruguai e São Borja.

logo vencida, arrastando-se contudo os sucessos, de 54, a primeira campanha, a 55-56, a segunda, até 59. Portugal e Espanha cada vez mais convencidos que os índios são movidos por jesuítas. Os comissários, Gomes Freire e Valdelírios, retiram às suas sedes, em 59; a campanha esmorece. Venceram, parcialmente, a alguns índios; porém, os Povos não se mudam, o Tratado não se cumpre. Uma sanção virá... É a expulsão dos jesuítas, em Portugal e colônias, em 59, extinta a Companhia de Jesus. Em 67 será a vez de Espanha. Em França, em Nápoles, em Roma. O advento do liberalismo fim de século XVIII ajudando...

No *Uraguai*, Basílio da Gama toma o partido “europeu”, de Pombal, contra a América, os índios, os jesuítas, 72 missionários, que não puderam mover 30 mil catecúmenos... O sossego da Europa assim o exigia... à custa da vida e dos interesses de americanos. Não foi possível... E um poeta americano entoava, na Europa, um hino, cheio de doestos e calúnias, à prepotência! É o *Uraguai*, que todos louvam, ninguém quase lê, ou entende, porque... não sabem história.²³

*

Esse *Uraguai* assim se resume:

Canto I. Ainda em guerra, o poeta convida: “Musa, honremos o herói, que o povo rude subjugou do Uraguai”. É Gomes Freire de Andrada, mas, antes, alude a “vós”, herói e irmão de Pombal, que, ao norte, teve a mesma função do Bobadela, ao sul. Chega Cataneo e as tropas espanholas [sic] desfilam. Andrada descreve as causas da guerra: o tratado de limites entre as duas partes, obstado pelos índios, guiados pelos padres jesuítas. “Vossa fica a Colônia, e ficam nossos Sete povos”... E os padres os incitam e acompanham à resistência. Ao infinito número de índios, retiram os espanhóis e aconselham a Andrada, que faça o mesmo, ao que se opõe. Mas enche o rio, o que força os nossos a grimparem às árvores. Sem socorros, Andrada enfim retira, não sem confiar, aos seus, os régios poderes que recebera.

Gomes Freire apoderar-se-ia de Santo Ângelo. Marcharam ambos mas as circunstâncias correram desfavoráveis e nem um proveito se apurou. Finalmente, em princípios de 1756, das cabeceiras do rio Negro seguiram unidos os dois exércitos português e espanhol, fortes de 3 mil homens. Os jesuítas depois de hesitar algum tempo tomaram o partido dos índios e combateram a seu lado. Entrado o povo de S. Miguel em 17 de maio fraca resistência opuseram os outros que dentro de um mês ficaram subjugados. Um poeta de mais talento que brio cometeu a indignidade de arquitetar um poema épico sobre esta campanha deplorável. (Prefácio da *História topográfica e bélica da Nova Colônia do Sacramento do Rio da Prata*, de Simão Pereira de Sá, Rio de Janeiro: Leuzinger, 1900, páginas XXXII-XXXIII)."

²³ Nota do original: “Documentos sobre o Tratado de 1750, in *Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, 1938, 2 vols”.

Canto II. O general quer tentar ainda a brandura com o inimigo, soltando prisioneiros, bem-vestidos, para se irem aos seus. Vem então a ele dois dos inimigos, Cepé e Cacambo, a parlamentar. “Que o Rei de Espanha dê Buenos Aires e Correntes aos Portugueses” – “porém não pode dar-lhe os nossos povos”... Razões políticas e diplomáticas, as desses índios... Entretanto, contam a vida ingrata a que os obrigam os padres. Não os obriguem os portugueses a resistir... “Não temos outro Rei mais que os Padres”. Responde o general, exortando-os, intrigando os padres, “nem são senhores, nem vós sois escravos”... Devem ceder: “O sossego da Europa assim o pede”... mas, entretanto, não combinam. “Enfim, quereis a guerra e tereis guerra”, torna o general. Não sem presentes aos índios: rica espada a Cacambo e a Cepé arco de pontas de marfim... Tornados, começa a guerra. Aparece Baldeta, havido da “estéril mãe por orações de Balda”, o padre jesuíta... É torpe a invenção poética. Heroísmos, setas, tiros... Morre Cepé, combatendo. Caitutu, mal ferido. Tatu-Guaçu derrama rios de sangue. Cacambo “salva os índios que pode, e se retira”.

Canto III – A sombra de Cepé aparece a Cacambo, aconselhando a fuga... aos bosques, ateando o incêndio ante os inimigos. O general quer deter o incêndio. Corre o índio a Balda, mas debalde. Tinha Cacambo “real esposa a senhoril Lindoia”, “de costumes suavíssimos e honestos em verdes anos”; “com ditosos laços amor os tinha unido”. A guerra logo os separou. Balda “nunca consentiu que outra vez tornasse aos braços de formosa Lindoia”, Cacambo... Mas agora, “tornar não espera e vitorioso foi todo o seu delito”... Prende-o, inexoravelmente. E mata-o... Lindoia sabe do futuro, pela velha Tanajura... Recurso para evocações. Vê Lisboa, o terremoto: o elogio de Pombal... “Nasce Lisboa de entre cinzas: glória do grande Conde”... (de Oeiras) Vê a armada que se prepara, com a nau *Serpente*, “obra e trabalho do novo mundo, que de longe vinha buscar as nadadoras companheiras”... “Lenhos mercenários transportam” a Ignorância e a magra Inveja, envolta em negros e compridos panos, a Discórdia, o Furor... A torpe e velha Hipocrisia vagorosamente atrás deles caminha”... São os jesuítas, expulsos. “Pareceu a Lindoia que a partida destes monstros deixava mais serenos e mais puros os ares”... Vem a visão do mártir Malagrida, “diabólico mártir”, diz o poeta, numa das suas notas infelizes. Está vingada a morte de Cacambo (muito posterior entretanto...) Acorda Lindoia, passa a ficção “e, de novo, outra vez, suspira e geme”, “suave esquecimento dos seus males”...

Canto IV. A guerra prossegue. Salvas as tropas do incêndio e afugentados os índios, subida a montanha, é o planalto. Perto, estão

os índios, agora comandados por Pindó, que sucedeu ao irmão Cepé. Também com os seus Caitutu, irmão de Lindoia. Também os Guaranis, esquadra de Cacambo. E outros... Balda os recebe, com o irmão Patusca, que merece o nome, “de pesada e enormíssima barriga”, que “sofre em paz as delícias desta vida”. “Humour”. Só falta Lindoia, que entrara ao jardim, triste e chorosa. Procura-a Caitutu, até o abrigo do bosque, onde ela vai ao encontro da morte. Uma serpente verde se lhe enrola no corpo, “cinge o pescoço e braços e lhe lambe o seio”. Indeciso, se dorme e o monstro poderá irritar, contudo entesa o arco e, depois de vacilar, ainda tocando embora o peito da moça, fere a serpente na testa, que, entretanto, verte “o lívido veneno”... Lindoia, tomada pelo irmão, vai entretanto morrer [sic], ferida pela cobra, no seio. Mas, na morte, inda era bela. Todos choram. Só não comove ao “duro Balda”... E como todos o temem, seca o pranto nos rostos, morrem os suspiros, e, sem uma flor, fica exposta às feras e aos abutres... Tanajura que a induzira àquele gênero de morte, vai ser punida, por Balda. A voz deste retiram os índios, incendiando as palhoças e edifícios. Os vencedores, que chegam, apenas encontram “um deserto onde há pouco era a cidade”... Ira e pranto do general... Também do poeta, por não terem padres e índios ficado, para a morte ou a prisão. “Gênio da inculta América, que inspiras a meu peito o furor, que me transporta, tu me levanta nas seguras asas. Serás em paga ouvido no meu canto e te prometo que, pendente um dia, adornará a minha lira os teus altares”. Não era para tanto.

Canto V. É a descrição do templo e suas riquezas e ornatos. “No alto sólio estava dando leis ao mundo inteiro a Companhia”. E vem os crimes dessa Companhia: a morte de Henrique III e IV, em França... E em Portugal... E a sujeição dos índios... E na China, no Japão... Mas o invicto Andrada “corrige a militar licença” (das tropas, nos prisioneiros)... “Cai a infame República por terra”... Enfaticamente termina: “Serás lido Uruguai...” Menos lido, e compreendido, de que citado. Subsistem apenas alguns raros lindos versos, que não compensam nem moral, nem historicamente.

Em técnica literária se há de dizer que é mal composto o poema. E o enredo não tem nexos, nem senso comum. Balda, o protótipo do mau jesuíta, apenas consegue ser incompreensível. É o chefe moral e militar e, entretanto, prende e mata, sem razão, a um dos seus generais, Cacambo. Será por ciúme da esposa, Lindoia? Mas deixa esta morrer e nem uma lágrima ou uma flor lhe permite, na morte. Incompreensível; entretanto, impedira que marido

e mulher se vissem: como, por quê? Não se entende. A matéria narrada no *Uraguai* não daria um conto medíocre... Se a fabulação é assim, o épico dos combates não é melhor: não há nenhum vislumbre de epopeia... Volta-se sempre ao refrém: salvam-no alguns versos fluidos descritivos... O mérito de *Uraguai* foi antijesuítico. Continua.

*

Admite-se geralmente que, o chamado, pela Europa, “exotismo literário”, seja romântico... Culpa da vista curta, a miopia, que só vê o próximo: *Os Natchez* (1814) de Chateaubriand, *Os Mohicanos* (1826) de Fenimore Cooper; aqui *Os Timbiras* (1848), de Gonçalves Dias... *O Guarani* (1857), de Alencar. Gilbert Chinard demonstrou que é bem anterior, séculos XVI, XVII e XVIII.²⁴

Com efeito, o *Araucana*, de Ercilla, já é de 1569. *A Argentina*, de Barco Centenera, é de 1602. *Robinson Crusoe*, de Defoe, romance de um plantador inglês no Brasil, que naufraga no Atlântico, em ilha solitária, e refaz a civilização, conquistando a natureza... é de 1719. *Manon Lescaut*, do Abade Prévost, que vai acabar a sua aventura no Mississipi... é de 1735. *Os Incas*, de Marmontel, são de 1778. *O Uraguai*, de Basílio da Gama, estaria perto, em 1769.

José Veríssimo muito o encarece: “*O Uraguai* é já romântico, antes do romantismo”.²⁵ Antes do romantismo, dos que leem pela cartilha francesa, atrasados até 1830, sim: do romantismo europeu ou geral, bem anterior, não... A filosofia que lhe preparara o advento, a de John Locke, *Ensaio sobre o entendimento humano*, primazia do sentimento sobre a razão, sensualismo que é a primeira raiz romântica, é de 1630... Edward Young, o primeiro romântico inglês, publica *As noites*, em 1742-6. Jean Jacques Rousseau, pai do romantismo francês, com o culto da natureza e o desregramento de sensibilidade, publica *Júlia ou a Nova Heloisa*, em 1761. *A Dramaturgia*, de Lessing, contra a tragédia clássica, pelo drama romântico, é de 1767. (Shakespeare aliás, desde o fim do Século XVI, fazia dramas “românticos”). A coisa sem o nome, sim, como o *Uraguai*, de 1769, romântico sem o saber...

O classicismo, cuja filosofia fora cartesiana, vinha de antes, do século XVI. Mas, já aí, sintomas de decadência... À “pérola perfeita” ou clássica

24 Nota do original: “G. Chinard, *L'exotisme Américain dans la littérature française au XVI siècle* d'après Rabelais, Ronsard, Montaigne, etc. Paris: Hachette, 1911; Id., *L'Amérique et le rêve exotique dans la littérature française au XVII et au XVIII siècle*. Paris: Hachette, 1913”.

25 Nota do original: “José Veríssimo, *Obras poéticas, de José Basílio da Gama*, Rio-Paris, p. 71”.

ia seguir-se a imperfeita ou, como era chamada, “barroca”: é o barroco... O *eufuismo* inglês; o *cultismo* espanhol ou *gongorismo*; o *marinismo* italiano ou *conceitismo*; o *preciosismo* francês, são do século XVII e XVIII; do XVIII é o arcadismo, outra degeneração clássica, reacionária à anterior, volta à simplicidade bucólica. O arcadismo também vinha de antes. A *Arcádia*, de Sannazaro, já é de 1504... a *Menina e moça*, de Bernardim Ribeiro, de 1554... a *Diana*, de Jorge Montemor, de 1559... a *Arcádia*, de Philipp Sidney, de 1590, a de Lope de Vega, de 1598...

Mas o arcadismo viçaria, pomposamente, pelo século XVIII. José Basílio se ufanava de árcade romano e tinha nome pastoral de *Termino Sipílio*. Quisera ser árcade e José Veríssimo o quer romântico... Estes rótulos literários vêm de classificações arbitrárias, depois, muito depois dos acontecimentos... Não é que fizemos de Gonçalves Magalhães romântico, criador do romantismo no Brasil, depois de 1830, quando ele, conscientemente, não quisera sê-lo?²⁶ E a José Bonifácio, que, em 1825, aprendera o romantismo em França, no exílio, não o admitimos?...

A precursão romântica não seria só, no *Uruguai*, do verso branco, servindo a um certo culto à natureza, em assunto indianista... O principal é que se supõe uma oposição clássica, isto é, em português, ter fugido ao modelo camoniano. Basílio reconheceria numa minúscula aventura, de civilizados e índios, uns armados, outros inermes, o ridículo da comparação ou imitação d’*Os Lusíadas*... Se era confessadamente árcade, por que tornaria a clássico? Porque a oitava rima, e não o verso branco, da moda arcádica? Essa “oposição” camoniana pareceu nativismo.... Não precisaria de mais, para ser louvado... até hoje.

Mas o mérito principal do *Uruguai* foi pragmático, antijesuítico, “pombalino”.... Clóvis Monteiro mostrou que, evitando a imitação camoniana formal (ou seguindo a moda do seu tempo), rendeu a Camões o culto de expressões e até de versos inteiros.²⁸ Aliás, parece, não buscava

26 Nota do original: “Não posso de modo algum acostumar-me com os horrores da moderna escola, com essas monstruosidades de caráter preternaturais, de sanções desenfreadas e ignóbeis, de amores licenciosos, de linguagem requintada à força de querer ser natural.” D. G. de Magalhães Prólogo de *Olviato*, Rio, 1841”.

27 Nota do original: “Cf. Afrânio Peixoto, *Panorama da literatura brasileira*. S. Paulo, 1940, p. 236”.

28 Nota do original: “Cf. *Traços do romantismo na poesia brasileira*, tese de concurso, Rio, 1929, p. 61. Citando José Veríssimo (*op. cit.*, p. 70), lembra que dissera: ‘Único entre todos os épicos daquele momento literário que não quis ou não procurou imitar Camões, sendo porventura o só poeta do tempo em que se não encontra sequer reminiscência deste’, Clóvis Monteiro (*op. cit.*, p. 24-29), lembra: ‘hirsutos os cabelos/ A boca negra, os dentes amarelos’, de um soneto de Basílio a Garção, conferido com *Os Lusíadas*, V, 39: ‘Cheios de terra e crespos os cabelos/ A boca negra, os dentes amarelos’. No soneto a D. José: ‘Por ver o berço aonde nasce o dia.’, copia o verso de Camões, *Lus.*, I, 27: ‘A ver os berços onde nasce o dia’. E no *Uruguai*: ‘Apascentar a vista na pintura’ não lembrará, nos *Lusíadas*, VII, 741: “... pintura fera / Que tanto que ao gentio se apresenta/ A tento nele os olhos apascenta”. E outros, e outros, pelo menos reminiscências:

expressamente a originalidade, se o seu mais belo verso,

Tanto era bela no seu rosto a morte

[Canto IV, v. 197]

é uma elegante tradução, de semelhante, à morte de Laura, em Petrarca:

Morte bella pareo nel suo bel viso

(*Trionfo della Morte*, I. 6, último verso).

E a própria morte de Lindoia é a... clássica, de Cleópatra, até confessadamente (Canto IV, v. 209...). Cacambo é personagem do *Candide*, de Voltaire, de 1759...²⁹

*

A mais bela condecoração de José Basílio, ou do *Uraguai*, é de Almeida Garrett. (Apesar de nossos fumos de independência, sempre dependemos dos portugueses, agora ainda, na aprovação. A fama de Gonçalves Dias começou com o louvor de Alexandre Herculano... a de Rui Barbosa, mestre da língua, veio de Cândido de Figueiredo). Disse ele: “O *Uraguai* de José Basílio da Gama é o moderno poema que mais mérito tem na minha opinião. Cenas naturais mui bem pintadas, de grande e bela execução descritiva; frase pura e sem afetação, versos naturais sem ser prosaicos e, quando cumpre, sublimes, sem ser guindados; não são qualidades comuns. Os brasileiros principalmente lhe devem a melhor

Uraguai: “Sem mostras nem sinais de cortesia”

Lus., I, 56: “Com mostras de devida cortesia”

Uraguai: “Os olhos põe no chão a igreja irada

Lus., I, 9: “Os olhos da real dignidade/ Ponde no chão

Uraguai: “Altas empresas dignas de memória”

Lus., II, 56: “Quem faz obras tão dignas de memória”

Etc., etc. O “esquecimento” de Camões, por Basílio, não é... veríssimo.

²⁹ Nota do original: “O contrário pareceu a Machado de Assis: ‘Cândido e Cacambo... Ai, pobre Cacambo nosso! Sabes que nome daquele índio que Basílio da Gama cantou no *Uruguai*. Voltaire pegou dele para o meter no seu livro, e a ironia do filósofo venceu a doçura do poeta. Pobre José Basílio! tinhas contra ti o assunto estreito e a língua escusa. O grande homem não te arrebatou Lindoia, felizmente, mas Cacambo é dele, mais dele do que teu, patricio de minha alma’ (*Esau e Jacó*, cap. LXXIII). Por um equívoco de datas, acreditava Machado de Assis na prioridade de Basílio (*Uruguai*, 1769) sobre Voltaire (*Candide*, 1759) e, por este erro, bordou seu comentário, à espoliação forçosa do nacional pelo estrangeiro... O ‘pobre’ não foi Basílio, senão o rico Voltaire, que teria aprendido a ‘língua escusa’, e lido o ‘assunto estreito’, para furtar um nome... Cacambo é de fato, de Voltaire: ‘*C’était un quart d’Espagnol, né d’un métis, dans le Tucuman. Il avait été enfant de coeur, sacristain, matelot, moine, facteur, soldat, laquais. Il s’appellait Cacambo*’ (*Candide*, chapitre. XV). Se o guarani de José Basílio alcançou os Cepés e Caitutus, não chegou para Cacambos e Lindoias, que fogem a tal língua, impróprios pois, para nomes de nativos heróis... *Cacambo* seria empréstimo de Voltaire, e *Lindoia* seria, talvez, derivada de ‘linda’”.

coroa de sua poesia, que nele é verdadeiramente nacional e legítima americana. Mágoa é que tão distinto poeta não limasse mais o seu poema, lhe não desse mais amplidão e quadro magnífico o acanhasse tanto. Se houvera tomado esse trabalho desapareciam algumas incorreções de estilo, algumas repetições e certo desalinho geral que muitas vezes é beleza, mas continuado e constante em um poema longo é defeito”.³⁰ Foi a pressa que fez isto. Obtido, em 69, o favor dos versos à filha do potentado, mister seria consolidá-lo, no ânimo do déspota: em 69 mesmo saía o *Uruguai*, que alcançou o seu êxito antijesuítico. No anticlericalismo de Veríssimo, tem isto ainda valor: o panfleto político faz encarecer o poema... Que tem, de fato, alguns belos versos, e poderia ter ainda melhores...

Mas serviu ao que desejou o autor, embora ingrato com os seus mestres e injusto com os índios americanos, que não quiseram ser enxotados, como se foram gado, e reagiram à Europa... É, tal rebeldia, o prenúncio, da Independência, em todo o continente. Isto não importa, entretanto, que o detrator destes índios rebeldes e antieuropeus seja considerado nacionalista e americano... Na terra, é assim.

P.S. – Esta edição do Poema, no 2º Centenário do Poeta, facsimilar da 1ª, honra as publicações da Academia Brasileira, que tem Basílio da Gama por um dos seus patronos. Notas sábias, de Rodolfo Garcia, corrigem e ampliam as do *Uruguai*. Ensaio bibliográfico, profuso, de Osvaldo Braga, completa o volume. Obra que não desluz, no todo: crítica e comemoração.

Fonte: “Nota preliminar”. *O Uruguai*. Ed.comemorativa do segundo centenário, com notas de Afrânio Peixoto, Rodolfo Garcia e Osvaldo Braga. Rio de Janeiro: Academia Brasileira de Letras, 1941, pp. VII-XXXVII.

³⁰ Nota do original: “Almeida Garrett, *Bosquejo da história da poesia e língua portuguesa*, in *Obras*, vol. XXIV, Lisboa, 1877, p. 104-5”.

José Basílio da Gama

Crítica da comemoração acadêmica do segundo centenário do batismo do autor do *Uraguai*, lida em sessão da Academia em 18 de dezembro de 1941.

Senhor Presidente:

Nossa última sessão pública, na quinta-feira passada, destinava-se à comemoração do segundo centenário do batismo de José Basílio da Gama, patrono da nossa poltrona número 4, de que foi primeiro ocupante Aluísio de Azevedo e é hoje ocupada por Alcides Maya, dois espíritos brilhantes e de larga projeção nos domínios de nossas letras. Em vez de comemoração, entretanto, o que se fez foi um auto de fé. Começou V. Ex., senhor Presidente, sua oração com estas palavras: “A Academia consagra a José Basílio da Gama esta sessão, em que dois dos seus membros proeminentes, os srs. Serafim Leite e Pedro Calmon, falarão do poeta e de sua obra. Ainda mais: lança, hoje, a público nova edição do poema *Uraguai*, que constitui uma pequena joia bibliográfica, com que mais se enriquece nossa já tão rica coleção, graças ao saber e devotamento da benemérita Comissão de Publicações”.

Esperávamos, diante deste “introito”, uma verdadeira comemoração do patrono ilustre, na qual se mencionassem mais os méritos que levaram os fundadores da Ilustre Companhia a alcandorá-lo a tão alta autoridade, do que os erros de sua vida, se erros teve nas suas convicções. Continuou V. Ex.: “Decorridos dois séculos do batizado do poeta, pois deste é que se conhece a data, vai sendo tempo de se lhe dar a posição exata e merecida na literatura brasileira; para tanto há de contribuir a nossa edição do *Uraguai*”.

Permitirá V. Ex., advogado ilustre de cujas luzes ainda nestes dias me valho, que arme as duas premissas em modo de discussão forense, nos seguintes itens: 1º – Dois séculos depois do nascimento, ou do batismo do poeta, ainda não tem ele posição exata e merecida na literatura brasileira, apesar de tudo que a seu respeito se tem escrito; 2º – Para que tenha aquela posição exata e merecida na literatura brasileira, há de contribuir a nossa edição do *Uraguai*.

Em seguida V. Ex. assim se referiu ao *Uraguai*: “Esse é um poema de inspiração antijesuítica. É por isso da parte do autor um gesto que se tem considerado de ingratidão, de injustiça, até de subserviência. Do contubérnio

desses defeitos – tão frequentemente conjugados – teriam advindo ao autor vantagens consideráveis, evitando o degredo, obtendo certa função pública, por fim as honras e proventos de cavaleiro fidalgo...”. Usa V. Ex. da palavra contubérnio – que os dicionaristas definem como “camaradagem, convivência, familiaridade” – e termina o período com pontinhos, o que deixa no ar a suspeita de que V. Ex. não contesta aquelas acusações.

Logo adiante disse V. Ex.: “Emigrado do Brasil, vivendo na Metrópole sob governos fortes os melhores anos de sua vida, não terá sabido ou não terá podido resistir à pressão do meio, à influência dos preconceitos dominantes, *às suas ambições pessoais*”. Procura V. Ex. defender essa amoralidade arguindo que “nas épocas de opressão do pensamento, poucos têm ânimo de falar mais claro”. A defesa, convirá. V. Ex., longe de defender, acusa, pois procurando atenuantes para o erro, com isso o confirma.

Elogia, entretanto, V. Ex. a obra poética de Basílio da Gama em alguns períodos, citando certos versos famosos. Ficaram, porém, de pé aquelas acusações. Passou V. Ex. a palavra ao padre Serafim Leite, ilustre jesuíta e membro correspondente desta Casa.

Louvada foi a louvá-la quero a discríção com que S. Revma. falou do poeta. Nenhuma referência, por mínima que fosse, àquelas acusações, que os séculos já amorteceram, estabelecendo a justiça póstuma, que é a menos imperfeita, quando libertada da acidez dos frutos verdes. Disse-nos, porém, S. Revma.: “que não tendo podido escusar-se do convite que lhe fizera V. Ex. pelo telefone, ali estava para afirmar em primeiro lugar, que a data do nascimento do poeta recua de oito meses o centenário”.

Apresentou como prova de sua afirmação, o último catálogo da Companhia de Jesus, no Brasil, que é de 1517, onde figuram aquela data e outros dados acerca do aluno José Basílio da Gama. Donde se conclui, com a palavra autorizada e documentada daquele eminente membro desta Casa, que a Academia comemorava uma data errada, tendo passado a verdadeira há oito meses. O padre Serafim Leite assim concluiu suas palavras: “O que se passou daí em diante (isto é, depois de haver Basílio da Gama deixado o colégio dos jesuítas) o que fez e escreveu sobre os seus amigos e benfeitores, é já conhecido e do domínio público”.

E não mais disse. Entendeu S. Revma. que não cabia numa sessão comemorativa reeditar o que no auge da discussão se formulara de parte a parte, e que, como dissemos, já sofreu o exame dos séculos.

Não pensou assim, entretanto, meu querido e brilhante amigo Pedro Calmon, a quem V. Ex. confiou a palavra para, em nome da Academia,

discorrer acerca de obra poética daquele nosso patrono. Ressurgiram em sua oração as acusações feitas a Basílio da Gama por seus adversários, com a abjeção moral que lhes eles atribuíram, de haver atacado seus antigos benfeitores para tirar disso proventos materiais, vendendo, assim, a consciência. Na articulação minuciosa e elegante de Pedro Calmon, silabadas com vagar as palavras principais de cada período, fazendo, em seguida, breve pausa, na qual seu olhar penetrante fixa o auditório, ora de um lado, ora de outro, sublinhando o argumento com o traço rubro de um simpático sorriso que conclui a conquista do ouvinte, com tais elementos de sugestão encantadora, apesar de imperativa, e com a ciência da vocalização e da mímica oratória, realizando o preceito ciceroniano de aliar à disposição musical das palavras, graça sutil e solerte urbanidade, aquela catilinária se tornou impressionante.

Disse nosso brilhante orador que José Basílio pusera a lira a serviço da ambição: que a alugara à política antijesuítica do Estado; que lhe dera, enfim, a vulgaridade dos pasquins; que caluniara, usara do vitupério, do falso testemunho, da deturpação histórica e de felonias. “Sensível à adulação, o Marquês de Pombal alimentou a lira indigente do poeta.” (Vide *Jornal do Comércio* de 28 de dezembro de 1901).

José Basílio pode assim amesendar-se no tambo dos lacaios do poder para abocanhar os restos das esmolas orçamentárias, vendendo a consciência.

Em matéria de comemoração nada conheço mais original. Devem nossos patronos pedir aos deuses que nos esqueçamos deles, para sempre, se assim desejarmos comemorar-lhes os feitos.

Ao fim da sessão, um dos nossos convidados àquele opíparo e macabro banquete de ossos, perguntou-me:

– Se esse Zé Basílio era tipo de tal baixa moral, que deve sua notoriedade à putridez das calúnias assacadas aos jesuítas que lhe haviam matado a fome, como se explica que os fundadores desta Academia, entre os quais o tão escrupuloso Machado de Assis, o tenham feito patrono de uma de suas quarenta poltronas? E por que a Academia atual, católica, apostólica, romana e amiga dos jesuítas o conserva nesse alto posto? Depois do que disse seu orador oficial – concluiu ele – a Academia, se está de acordo com aquelas acusações, só tem uma coisa que fazer: riscar o nome desse patrono, pois patrono da nobreza não pode ser um réu de vilanias! E se não o fizer, deixa o público em dúvida acerca de seu critério comemorativo.

– Trata-se de impressões pessoais... – ia eu arriscando.

Mas aquele insofrido convidado me atalhou a frase, nestes termos:

– Não, senhor. Fui convidado pela Academia, e aqui está o convite, para uma sessão na qual a palavra dos oradores seria a palavra da própria Academia. E estou aborrecido porque em tarde tão quente preferia um sorvete ou uma laranjada a esses vesicatórios.

Alguém interrompeu o diálogo, para apresentar-me a Beatriz Costa, a graciosa atriz de opereta e de revista.

Atordado ainda, apenas pude perguntar à encantadora artista:

– É a primeira vez que vem cá?

– É a primeira vez, sim, senhor – respondeu-me Beatriz Costa – e gostei muito da função. Perdão, enganei-me: não falou em função, mas em sessão.

Foi aquele incorrigível convidado, que me soprou no ouvido:

– Pudera!... Ela deve ter gostado da “função”.

Eu levava na mão o exemplar do *Uraguai*, que a Academia acabava de distribuir. Esperava nele encontrar a defesa do poeta, fiado na palavra de V. Ex., senhor Presidente, que anunciara a “pequena joia bibliográfica”, que vinha fixar a situação exata e merecida de José Basílio da Gama na história da literatura brasileira.

Chegando à casa, tomei o volume e pus-me a ler a “Nota preliminar”, que abre o livro. Essa nota, do presidente da Comissão de Publicações, estudando o poema *Uraguai*, afirma que nele o poeta se excede, injusto e talvez ingrato, e, em qualquer caso, *sem nobreza*, e que “para conseguir as boas graças do Marquês de Pombal, *bajulara*, o que era vulgar no tempo, e se vê em qualquer tempo. Os excessos do *Uraguai* são vingados pela *Resposta Apologética*: é com o caráter do homem...”. Três pontinhos. E em tom irônico, assim se refere ao poema: “Outra história (história aqui no sentido claro de lenda) é a celebrada beleza do poema, glória do poeta...”. Outros três pontinhos.

Mais adiante transcreve o seguinte período do “Prefácio” da *História topográfica e bélica da nova Colônia do Sacramento*, que diz o que tais reticências fizeram supor: “Um poeta de mais talento do *que brio* cometeu a indignidade de arquitetar um poema épico (o *Uraguai*) sobre esta campanha deplorável”.

Temos até agora os seguintes elementos comemorativos para se dar ao autor, na frase de V. Ex., “posição exata e merecida na literatura brasileira”: – sem nobreza, portanto, vil; bajulador; sem brio, vendilhão da consciência, pasquineiro, vituperador, caluniador, perjuro e falsificador da história.

Acerca do valor do poema, depois de haver dito a nota oficial acadêmica que era uma história ou lenda sua beleza, aduz: “Subsistem apenas alguns raros lindos versos, que não compensam nem moral, nem historicamente”. Falta a este período a clareza icástica dos gregos e dos latinos, porque sendo transitivo o verbo compensar, não traz o necessário complemento.

Penso, porém, que o complemento seja: o trabalho da leitura. – Não compensa o trabalho da leitura, nem moral, nem historicamente.

Quando acabei de ler em voz alta o período assim completado, pareceu-me ver surgir aquele contumaz convidado, que me reaparecia tornado num fantasma de cem cabeças e de cem braços, como um estranho Briareu da lógica. Devassando-me com o olhar fixo e penetrante o fundo das pupilas, perguntou-me ele:

– Mas se a obra é tão medíocre que até mesmo seus raros belos versos não compensam o trabalho da leitura, nem moral, nem historicamente, por que a Academia os reeditou, gastando prejudicialmente seu patrimônio em propagar a má leitura?

– Não sei, mas deixe-me em paz, por favor, que já a mim me basta a própria perplexidade – respondi-lhe.

Continuei a leitura. Mais adiante, p. XXV, encontrei, a propósito de uma insinuação que se supõe malévola: “É *torpe* a invenção poética”. E na p. XXVIII: “Em técnica literária se pode dizer que é mal composto o poema. O enredo não tem nexos nem senso comum”. “A matéria narrada no *Uraguai* não daria um conto medíocre...” E três pontinhos. “Se a fabulação é assim, o épico dos combates não é melhor: não há nenhum vislumbre de epopeia...” E três pontinhos. “Salvam-no alguns versos fluidos descritivos...” E três pontinhos. “O mérito do *Uraguai* foi antijesuítico. Continua.”

– Então? – perguntou-me de novo Briareu. – Se o único mérito desse poema medíocre, bajulador, torpe, cujos poucos versos e raros versos “fluidos descritivos” não compensam a leitura, se seu único mérito foi antijesuítico e continua a sê-lo, por que a Academia tão católica e tão amiga dos jesuítas fez essa reedição? Para reviver uma obra de arte ou para reviver uma obra de ódio, medíocre e torpe?

– Briareu, Briareu! – exclamei, vencido. Prometo-lhe perguntar isso à Academia na primeira sessão que ela realizar. E deixe-me, agora, em paz.

– Não, não! Vamos até ao fim! – disse-me aquele sádico e inexorável cacete. Veja adiante as provas da “falta de originalidade” desse poeta. “Rendeu a Camões o culto de expressões e até de versos inteiros”, plagiou Petrarca. Seu mais belo verso – “Tanto era bela no seu rosto a morte” – é

uma tradução elegante de Petrarca: “*Morte bella pareo nel suo bel viso*”.

– Perdão! – exclamei, tentando timidamente arriscar-me à ameaça dos seus cem braços, gesticulantes. – Essa imagem, tão fácil de se conceber, vem desde os gregos... até mesmo de mais longe...

– Venha de quem vier, meu amigo. A Academia declara que é um plágio ao pé da letra.³¹

– O prefaciador diz ainda – continuou o indesejável convidado – “que a própria morte de Lindoia é a clássica de Cleópatra, até confessadamente”.

– Confessadamente?! – perguntei eu.

– Sim, aqui está, e com a citação da confissão do plágio: Canto IV, 208. Naquele canto, Lindoia morre picada por uma cobra brasileira, junto a uma lapa cavernosa onde se deitara. Cleópatra matou-se, trinta anos antes da era cristã, no seu suntuoso palácio, fazendo picar-se por uma áspide, que ela escondera num cesto de figos. No caso só há de comum a cobra e seu veneno. Mas José Basílio da Gama, prevendo talvez, que a Academia devesse tão inimigamente comemorar o segundo centenário de seu batismo, e para evitar suspeita de plágio, mostrou desde logo a diferença das duas intenções, a da suicida egípcia e a da suicida brasileira, nos seguintes versos:

Fastosa egípcia, que o maior triunfo
Temeste honrar do vencedor Latino,
Se desceste inda livre ao escuro reino,
Foi vaidosa talvez da imaginada
Bárbara pompa do real sepulcro.

[Canto IV, v. 209-213]

Duas intenções diversas, dois cenários diversos, dois elementos históricos absolutamente dissemelhantes. Entretanto, porque o poeta desde logo se preveniu contra a possibilidade daquela falsa acusação,

³¹ Nota do original: “Neste ponto foram dados os seguintes apartes:

Sr. Roquete-Pinto – Perdão, a Academia nada disso afirmou. Trata-se da opinião pessoal do acadêmico que assinou o prefácio.

Sr. Osvaldo Orico – Esse acadêmico assinou-o na qualidade de presidente da Comissão de Publicações e numa edição oficial da Academia.

Sr. Viriato Correia – Assim sendo, parece tratar se de opiniões da Academia.

Sr. Clementino Fraga – É o que o orador deseja esclarecer.

Sr. Roquete-Pinto – E com isso está prestando mais um serviço à Academia.

A estes apartes, assim respondi: Longe de mim contestar a liberdade de pensamento dos senhores acadêmicos. Quando, porém, o acadêmico fala ou escreve como delegado da Academia, a responsabilidade desta é sensível”.

declara a Academia pela nota de sua Comissão de Publicações, que ele confessou o plágio... Agora, eu também me permiti, senhor Presidente, terminar o período precedente com os três pontinhos tão abundantes no prefácio comemorativo. A “Nota preliminar” não para nesse terreno. Declara, categoricamente: “Cacambo é personagem do *Candide*, de Voltaire, de 1759”. E põe os tais três pontinhos, ao fim da flechada, três gotas de sangue do pobre mártir. E transcreve em tipo miúdo numa nota, o seguinte trecho de Machado de Assis, fundador desta Casa: “Candide e Cacambo. Ai, pobre Cacambo nosso! Voltaire pegou dele para o meter no seu livro e a ironia do filósofo venceu a doçura do poeta. Pobre José Basílio! tinhas contra ti o assunto estreito e a língua escusa”.

Inseriu esta anotação, entretanto, para dar um quinau ao mestre, acusando-o de ignorar que o *Candide*, de Voltaire, precedeu de dez anos o poema *Uraguai* (1759-1769).

“O pobre não foi Basílio”, diz a nota, “senão o rico Voltaire”, que teria aprendido a “língua escusa para furtar um nome”. E lá aparecem os três pontinhos, outras três gotas de sangue negro, agora de Machado de Assis.

Quem furtou foi José Basílio da Gama, o comemorado. É muita vontade de acusar, senhor Presidente. Entre os dois personagens, aparte o nome, a disparidade é completa. Não há plágio algum. Admitamos que José Basílio da Gama desconhecendo o Guarani –

conforme afirma a nota tenha procurado aqui ou ali nomes para seus personagens. Se o simples uso do nome de uma pessoa, de que já tenha usado outro escritor, constituísse falta de originalidade ou plágio, ou furto, que escritor escaparia a essa acusação, sendo como são os apelidos humanos tão limitados? Assim, pois, falta razão ao prefácio da obra acadêmica quando diz: Cacambo é personagem do *Candide*, de Voltaire.

Não, não é assim. Cacambo de Voltaire parece-se tanto com o de *Uraguai* como um ovo com aquele “varão de ferro aguçado, delgado e comprido em que se enfia carne para se assar”, como diz o dicionarista. Quanto ao equívoco de Machado de Assis, é pouco provável que nosso grande mestre desconhecesse as datas da publicação de *Candide* e do *Uraguai*, para receber, agora, um quinau, de seus discípulos. Escrupuloso como era o fundador desta Casa na sua obra literária, não se lhe pode atribuir esse erro, fácil de evitar, pois até o Larousse pequeno lhe forneceria a data da obra de Voltaire. Leia-se, porém, com atenção o trecho citado, e desde logo se verifica que tal erro ou equívoco não existe. “Cacambo”, diz Machado, “é o nome daquele índio que Basílio cantou no

Uruguai”. Não afirma que se trate de um nome criado por José Basílio. É como se dissesse: “João ou Antônio ou Frederico é o nome do personagem que o poeta cantou no seu livro”. “Voltaire pegou dele”, continua Machado, isto é, usou daquele nome, “para o meter no seu livro, e a ironia do filósofo venceu a doçura do poeta. Pobre José Basílio, tinhas contra ti o assunto estreito e a língua escusa”. Quer isso dizer: meteram ambos o nome Cacambo em seus livros, Voltaire, no *Candide*, e José Basílio, dez anos depois, no *Uruguai*. O Cacambo de Voltaire tornou-se logo conhecido, porque Voltaire escrevia numa língua de larga projeção; o Cacambo de José Basílio ficou desconhecido porque o poeta escrevia numa língua escusa, sem projeção além de suas fronteiras. E assim – conclui Machado – quando se falasse em Cacambo, seria o de Voltaire, e não o de José Basílio. “Cacambo é de Voltaire, mais de Voltaire do que teu, patrício de minha alma.” Atente-se bem nesta última exclamação: patrício de minha alma. Eis como Machado de Assis o considerava, e, por isso o fez patrono de uma de nossas poltronas. A Academia atual, entretanto, se adotar aqueles conceitos passará a chamar-lhe: patrício de minha antipatia.

Minuciosa na acusação, assim como parca no elogio, vai a nota buscar numa tese brilhante de concurso do professor Clóvis Monteiro versos de José Basílio que se assemelham a outros de Camões. Ora versos há de Camões que parecem traduções de Petrarca. Conversando com aquele eminente professor, ele próprio me citou, entre outros muitos, o soneto 8 de Camões, cujo assunto e imagens são os mesmos do soneto CIV de Petrarca, e no qual há versos quase iguais, como o que se segue: “O mundo todo abarco e nada aperto” (*E nulla stringo, e tutto il mondo abbraccio* – Petrarca).

Vou ler os dois sonetos para mostrar-lhes a semelhança.

Soneto CIV – Petrarca

Pace non trovo, et non ò da far guerra,
e temo, et spero, *et ardo, et sono un ghiaccio;*
et volo sopra, 'l cielo, e giaccio in terra;
et nulla stringo, et tutto 'l mondo abbraccio.

Tal m' à in pregon che non m' apre nè serra,
né per suo mi riten, né scioglie il laccio;

et non m'ancide Amor, et non mi sferra;
né mi vuol vivo, né mi trae d'impaccio.

Veggio senza occhi; et non ò lingua et grido;
et bramo de perir, et cheggo aita;
et ò in odio me stesso, et amo altrui.

Pascomi di dolor; *piangendo rido*;
egualmente mi spiace morte et vita,
in questo stato son, Donna, per voi.

Soneto 8 – Camões

Tanto de meu estado me acho incerto,
que em vivo ardor tremendo estou de frio;
sem causa, juntamente choro e rio,
o mundo todo abarco, e nada aperto.

É tudo quanto sinto, um desconcerto:
da alma um fogo me sai da vista um rio;
agora espero, agora desconfio,
agora desvario, agora acerto.

Estando em terra, chego ao Céu voando,
num' hora acho mil anos, e é de jeito
que em mil anos não posso achar um' hora

Se me pergunta alguém porque assim ando;
respondo que não sei; porém suspeito
que só porque vos vi, minha Senhora.

Semelhanças de passos ou de fragmentos de umas e outras obras literárias famosas (fáceis de descobrir, sem necessidade de grandes trabalhos, nos volumes que publicam os colecionadores do cascalho das grandes gemas) se encontram em toda a história literária, em todas as composições dos maiores gênios humanos. Resultam de impressões fortes que se fixaram na subconsciência e que nela jazendo, se esquecem de sua origem, e nos momentos de febre da concepção artística, surgem como sensações

próprias. E em outros casos provêm de impressões impositivas que podem ferir espíritos diversos em tempos e lugares diferentes.

Quanta gente haverá dito ao ver o rosto morto de um ente querido que com sua beleza não pode a morte! E isso sem ser Petrarca e isso sem ser José Basílio da Gama. Ninguém, porém, nem mesmo Petrarca, traduziu essa impressão com mais primor do que nosso grande poeta no lindo verso imortal, um dos mais formosos da língua portuguesa: “Tanto era bela no seu rosto a morte”.

Neste ponto de minhas meditações, senhor Presidente, estava eu no terraço de minha biblioteca olhando nossa incomparável baía, naquela hora azul do anticrepúsculo, em que a Guanabara parece emergir como imensa cidade de sonho, de basalto e safira do dorso das ondas luzidias, do verde das águas, salpicado, como o jaspe, dos vermelhos do ocaso; estava ali na contemplação olímpica de nossas belezas sem par, quando, de novo me surge Briareu, a perguntar-me:

– Mas em que ficamos, o *Uraguai* é obra medíocre, ou é obra de verdadeira e de rica poesia? O orador, voz oficial da Academia, exalta-a “pelo espaço que abriu, pela luz que proporcionou, pelas cores que deu às figuras”, exalta “a originalidade e a graça do enredo”, enredo que o prefácio da Comissão declara que não daria para um conto medíocre.

Lamentei, senhor Presidente, que naquele panorama mitológico não surgisse Netuno – ainda que fosse aquele Netuno de barbas de algodão dos transatlânticos alemães na passagem da linha equatorial, e que levasse para o fundo do mar aquele molesto e enfadonho arguidor. Respondi-lhe, porém:

– O *Uraguai* é um grande poema dentro de sua época. Não me apoio em minha sensibilidade para essa afirmação, pois não sou poeta, nem tenho a mínima parcela de autoridade crítica ou literária.

– Não apoiado – protestou Briareu, quando eu acabei de dizer isso –, o senhor tanto não se julga assim que se candidatou à Academia e foi eleito.

– Por um acidente de generosidade apenas, Briareu! Assim como um destino mau pode esmagar-nos num desastre de automóvel, um destino generoso pode atirar-nos dentro de uma Academia. Minha nulidade no assunto, que reconheço e proclamo, leva-me a passar a palavra aos críticos literários. Trago para aqui o juízo de outro fundador desta Casa: José Veríssimo. A “Nota preliminar” a ele se refere, mas para acusá-lo de parcialidade, nos seguintes termos: “Em 69 saía o *Uraguai* que alcançou

seu êxito antijesuítico. No anticlericalismo de Veríssimo, tem isto ainda valor: o panfleto político faz encarecer o poema...”. E os três pontinhos de sempre, gotejando agora do flanco daquele crítico. José Veríssimo, segundo a nota, elogia o poema, não por seu valor literário, mas por ser antijesuítico. José Veríssimo, entretanto, procurou colher a verdade nas cinzas do incêndio das paixões da época. Referindo-se ao poema *As núpcias de D. Maria Amália de Carvalho o Melo*, diz ele, defendendo o poeta da pecha de bajulação: “no monstruoso acervo de poemas laudatórios e adutores do tempo, essas quinze oitavas têm realmente notável distinção”.

Em Portugal, onde a condição do homem de letras fora sempre de dependência e servidão dos grandes (como aliás em todo o mundo de então), a subserviência e o parasitismo eram de regra, quase sem nenhuma exceção, na lida literária. Nem podia ser de outro modo, desde que ainda não existia público, de cujo apreço e favor vivessem os literatos.

“Esse servilismo, então explicável e desculpável pelas circunstâncias do meio, não desapareceu de todo agora, que melhores são as condições do homem de letras.”

“Não exprobremos mais que de razão o procedimento de Basílio da Gama por ter dedicado a Pombal aquele Epitalâmio.”

E não é fato, acaso, que ainda em dia de hoje muitos homens de letras se empregam em louvar os poderosos, e até muito profusamente, não entendendo realizar com isso atos de bajulação?

“O poema compõe-se de cinco cantos”, diz Veríssimo, “em magníficos versos soltos, como se não escreveram nunca melhores em língua portuguesa”. Queremos agora, dar novo quinau a outro fundador da Casa, publicando que esse poema é medíocre, e apenas contém alguns raros versos “fluidos descritivos” que o salvam?

“Relativamente”, comenta José Veríssimo, “foi Basílio, como poeta áulico e cortesão, dos menos copiosos e despejados do tempo. Não foi um baixo adador como tantos dos seus confrades”. Defende-o José Veríssimo em muitos e alentados capítulos da pecha de vendilhão da consciência, mostrando as causas outras de animadversão aos jesuítas que deviam ter influído no espírito do poeta, como haviam influído no de Voltaire.

São páginas de estudo minucioso da vida, das intenções e da obra de Basílio da Gama, e que afirmam que o *Uraguai* e o *Y-Juca-pirama* são o que há de mais belo em nossa literatura. “Em *Uraguai*”, diz Veríssimo,

“nossa língua é de uma limpeza clássica, sem as afetações puristas ou quinhentistas de Filinto, ou ainda de Garção. Versos soltos ou brancos como aqueles, assim corretos como dúcteis, melódiosos e expressivos, não sei que nenhum poeta os fizesse em português antes dele. A poesia da nossa língua poucas páginas terá mais belas do que a centena de versos do episódio de Lindoia, com este lindíssimo final:

[Canto IV, v. 194-197]

“Ainda com seus defeitos é José Basílio da Gama o mais belo e de maior alcance e ascendência na poesia brasileira, da qual foi, pode-se dizer, o iniciador” – conclui José Veríssimo.

Se não basta o juízo dos brasileiros para os que prezam mais o estrangeiro do que o nosso, na própria “Nota” encontramos a notícia de que “a mais bela condecoração de José Basílio, ou do *Uraguai* é de Almeida Garret”. Também ele diz como José Veríssimo: “Os brasileiros lhe devem a melhor coroa de sua poesia”.

Felizmente a “Nota preliminar” transcreveu este passo e diante dele, do juízo do mestre português, admitiu que o *Uraguai* tem de fato alguns belos versos, mas que poderia ter ainda melhores...”. E três pontinhos.

Admitiu isso para comentá-lo nos seguintes períodos, tão dolorosos para a sensibilidade de nosso compreensível nacionalismo: “Apesar de nossos fumos de independência, sempre dependemos dos portugueses, agora ainda na aprovação. A fama de Gonçalves Dias começou com o louvor de Alexandre Herculano... (e três pontinhos); a de Rui Barbosa, mestre da língua, veio de Cândido de Figueiredo”.

Não compreendo, senhor Presidente, como a Academia possa manter numa edição oficial, tão inesperada afirmação, a de que a fama de Rui Barbosa, do iluminado gênio brasileiro de nossas letras contemporâneas, veio do dicionarista Cândido de Figueiredo.

E ainda menos compreendo, nesta época em que todos os povos, num espírito de defesa da própria saúde racial, procuram exaltar seus valores, esquecendo-lhes as falhas para sublimar-lhes as virtudes, a Academia Brasileira numa publicação oficial se entregue a essa espécie de derrotismo que não se limita ao campo espiritual, mas vai alcançar-lhe as raízes da nacionalidade com machadadas rijas e impiedosas.

Nossa maior epopeia histórica foi, sem dúvida, a do bandeirismo. Pois na “Nota preliminar” da edição de *Uraguai*, lê-se o seguinte: “Sobre os povos

das Missões Jesuíticas espanholas do sul, desde o século anterior, se exerceu a atrocidade canibal dos portugueses-paulistas, chamados bandeirantes”.

Encontro em todos os dicionários a palavra canibal com sentido de antropófago. É a primeira vez que leio que os bandeirantes paulistas foram antropófagos! Entretanto, senhor Presidente, na própria Comissão de Publicações, incumbida dessa edição do *Uruguai*, está nosso eminente companheiro Oliveira Viana, nome dos mais brilhantes e dos mais acatados dos nossos sociólogos, que tem exaltado o valor e as qualidades daquele heroico tipo racial, dizendo que ele “se constituiu em toda a área de dispersão num órgão com a capacidade de refletir e assimilar em nossa nacionalidade a civilização ocidental e seu alto ideal”.³²

Mas se só a opinião estrangeira há de valer, leiamos Oliveira Martins: “O espírito dos paulistas foi a primeira alma da Nação brasileira. S. Paulo, foco de tradições maravilhosas, era o coração do Brasil”.

Sem a penetração daqueles bravos teria prevalecido a linha de Tordesilhas e não seria o Brasil tão grande nação, pois deve o aumento de sua extensão às conquistas daqueles “canibais”.

Não é necessário entrar no campo povoadíssimo em que viridentes sempre estão, na cultura da história, os loiros daquela brava gente.

Nesse campo encontramos a cada passo os mais eminentes pensadores nacionais e estrangeiros, os maiores poetas do Brasil moderno, como Bilac, Alberto de Oliveira, Vicente de Carvalho e outros desta Casa, a esparzir as flores de sua eloquência sobre os túmulos desses heróis, afirmando como Batista Pereira, o grande escritor rio-grandense, que “eles foram os criadores territoriais do Brasil, que apenas os Andes impediram de alargar até o Pacífico a que chegaram sua gesta heroica. Foram eles que fizeram o Brasil. E sob cada marco de pedra erguido como um padrão, nas extremas arcifinas, branqueja a ossada de um bandeirante”.

Ainda neste momento sai à luz *A formação territorial do Brasil*, de Castilhos Goycochêa, outro escritor rio-grandense, bela lição histórica de nosso civismo, na qual se lê a respeito da hora dos bandeirantes: “Foi a primeira grande hora do Brasil. Um tipo de homem novo e forte se havia formado. Nada lhes domava o ímpeto bravio. Eram gigantes pelo denodo, pela resistência, pela vontade. Iam formar a terra, obedecendo a uma força interior incoercível”.

³² Nota do original: “Sr. Roquette-Pinto – E aí tem V. Ex. a prova de que se trata de uma opinião pessoal do sr. Afrânio Peixoto, que a assinou, e não da Academia, nem de toda a Comissão de Publicações”.

As acusações feitas na nossa difamatória sessão comemorativa, e as da “Nota preliminar” baseiam-se na *Resposta Apologética*, que somente sete anos depois publicaram dois jesuítas, por um espírito “vingativo”, diz aquela Nota: “Os excessos do *Uruguai* foram vingados pela *Resposta Apologética*”. Uma obra de “vingança”, fruto de interesses feridos, de cólera de ambições frustradas, de despeito pela perda de ricos domínios, e pela expulsão, não pode servir de base a um julgamento imparcial. O próprio orador da Academia, o disertado Pedro Calmon, mostrou que nem sempre luz em suas páginas a verdade, contestando a lenda de extrema pobreza que levava José Basílio a mendigar as sopas dos jesuítas. Outras lendas se deparam naquele iracundo libelo, pois o que cega a paixão é o sustentar-se do joio da represália, o *lolo victitare*, de Plauto.³³

³³ Nota do original: “Para prova apenas de quão desacordes são os críticos acerca desses assuntos, transcrevo os seguintes tópicos de um artigo de Augusto de Lima Júnior, brilhante herdeiro do nome do nosso saudoso companheiro Augusto de Lima, transcrição que ainda se justifica por trazer a luz um documento inédito acerca de um de nossos patronos:

‘Quando defendemos a obra gloriosa de José Basílio da Gama e a verdade histórica do poema *Uruguai*, não nos move ânimo faccioso contra a Companhia de Jesus nem pretendemos diminuir a benemerência que lhe reconhecemos em outras épocas e setores de suas atividades. Nesta questão do sul do nosso atual território não há, sob o ponto de vista brasileiro, defesa possível para a conduta dos jesuítas.

O programa missionário da Companhia de Jesus não comportou as conveniências de fronteiras nem respeito às posses e interesses de Portugal ou de Castela. Ou dominava influenciando nas Cortes, ou dominava influenciando contra as cortes, mas sempre dominava e agia AD MAJOREM DEI GLORIAM.

As fronteiras jesuítas foram sempre as da cristandade e se demarcavam unicamente no interesse da propagação da Fé. Disso decorria, naturalmente, a formação de uma ideia política que se realizaria na constituição de um império guarani, formado sob a égide do Superior Geral em Roma, que tudo superintendia com extraordinária visão.

Com a insuperável habilidade política que caracteriza o agir da Companhia de Jesus, nosso atual território do Rio Grande do Sul e as margens dos rios Uruguai e Paraguai iam sendo organizados com este objetivo, industriados os índios num ódio profundo e tenaz aos portugueses, apontados como perversos dominadores, instrumentos do demônio e inimigos do bem. Esse ódio feroz fez-se atávico entre os povos de origem e mestiçagem índia nesses territórios, e disso temos testemunho de suas consequências, ainda em meados do século passado, em muitos episódios da guerra com o Paraguai.

Ostensiva ou ocultamente, a ação dos jesuítas na perseguição do seu ideal foi a causa e razão de imensos sacrifícios em homens e em dinheiro que nos custou a expansão meridional e a fixação de nossas atuais fronteiras, que não ficaram definitivas nas margens do Prata pela oposição da aliança castelhana-jesuíta.

Não fossem a persistência e o espírito organizador de Gomes Freire de Andrada, o grande soldado estadista a quem o Brasil deve seus territórios do sul, talvez nem a Guáira teria chegado nossa linha de fronteiras. Uma frase atribuída ao nômade Guairacá, ‘esta terra tem dono’, mostra como bem ensaiados andavam os índios pelos seus grandes protetores que lhes inspiravam frases lapidares...

É necessário não fugir à verdade histórica, sobretudo quando ela está em favor do ponto de vista brasileiro.

Não poderemos nem devemos amputar nossa história para cortejarmos os jesuítas, tanto mais que lhes sobram benemerências noutros aspectos, para, mais do que a nossa platônica admiração, lhes significarmos uma gratidão cívica, conforme já lhes temos feito.

O jesuíta tinha na região meridional da América um programa missionário que, os anos demonstraram, seria ruinoso à grandeza e à segurança do Brasil. Foi contra ele que lutou Bobadela, e por essa razão, que os combateu Pombal. As atividades políticas dos jesuítas, que sob o aspecto exclusivamente religioso se apresentam nobres e compreensíveis, sob o político e profano foram condenáveis e contrárias aos nossos interesses nacionais.

A César o que é de César. O sangue de nossos soldados e colonos na defesa do que nos concedera a Divina Providência para realização de nossos destinos como nação, alta expressão da catolicidade, foi também santificante porque buscava o que era de César e nosso legítimo. A luta que o Marquês de Pombal sustentou contra a Companhia de Jesus, excluídos seus excessos e injustiças contra os jesuítas portugueses, tem pois uma perfeita explicação histórica. Essa luta dividiu os espíritos em Portugal e no Brasil, porque a ignorância de suas causas e as consequências delas, atingindo alguns inocentes que grandes serviços nos prestavam em Portugal e no Brasil, excitaram paixões e criaram ódios que foram muito vivos entre os contemporâneos dos sucessos, e que, ainda hoje, explodem sorratamente, aliás com o espírito inferior de cortejar os jesuítas vivos...

Registremos ainda, com justificado orgulho, que os filhos de Portugal, vestindo a roupeta de Santo Inácio, jamais figuram atraído ou colaborando na destruição dos interesses de sua pátria nessas lutas do sul. Nas notáveis obras do padre Teschauer encontramos na infiltração do sul nomes de jesuítas alemães, holandeses, italianos e castelhanos. Visitando o território das Missões no Rio Grande do Sul, em dezembro de 1940, pude verificar, nos destroços que nos restam dos Sete Povos das Missões, a *influência alemã na arquitetura e na imaginária jesuítica do sul*.

Foi pelo conhecimento direto dos fatos, que os sentimentos de patriotismo de José Basílio da Gama, dominados pela verdade, acabaram vencendo outras conveniências, ditando-lhe os versos heroicos do *Uruguai*, na exaltação dos nossos heróis e na reprimenda veemente à conduta dos jesuítas, que se haviam constituído em fatores máximos do ódio das tribos indígenas contra os colonos e o domínio português. Ainda hoje existem espíritos de civismo ausente, demolidores contumazes e mistificadores por gosto, que tentam solertemente solapar a glória das bandeiras paulistas em nossa expansão, com calculados sentimentalismos especiosos um pouco no gênero daquele do padre alemão Teschauer, que se refere aos Guaranis e aos Tapes como ‘os nossos heroicos antepassados’.

José Basílio da Gama, pertencente a uma família que dera valorosos soldados para as conquistas do sul, protegido de Gomes Freire de Andrada, fora educando e amigo dos jesuítas, acompanhando-os na expulsão, permanecendo com eles longo tempo no exílio de Roma. Era insuspeito, pois, para examinar e julgar dos acontecimentos. Em 1767, regressando ao Rio de Janeiro com o espírito amadurecido, informando-se melhor dos fatos, compreendeu em toda a extensão os motivos da luta que se travava entre o poder público de Portugal e a Companhia de Jesus.

Acendeu-se lhe no espírito o sentimento nativista, conhecendo a verdade dos desastres militares e a inexplicável razão da força dos inimigos castelhanos, sempre muito bem abastecidos de víveres e de cavalhadas, além dos socorros de aguerridos índios em massas de respeito.

Tomou o partido de nossos irmãos mortos nos traiçoeiros combates, do sangue de nossos colonos assassinados e de nossas povoações incendiadas pelos “cândidos” e “inermes” selvagens das reduções.

Viu ainda os ânimos divididos, inclusive em sua capitania natal, onde dois partidos se tinham formado, degladiando-se ferozmente sob disfarces vários, mas na verdade sendo as divergências de adeptos da Companhia de Jesus e os de Pombal, menos numerosos estes do que aqueles.

Chegando a S. João d’El-Rei onde dominava a facção jesuíta, encontrou José Basílio da Gama sua ilustre família ligada a Bobadela pela mais alta estima e identificada com ele pelas tradições militares das lutas do sul, onde vários antepassados tinham derramado seu sangue nas marchas de expansão brasileira, assolada pelas mais torpes perseguições, depois da morte do ínclito Gomes Freire.

Foi lá mal-recebido e sofreu um pouco das torturas infames a que seria mais tarde submetido seu irmão, o padre Antônio Caetano de Almeida Vilas Boas, pela facção antipombalina, constituída pelo elemento reinó. Era o partido português de origem o mais feroz inimigo de Sebastião José de Carvalho, entre outras razões de política interna portuguesa bem conhecidas, porque retirara aos naturais do reino os privilégios dos cargos públicos e comandos militares que passaram a ser conferidos também aos brasileiros.

Ferido em seus melindres pela guerra infame que sofriam os seus, e que também o atingiu muitas vezes pessoalmente, retirou-se José Basílio da Gama para Lisboa, escrevendo nessa época o soneto queixoso, divulgado por Pedro Calmon.

Os ódios e as intrigas provincianas seguiam seus passos. Logo depois de chegar a Lisboa atribuíram-lhe fatos e avivaram suspeitas que o puseram em desgraça, inclusive a acusação de ser espião dos jesuítas. Pela proteção de frei Manuel do Cenáculo Vilas Boas, seu parente, e a de Inácio José de Alvarenga, que então residia em Sintra, conseguiu não só livrar-se das acusações, como obter as boas graças do Marquês de Pombal, no fastígio de seu poder. A publicação do poema *Uruguai*, em 1769 rematava o que faltava para o triunfo do lutador. Nomeado para a Secretaria dos Negócios do Reino assumia ainda as funções de secretário do Marquês de Pombal, despachando com ele e informando-o em todas as questões, merecendo a máxima confiança do ministro de D. José.

O poema *Uruguai* foi a reconstituição épica da luta tremenda que nos custou a projeção para o sul onde o ideal jesuíta, nobre por vários títulos, opunha-se à grandeza de nosso território, o que somente foi possível, afinal, com a eliminação da Companhia de Jesus, obtida da Santa Sé pelos governos de Portugal e de Espanha, ambos ameaçados pela ação dos padres da Companhia com seus numerosos e aguerridos soldados índios.

Em dois séculos e meio de atividade no Brasil, não existe um fato, por menor que seja, a empanar a benemerência da Companhia de Jesus.

Colaboradores da catequese, da formação moral de nossas populações, no desbravamento e reconhecimento de nosso território, os jesuítas da província portuguesa têm uma folha de serviços verdadeiramente ímpar. Nos episódios do Sul, porém, que constituem parte separada e condenável de sua atuação política na América, eles agiram contra o interesse histórico do Brasil e o poema de José Basílio da Gama, *Uruguai*, é uma sentença definitiva, sobre os atentados cometidos contra nós nas terras meridionais.

O grande épico brasileiro, exaltando os nossos soldados, e o papel insigne de Gomes Freire de Andrada, mereceu de seus pósteros irrevogável glorificação, porque sua voz foi a própria voz do Brasil.

O extraordinário êxito imediato do grande poema, que é o *Uruguai*, provocou, dos padres jesuítas acusados, uma tentativa de refutação escrita pelo padre Lourenço Kaulen que, simulando abandonar a Companhia de Jesus, permaneceu em Portugal, como seu agente secreto. É de autoria desse sacerdote a *Prévia Notícia da Resposta Apologética*, editada em Lugano, em 1785, na qual é José Basílio maltratado sem que, realmente, a questão dos índios do sul recebesse explicação razoável.

Entre elas avulta a do pacifismo dos índios, que só a crueza desumana dos bandeirantes arrastava à guerra, para prear aqueles plácidos cordeiros e imolá-los nos festins da Páscoa de sua ambição.

Os indígenas com que eles foram forçados a lutar não eram aqueles inermes e pacíficos entes que a “Nota preliminar” carpe e enaltece dizendo: “Guerra contra índios desarmados, logo vencida, arrastando-se contudo os sucessos de 54 a 56 e a seguir a segunda até 59”.

Se a guerra era logo vencida, como se arrastava ela por tantos anos?

O indígena era valente e feroz. Ouçamos a opinião de um jesuíta, de um grande e imortal jesuíta, o padre José de Anchieta, a respeito da guerra contra as tribos: “Esta guerra foi causa de muito bem.

Estão as portas abertas para a conversão dos gentios, se Deus Nosso Senhor quiser dar maneira com que sejam eles postos debaixo de jugo, porque para essa gente não há melhor pregação do que espada e vara de ferro” (Rev. do Inst. Histórico, II – 560).

E a Academia, senhor Presidente, numa edição entregue aos quatro ventos da publicidade, detrata aqueles bandeirantes e os enxota para o plano dos antropófagos, porque se bateram contra esses gentios, por Deus e pela civilização e por fidelidade a seu rei.

Já numa sessão pública a que não estive presente, a de setembro do ano passado, dedicada à Companhia de Jesus, e de que tive conhecimento só

Na Biblioteca Nacional de Lisboa, Coleção Pombalina, Cod. 385, fls. 11, encontra-se uma carta do padre Lourenço Kaulen, dirigida de Lisboa ao padre José da Silva, que se encontrava em Roma e apreendida pela polícia do Marquês de Pombal, documento inédito até agora, nos seguintes termos: (1) ‘Pedem-me algumas informações dos passos de um sujeito que aqui anda, por nome de José Basílio da Gama, do Brasil, do Rio das Mortes, que foi jesuíta, voltou de Roma para cá e escreveu e imprimiu um livro infamatório contra nós, em verso, com o título *Uruguai*, dedicado a Francisco Xavier de Mendonça Furtado *et propretu iniquitatis* (sic) alcançou ser oficial da Secretaria de Estado; anda aqui insolente nesta corte, o que me fez pegar da pena e já tenho o Livrito todo refutado e pronto para a imprensa; mas como isto ainda cá não pode ser, de-sejo ajuntar mais matérias e informações para provar a sua ingratidão, pouca verdade e espírito caluniador e satírico. Talvez que lá se ache algum zeloso da Companhia do mesmo tempo, idade, assistência dele no Brasil, Lisboa e Roma, que me possa dizer com clareza o caráter e condição e os sucessos dele.

Talvez que lá em Roma tivesse aparecido o Livrito e que algum lá já tivesse respondido a ele; nesse caso nos fariam muito favor em nos comunicar o que lá se fez para o ajuntar com o que cá tenho. Parece-me que o autor, pela idade e estudo, pouco pode saber das cousas que se passavam no Brasil... Ele diz que tivera em Roma muita atenção dos Grandes, falando nas cousas do Brasil. Pelo que resta saber se um rapaz tão pobre como ele era, teve entrada em casas de Nobreza. Espero que se lá ache algum amigo que me informe’.

O documento acima é um lamentável sinal da época, com suas paixões anticristãs, às quais não escapavam os próprios sacerdotes de Jesus. A ideia de um padre reunir elementos para difamar alguém, ao invés de refutar as opiniões do adversário, procurando antes destruí-lo em sua reputação, é muito pouco evangélica.

Está claro que se trata de uma atitude pessoal do padre Kaulen, que não teria imitadores no futuro, o que somente nos poderá informar o padre Serafim Leite, ilustre historiador da Companhia de Jesus.

Seja como for, a glória de José Basílio da Gama não foi afetada pelos inimigos, porque ele combateu os que combatiam sua pátria.

Em história também devemos obedecer aos preceitos de Jesus Cristo que manda sabiamente que “demos a César o que é de César e a Deus o que é de Deus”.

agora pela Revista da Academia, o acadêmico, autor da “Nota preliminar” da edição do *Uraguai*, professor Afrânio Peixoto, havia dito, como orador oficial da Academia, referindo-se aos feitos daqueles bandeirantes:

“Quanto teriam rendido esses feitos de banditismo desses bandeirantes, ora glorificados pela magia da palavra bandeira – esquecendo que o mesmo étimo ‘bando’, diz o que eles foram, bandidos?”.

Citou o orador discípulos de Capistrano de Abreu que lhe repetem as acusações a um determinado feito dos bandeirantes, omitindo, porém, os louvores que alguns desses autores em outros passos lhes fizeram. Transcreveu as palavras do intrometido e agressivo alemão Handelmann, que numa *História do Brasil*, a seu modo, disse, em 1931, que as conquistas dos bandeirantes paulistas constituem uma das manchas mais negras da história do Brasil. E assim afirmou que nossa expansão territorial, com a civilização de regiões imensas, foi a mais negra página de nossa história! Isso, nenhum estrangeiro diria na Alemanha (e ainda menos um nacional) de qualquer das páginas de sua história. Aqui estrangeiros nos detratam como entendem, e o orador da Academia assim apoia aquele: “O que o próprio alemão vitupera, veio por uma incrível perversão patriótica a ser glória celebrada...”. Por que deve ter tanta força o vitupério do alemão no julgamento de nossa história? Ninguém contesta, senhor Presidente, que nessas guerras longas de duros combates se houvessem praticado, como em todas as guerras dos civilizados, ainda e principalmente nas atuais, atos dignos de reprovação, tanto mais quanto os selvagens, não adstritos a nenhum dos deveres do direito, outras e maiores barbaridades praticavam.

Documentos eu poderia citar, como o Regimento que levou para o sertão o segundo Anhanguera, em que se ordenava: “Todos os índios que se meterem de paz e aceitarem vir para as aldeias não poderão ser constrangidos a servirem ninguém, contra sua vontade, e menos serem cativos.” A luta travava-se não contra índios pacíficos mas contra os que, de emboscada ou em campo aberto atacavam as bandeiras, como provei no volume *Os Paulistas, seu passado e seu presente*, há pouco aparecido. Não me estendo neste assunto porque o considero inadequado aos fins desta Casa. A Academia não foi constituída para essas discussões. Ela tem como fim exclusivo “a cultura da língua e da literatura nacional”, como determina o art. 1º de nossos Estatutos. As discussões políticas ou religiosas ou sectárias devem ser banidas de nossas sessões, e a mim me parece, que os discursos e as publicações oficiais da Academia devem ser

submetidas a exame da diretoria, como manda nosso Regimento, pois livre o pronunciamento individual, livre não pode ser o que obedece a um mandato que acarreta a responsabilidade da Academia.

Não há aqui dentro o nativismo que a “Nota preliminar”, sempre acre, qualifica como “incrível perversão patriótica”; deve haver, entretanto, um espírito eminentemente nacionalista que não permita a conspurcação das páginas de nossa história, e do caráter de nossos grandes vultos. Nesses assuntos não estamos somente nós, efêmeros atores de um drama minúsculo no teatro glorioso de nossa história, no tablado imenso de nosso território: o que está em jogo é a própria nação, é o Brasil nas fontes originais de suas tradições, o Brasil acima de tudo, nesta hora convulsa da loucura guerreira em que tudo quanto não for fé e resolução, confiança e exaltação será uma fenda na muralha de nossas fronteiras para o enfraquecimento de nossa defesa e a capitulação de nossa soberania.

Proponho, pois, que não seja distribuída a edição do *Uraguai*, antes que se procure um meio amistoso de a concertar num alto sentido nacionalista e acadêmico. Não quero antecipar soluções, mas entendo que a continuar a edição com a “Nota preliminar”, devemos aduzir-lhe o juízo de José Veríssimo, para que contrabalançadas fiquem as correntes de opinião que a respeito existem no terreno da crítica literária. E devemos aduzir-lhes as palavras do padre Serafim Leite, que nos trouxe a data do nascimento do poeta. Um dos membros da Comissão de Publicações, sr. Rodolfo Garcia, disse nas notas que acompanham o volume, que elas se destinam a ratificar erros ou enganos, pois se trata de uma edição com a responsabilidade da Academia. É o que venho pedir, senhor Presidente, que se ressalve essa responsabilidade quanto àqueles delicados pontos, declarando-se que não cabe à Academia responsabilidade pelos conceitos assinados.

Procurei, senhor Presidente, com estas palavras, aclarar o assunto sem paixão, e com o único intuito de evitar que pese sobre a Academia e sobre mim próprio, como seu mais obscuro membro, a responsabilidade de certos conceitos que tenho por prejudiciais. Não me moveu outra intenção. Espero que assim tenha sido compreendido!

Fonte: *Revista da Academia Brasileira de Letras*, Rio de Janeiro, ano 40, v. 62, p. 227-49.

À margem da glória de Basílio da Gama

A glória de José Basílio da Gama foi, há pouco, comemorada entre nós, na casa de letrados onde o seu nome é patrono de uma cadeira ilustre, de uma forma imprevista: com tremendas descomposturas. Quebrou-se assim o ritmo clássico das sessões solenes com ditirambos à obra do falecido, às suas virtudes e ao seu gênio. E julgaram melhor e mais interessante os trauliteiros esbordoar o defunto com a massaranduba dos seus discursos.

Tem havido quem lastime essa maneira esdrúxula de festejar um ídolo dentro do seu próprio templo e pelos sacerdotes do seu culto. Algumas vozes de espanto se levantaram para condenar o novo sistema considerado profanação do sossego dos túmulos sagrados. Mas bem examinadas as coisas, tudo isso está certo e de acordo com a trepidação da vida contemporânea. E quando não é fácil fustigar os vivos que se defendem, vai-se aos finados, mesmo àqueles que suportam sob a terra o peso dos séculos. Aliás, já o poeta Desnoyers escrevera com rara e profunda sabedoria: “*Il est des morts qu’il faut qu’on tue*”, querendo dar a entender que certos mortos continuam renitentemente tão grandes e tão incômodos na sepultura, que é preciso entregá-los à voracidade dos necrófagos para uma re-matança.

Se Cristo não escapou às sanhas da posteridade, e se o italiano Bossi compôs um volume para demonstrar a sua inexistência, não se deve estranhar que uma criatura menor, embora preclara, encontre quem lhe recorde os talentos cobrindo-a de apodos. Basílio da Gama, nesse capítulo, não está mal acompanhado na história do mundo...

Nada disso, porém, consegue reduzir os méritos verdadeiros do poeta nacionalista que ele foi, um dos épicos mais puros e mais vigorosos da nossa literatura, cantor harmonioso e sentimental do conflito do dono da terra com o alienígena nos dias remotos da colônia. O perfume agreste das suas rimas e o colorido das suas imagens não se apagaram com o tempo, e têm, para o nosso espírito, a mesma frescura de outrora. E essas qualidades do seu estro nada têm que ver com as simpatias do Marquês de Pombal que lhe recompensou serviços burocráticos porque deles teve necessidade.

Basílio da Gama, todavia, é do número dos que fornecem assunto, em qualquer época, à curiosidade dos estudiosos. Estávamos de visita ao

Dr. Buenaventura Caviglia, em 1939, em Montevideu. A sua biblioteca é uma das mais ricas da América em livros sobre o Brasil. No correr da conversa, o conhecido pesquisador de antiguidades artísticas e literárias aludiu a Basílio da Gama, cuja vida esmiuçara e cujas estrofes recitava com ternura. A certa altura indagou:

– O poema de Basílio da Gama é “*Uraguay*” ou “*Uruguay*”? A primeira edição tem aquele título que aparece modificado nas restantes.

Caviglia responde à sua interrogação:

– Não se trata de uma errata nem de um erro toponímico. O autor escolheu entre duas formas igualmente legítimas: “*Uraguay*” e “*Uruguay*”. Esta última prevaleceu, embora a primitiva continue usada em vários idiomas europeus.

O tema é atraente e o historiador uruguaio está disposto a mostrar as suas notas. Na edição *princeps* de Lisboa, de 1769, a epígrafe é “*Uraguay*” e ela se repete no texto e nos sonetos da dedicatória dezenas de vezes. A alteração parece ter sido feita a partir da quarta edição, porque na terceira, de 1845, anotada por Varnhagen se conserva a velha grafia.

José Basílio da Gama empregava “*Uraguay*”, que era a forma corrente. No entanto, Caviglia revolve os seus apontamentos, a sua mapoteca, e assinala as razões da dupla grafia que chegou até nós. E observa:

– Para a legitimidade do emprego de “*Uraguay*” recorramos, sem preocupação de ordem cronológica, a quem o preferiu em 1771, o jesuíta Coletti. Escreve ele: “*Uraguay* ou *Uruguay*. *Fiume grande e navigabile che scorre da Greco a Lebeccio per le terre dei Guaranies. Entra nel fiume Paraná a Ponente Maestro della colonia portoghese del Sacramento e com quello forma quello della Plata. La sua face si trova in 33 gr. 32 m. di Lat. Austr.*”. A carta geográfica anexa ao trabalho de Coletti registra “*Uraguay*”. Generalizando com afoiteza poderíamos concluir que os espanhóis se apegaram à forma “*Uruguay*” e que os italianos, alemães, franceses, ingleses e também os portugueses, adotaram a “*Uraguay*”.

Citaríamos então: “*Uraguay*”, expressado frequentemente em Muratori, em 1742, com texto de padre Cattaneo, de 1720. A carta apenas dá “*Rio do Uruguay*”. A tradução inglesa de Muratori mantém “*Uraguay*”. No texto inglês da carta nota-se “*Uraguay*”, e o mesmo acontece com o original italiano. Num folheto editado na Itália contra a

Companhia de Jesus, emprega-se três vezes “*Uruguay*”, e num opúsculo impresso em 1760 em Lisboa insiste-se nessa grafia. Os padres Sepp e Bohme, alemães, escrevem: “*Von der Paraguaysche und Uruguayschen Republicque*”, e “*des Flusses Uruguay zu beegen*”.

Depois dessas referências convincentes, Caviglia vai aos ingleses:

– Esses usam também ambas as formas. Em Acarrete du Biscay, 1698, a carta geográfica alude ao país “*Uruguay*”, sem correspondente no texto. A edição de 1716 fala na região “*Uruguay*” e dá o rio como “*Uruayg*”. Outra obra inglesa de 1762 quando trata do rio diz “*Urugua*”, “*river Urugua*”.

Agora os franceses; em François Corial, edição de 1722, deparamos no texto “*Uruguay*” grafado “*Vraguai*” e “*Vraghai*”. A demonstração cartográfica copiosíssima está cheia de provas em idêntico sentido que confirmam o uso de “*Uruguay*”. Mas o paralelismo se manteve durante três séculos. Não vale a pena nos determos em outras variantes como “*Huruy*”, “*Hurguahy*”, “*Orogahiy*”, “*Uruguay*”, “*Iriguahi*”.

Voltando ao ponto de partida: Basílio da Gama não esteve nas Missões do Paraguai nem teve contacto com índios Guaranis. Com certeza viu a palavra “*Uruguay*” no Rio de Janeiro entre os jesuítas do século XVIII. Ou talvez em Roma.

Escusado entrar na demonstração filológica da equivalência:

URU – URA, senão escrita na lei idiomática guarani, consagrada por deformações frequentes. Acredito que se usaram indistintamente as duas variantes sem prejuízo de outras. A propósito convém atentar para as distintas grafias da Lagoa de Araruama, como exemplo e cuja vinculação com as “*lontras*” segundo Teodoro Sampaio e graças às suas múltiplas grafias, constitui a pedra de toque do étimo de Uruguay: “*Uruguay, rio dos Lobos*”. A Lagoa de Araruama foi também conhecida por “*Iriruama*” e o “*Uruguay*” por “*Iriguahy*”.

Toda essa filologia comparada nasceu de uma conversa sobre Basílio da Gama. De onde se conclui que o admirável cantor de Lindoia, apesar da fúria dos inimigos póstumos, tem na sua obra matéria variada e rica até para estudos de linguística bastante sugestivos, e que no estrangeiro um grande erudito o possui bem vivo entre os ídolos da sua devoção intelectual.

Fonte: “À margem da glória de Basílio da Gama”. In: *Correio da Manhã*, Rio de Janeiro, 16 jan. 1942.

Notas à margem do *Uruguai*

A Academia Brasileira, comemorando o segundo centenário de Basílio da Gama, acaba de editar a obra principal do grande poeta na já benemérita “Coleção Afrânio Peixoto”. A feliz inspiração de se tornar mais acessível o admirável poema, juntou-se o cuidado de apresentá-lo em edição que é reprodução fotográfica da primeira, , coisa que aumenta sob todos os aspectos o valor da iniciativa. *O Uruguai* talvez seja o mais realizado produto da Escola Mineira. É superior, pela síntese e pela intensidade dramática, ao difuso *Caramuru*; pela esbelteza da forma e pela frescura da imaginação poética, ao tedioso *Vila Rica* e ao resto da obra empolada do pobre Cláudio; pela solidez e perfeição do acabamento à poesia imortal, porém fragmentária de Gonzaga; por estas mesmas razões, às quais se adiciona um muito maior surto poético, aos poucos versos que nos deixou Alvarenga Peixoto; e, finalmente, é superior à poética considerável de Silva Alvarenga – o grande amigo de Basílio –, pela maior autenticidade do gosto brasileiro. Na verdade o apaixonado de Glaura não fala de um cajueiro ou de uma mangueira, sem que dependure faunos, ninfas e dríades nos seus galhos. Ao passo que no *Uruguai*, exceção à moda do tempo, quase não sentimos nada desta cenografia mitológica e alienígena.

Uma das coisas que sempre impressionam no *Uruguai* é a capacidade do poeta em abordar os temas graves, como o amor ou a morte. Sem artifícios, mas com aquela força concentrada, e aquela abundância de sentimento que são as fontes verdadeiras da beleza formal. Pois a forma não é mais do que a aparência, a roupagem sob a qual se nos oferece a substância, e não passa de falsidade sem ela. Não somente o verso milagroso, que fixa a eternidade em toda a sua sombria beleza no rosto de Lindoia, merece ser lembrado. Todas as vezes que Basílio alude à morte o faz de maneira que se grava na nossa memória. Logo os primeiros versos do poema são magistrais:

Fumam ainda nas desertas praias
Lagos de sangue tépidos e impuros

Passa sobre essa imagem um sopro viril e heroico, que a aproxima dos versos finais da “Marselhesa”, o mais vivo e estimulante dos cantos de guerra.

Pouco adiante, falando da bomba de artilharia, diz o poeta que ela sobe “prenhe de fogo” e lança

Do roto seio, envolta em fumo, a morte

Eis aí, também, sem dúvida, um belo verso. Mas há melhor, ainda, neste canto primeiro. É quando o poeta fala da morte do seu amigo Vasco Alpoim, afogado no mar. Então, diz ele:

Ninfas do mar que vistes, se é que vistes.

O rosto esmorecido e os frios braços

Sobre os olhos soltai as verdes tranças

Não faz lembrar o melhor Camões, esta ideia das lamentosas deusas marinhas desgrenhando os cabelos verdes em volta do mancebo gelado, que flutua sem as ver?

No canto segundo a morte de Sepé é assunto de outros versos perfeitos:

E os olhos já nadando em fria morte

Lhe cobriu sombra escura, e férreo sono

Este “férreo sono” é simplesmente magnífico, e faz lembrar as estátuas tumulares de cavaleiros armados, que a gente vê nas velhas igrejas da Europa, repousando eternamente numa espécie de orgulhoso e obstinado recolhimento.

Muitos outros versos poderiam ser citados, que constituem ambientes trágicos, inclusive os que aludem ao terremoto de Lisboa. Mas o espaço é breve e é melhor recordarmos mais um só, que parece ter a deslumbradora pureza do relâmpago. É quando o irmão de Lindoia apanha o seu corpo e vê:

Os olhos em que Amor reinava um dia

Cheios de morte...

Realmente os olhos abertos dos cadáveres não ficam vazios. Parecem cheios da visão de mundos cujo mistério nos apavora. Ficam como que olhando através de nós, quando os fitamos, fixados em qualquer coisa que nos transcende. Cheios de morte, como diz admiravelmente o poeta.

Outro aspecto interessante do *Uraguai* é o seu parentesco com o *Candide* de Voltaire, aparecido dez anos antes, em 1759, no mesmo ano em que a Companhia de Jesus foi expulsa de Portugal. O romance de Voltaire tinha como principais objetivos ideológicos denegrir a os jesuítas e contestar as ideias de Rousseau sobre o estado social e moral do selvagem. Aliás, esta preocupação de Voltaire contra o seu grande rival em glória e em influência, aparece não só no *Candide*, como em muitos outros livros, como no *Dicionário filosófico*, no *Ensaio sobre os costumes e o espírito das nações* etc. Tanto Rousseau percebeu que o *Candide* era escrito para rebater a tese exposta nos seus primeiros dois discursos que, em carta, declara expressamente que nunca leria o livro de Voltaire. Naturalmente, Basílio da Gama não se interessava pela controvérsia entre os maiores escritores da Europa de então, a propósito da inocência do índio, ou da sua malícia igual à dos civilizados. Mas o caráter antijesuítico do *Candide* deve ter impressionado fundamente ao mineiro quase roupeta, Aliás – e isso é coisa importante para o caso –, Voltaire fora também discípulo dos inacianos. Quando estudou no colégio Louis-le-Grand, era este dirigido pelos padres da Companhia. Voltaire foi, pois, como Basílio, um aluno que se virou contra os antigos mestres. E é bem possível que o conhecimento da circunstância na vida do francês tenha encorajado o brasileiro a seguir o mesmo caminho. Quem, não na República das Letras, gostaria de imitar o velho diabo de Ferney, verdadeiro rei sem coroa da Europa? Assim o Cacambo de Voltaire passou de mestiço a índio puro e veio para as páginas de Basílio. Os poetas da Escola Mineira liam muito Voltaire, como se pode verificar pelas relações de livros arrolados por ocasião da Inconfidência. Liam, em geral, também outros escritores franceses, como então era de hábito em toda a América Latina. Molière, por exemplo, era familiar a Silva Alvarenga, que reiteradas vezes se refere a Harpagão e a Tartufo. Não me parece lógico, pois, nem mesmo razoável pôr em dúvida a voltairiana sobre Basílio, que tudo indica e nada torna impossível.

Outra coisa a se notar no *Uraguai* é a semelhança de linguagem com a de outros poetas da Escola, semelhanças superficiais que não envolvem parença de estilo. Assim as expressões “nédio gado”, ou “ruiva areia”, encontram-se em Basílio da Gama como em Cláudio, Gonzaga e Silva Alvarenga. Não há porque, portanto, como muito demonstrou Afonso Pena Junior, levar em conta tais miudezas quando se contesta a autoria das *Cartas chilenas*, de Gonzaga. A prova é de estilo, e não

de vocabulário. A propósito das *Cartas*, aliás, seria interessante saber quem é Matúcio, o poeta mesureiro, que Basílio descreve “arrebatado de furor divino” cantando ao som da ebúrnea cítara as glórias de Gomes Freire. Este nome terá servido talvez de modelo a Gonzaga, que põe nas *Cartas chilenas* um outro Matúcio, serviçal íntimo das privanças escusas do general Cunha Menezes. É claro que, passando do poema heroico ao satírico, o novo Matúcio é um personagem ridículo.

Para finalizar, foi pena que o ilustre Rodolfo García não tivesse, além de ampliar e corrigir as notas do autor ao seu próprio poema, acrescentado também novas notas que viessem elucidar pontos que ainda se conservam obscuros. Um desses pontos é o parentesco exato do poeta Joaquim Inácio Seixas Brandão, que compôs o belo soneto laudatório a Basílio da Gama, com a musa de Tomás Antonio Gonzaga, *O incansável Inocência*, no seu *Dicionário*, nos diz o seguinte, sobre este poeta:

“Doutor em Medicina pela Faculdade de Montpellier, médico do Hospital Real da Vila de Caldas da Rainha. Nascido na província de Minas Gerais, Brasil, e a julgarmos por seu apelido, seria parente próximo de D. Maria Joaquina Dorotéia de Seixas Brandão, que foi imortalizada pelo célebre e infeliz Gonzaga, nas suas Liras, sob o nome de Marília de Dirceu”. O nosso Sacramento Blake não adianta grande coisa ao assunto. Informa apenas que Brandão era da “família da triste desposada do desventurado T.A. Gonzaga, natural de Minas Gerais, doutor em medicina”, e muito amigo de Basílio da Gama. Ora, o que se apura na genealogia de Marília não facilita em nada o esclarecimento da dúvida, e antes, a complica. Com efeito o nome de Seixas, que Marília trazia de sua avó materna, D. Francisca Seixas da Fonseca, casada com seu avô, Bernardo da Silva Ferrão. Estes eram os pais de numerosa prole, inclusive a mãe e uma tia de Marília, respectivamente Maria Dorotéia Joaquina de Seixas, que tinha o mesmo nome da filha, pois esta não se chamava Brandão, como afirma Inocência, e Isabel Feliciano Narcisa de Seixas. É curioso notar que, entre os filhos dos avós de Marília, as mulheres adotaram invariavelmente o apelido de Seixas, e os homens, o de Silva Ferrão. Das filhas do casal Bernardo da Silva Ferrão a primeira a se casar foi Isabel Feliciano, a qual se uniu ao pernambucano Francisco Sanches Brandão, no dia 2 de fevereiro de 1763. A segunda pomba despertada foi a mãe de Marília, que se casou com Baltazar João Mayrink, o pai da musa, em 27 de agosto de 1765. Por consequência o apelido Seixas Brandão, que é o do poeta amigo de Basílio da Gama, só poderia ter surgido nos filhos de

Isabel Feliciano de Seixas e Francisco Sanches Brandão. Mas acontece que eles se casaram em 1763, e o poeta já o era em 1769, ano em que surgiu o *Uraguai*. Estamos, pois, diante de um caso muito obscuro. Tanto mais quanto outros Brandões não havia em Vila Rica, conhecidos e capazes de se casarem com outras Seixas, de anteriores gerações. Quem será o pachorrento linhagista mineiro que vai desembaraçar esta meada?

Fonte: “Notas à margem do *Uraguai*”. In: *A Manhã*, Rio de Janeiro, ano I, n. 132, 11 jan. 1942.

Basílio da Gama, José

Poeta. Nasceu a 8 de abril de 1741, em Minas Gerais. Entrou na Companhia de Jesus no Rio de Janeiro a 2 de maio de 1757 (*Bras.* 6, 413, Catálogo de 1757, com o nome apenas de José Basílio). Iniciou a sua carreira religiosa com diligência e proveito e já tinha feito os votos perpétuos de religião, quando o Colégio do Rio foi cercado a 3 de novembro de 1759. Ao cair da noite de 18 de fevereiro de 1760 é levado para o Seminário Episcopal e induzido a deixar a Companhia. Arrependeu-se pouco depois e pediu para tornar a entrar, indo para esse efeito à Cidade Eterna. Os jesuítas portugueses e brasileiros, exilados, recomendaram-no ao meio social e literário de Roma. “Conheceu o Jesuíta Francisco da Silveira, que além de o favorecer e socorrer muito em Roma lhe corrigia os versos, que eram dignos de emenda; e os que não chegavam a sê-lo, os substituía com outros que de novo fazia. Conheceu, falou e tratou ao Jesuíta José Rodrigues [de Melo], que além dos versos por ele dados à luz, lhe compôs outros muitos os quais como obras suas repetia na Arcádia para poder merecer com eles um lugar entre aqueles académicos”. (L. Kaulen, *Resposta*, na *Revista do Instituto Histórico*, LXVIII, 1ª P., Rio, 1907, 164).

É notável a semelhança da cadência e forma de *O Uruguai* com a “Paráfrase” do seu mestre e patrono Rodrigues de Melo nas *Geórgicas brasileiras*. Em Roma deve ter nascido a primeira ideia do poema; e o seu primeiro pensamento não seria contra os índios e os padres, tradicionais protetores deles. Mas ao querer fixar-se em Portugal, vendo-se ameaçado, como antigo jesuíta, de exílio para a África, uma crise de temor e de caráter modificou-lhe o plano e inçou-o de notas onde a detração é permanente. Notas prosaicas que prejudicam literariamente o poema. Porque este, em si, não é desprovido de interesse literário. Dão-no alguns como *americanista* e assim parece:

[Canto IV, 284-286]

O seu “furor” não resistiu ao medo e a alguns cruzados de um emprego público. E exalta o “sossego da Europa” e o general, que *não é americano*.

[Canto V, 136-138]

Não tem o mesmo valor outro poema *Quitúbia*, escrito por José Basílio fora já inteiramente do ambiente de Roma e do bafo dos padres, e que a posteridade esqueceu. Faleceu em Lisboa, dia de S. Inácio, 31 de julho de 1795.

O Uruguai, na sua parte histórica, foi refutado pelo padre Lourenço Kaulen, *Resposta Apologética ao poema intitulado O Uruguay composto por José Basílio Gama*. Lugano, 1786, in-8.º, reproduzida na *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, LXVIII, 1907, [p.] 93-224, com o título: *Refutação das Calumnias contra os Jesuitas contidas no poema “Uruguay” de José Basílio da Gama. A Resposta Apologética é a base das notas do sábio Rodolfo Garcia à publicação da Academia Brasileira, O Uruguay, edição comemorativa do Segundo Centenário anotado por Afrânio Peixoto, Rodolfo Garcia e Osvaldo Braga*”, Rio de Janeiro, 1941.

Não consideramos José Basílio da Gama, como escritor jesuíta do Brasil, pois já não era membro da Companhia de Jesus, quando publicou o seu poema. O ter pertencido a ela, e dela recebido quanto literariamente foi, é razão suficiente da inclusão aqui do seu nome, como explicação à própria obra de um autor cuja fisionomia literária e moral se condensa nestas palavras de Capistrano de Abreu, referindo-se à destruição das Missões: “um poeta, de mais talento que brio, cometeu a indignidade de arquitetar um poema épico sobre esta campanha deplorável.” – Prefácio à *História topográfica e bélica da Nova Colonia do Sacramento do Rio da Prata*, de Simão Pereira de Sá. (Rio, 1900, XXXIII).

Fonte: “Basílio da Gama, José”. In: *História da Companhia de Jesus no Brasil*. Tomo VIII – Escritores, I. Rio de Janeiro: INL, 1949. pp. 89-90.

Uma epopeia americana

I

Se bem que a reputação atual de José Basílio da Gama descansa inteiramente sobre sua tentativa épica, ao passo que a parte mais propriamente lírica de sua obra é em geral negligenciada e quase ignorada de muitos historiadores e críticos, uma das mais notáveis características de seu principal poema é aquela mesma invasão constante da épica pelo lirismo que distingue um dos seus grandes nomes: Torquato Tasso. Isso ocorre, em particular, no caso do episódio mais celebrado do *Uraguai*, onde se descreve a visão de Lindoia morta.

Todo o cenário natural, “delicioso e triste”, em que se situa o episódio é cuidadosamente arcádico, com aquela latada de jasmims e rosas encobrendo uma rouca fonte, e, ao fundo, a campina de branda relva e mimosas flores. Ali reclinada, a bela índia “como que dormia”. A lembrança de Clorinda, que exala o último suspiro e “*par che dorma*” ou ainda a de Laura (“*quasi un dolce dormir nei suoi belli occhi*”) devem ter perseguido o brasileiro na elaboração de todo o trecho. Basílio da Gama conhecia sem dúvida os *Trionfi*, mas o Tasso também se lembrara de Laura ao pintar a morte de sua Clorinda, e foi no Tasso provavelmente, mais do que em Petrarca, que o autor do *Uraguai* encontrou a fonte principal de sua inspiração.

Tem-se falado, a propósito de Basílio da Gama, nos elementos já quase românticos que parecem introduzir-se a todo momento não só na matéria dos seus cantos como até no uso e abuso de expressões carregadas de uma tonalidade subjetiva. Mas onde essa impressão se faz mais viva não seria difícil, talvez, reconhecer-se seu parentesco próximo com o suposto “romantismo” ou o “barroquismo” do autor da *Jerusalém*. Precisamente um dos versos de Basílio que parecem traí-la de modo mais claro, aquele “Um não sei que de magoado e triste”³⁴ do rosto de Lindoia morta, não passa de um simples eco do “*Un no so che di flebile e soave*” (G. L., XII, 66) que o Tasso nos faz ouvir na voz de Clorinda prestes a morrer.

De passagem caberia salientar a insistência com que esse “não sei que...” tem sido apresentado como traço peculiar e específico da

³⁴ GAMA, Basílio da. *O Uraguai*. Org. de Afrânio Peixoto, Rodolfo Garcia e Oswaldo Braga. Rio de Janeiro: Publicações da Academia Brasileira de Letras, 1941, Canto IV, 195.

linguagem, da própria personalidade do poeta sorrentino (um historiador moderno, Giulio Natali, e, antes dele, De Sanctis falam mesmo no “*no so che tassesco*”) tanto quanto de seus seguidores do Seiscentos e do Setecentos e, na realidade, como indicativo dá amor ao indefinido e ao vago que distinguiriam tantas formas de pré-romantismo. É certo que as análises semânticas fundadas sobre elementos do léxico e do estilo não podem generalizar-se em muitos casos sem reservas. Um especialista em questões de estilística que aliás não é infenso a semelhante interpretação, Ulrich Leo, pôde citar, não há muito, antecedentes para o “não sei que” tassesco já em Dante, em Boccaccio, até em Cervantes, esse “satírico de todos os romantismos”.³⁵ E eu lembraria por minha conta que Alfieri, tão mais próximo dos românticos, posto que o seu “romantismo” seja antes o da energia passional, não o do indefinido e do vago, dele também se serviu quando, numa das suas tragédias, Agamêmnon confia a Electra o “*não sei que*” terror que lhe inspirava o simples aspecto de Egisto. Nada disso impede, contudo, que o uso de tal locução fosse singularmente notável na obra do Tasso e que sobretudo através de sua influência se tivesse generalizado. O exemplo citado do nosso Basílio da Gama é, a esse respeito, bastante significativo.

Da consumada arte com que o poeta brasileiro sabe acomodar às imposições de cada situação particular a cadência de sua linguagem – e nesse caso é lícito falar-se, talvez, em “ritmo semântico” –, virtude em que também o Tasso fora mestre, justamente esse exemplo pode servir de atestado. A diérese que separa em duas sílabas distintas as vogais contíguas da palavra “magoado” não parece que ajuda, destacando esta palavra, a fazer mais sensível e comunicativa a própria mágoa? E dessa figura métrica – a diérese –, tão usada pelos quinhentistas portugueses, Camões sobretudo, embora os poetas posteriores, principalmente os do século passado, tendessem a desdenhá-la ou ignorá-la, julgando, sem dúvida, que o toque da boa lei está, nestes casos, em ser ela rigorosa e *uniforme*, não em ser prestativa, o autor do *Uraguai* deu-nos alguns dos exemplos mais valiosos em toda a literatura brasileira. Assim, ao falar, no Canto Quarto, das campinas dos Tapes após o incêndio, fala nas plantas que “Dando as mãos entre si, tecem compridas/ Ruas por onde a vista saudosa/ Se estende e perde...”.³⁶

³⁵ Ver LEO, Ulrich; TASSO, Torquato. *Studien zur Vorgeschichte des Seicentismo*. Berna, 1951, pp. 148 ss e 288 ss. (N. do A.)

³⁶ Cf. GAMA, Basílio da. *Op. cit.*, I, 49-31.

Normalmente a palavra “saudosa”, do segundo verso, requereria leitura trissilábica. No entanto, graças à diérese, que parte em duas a sua primeira sílaba normal e também graças à sucessão dos *enjambements*, pôde o poeta introduzir aqui um *pianíssimo* admiravelmente apto a traduzir o sentimento de nostalgia que intentava interpretar e comunicar. Uma análise rítmica e estilística se imporia quase para a valorização adequada desta poesia. E semelhante análise, que não caberia aqui a não ser em rápido esboço, servirá para colocar em evidência certos traços que aparentam o brasileiro ao seu mestre e guia dileto, traços esses nascidos largamente de uma voluntária imitação, mas nascidos também de uma fundamental afinidade que a imitação só por si mal explicaria.

É significativo que, ao inserir em seu poema uma cena ou uma intriga, Basílio da Gama evita insistentemente a apresentação direta: os fatos manifestam-se por intermédio de um espectador, ainda quando possa tratar-se de um espectador ideal, como parece suceder no caso da descrição dos campos dos Tapes, no Canto Quarto. De modo que, com o socorro da testemunha que contempla, por exemplo, certa paisagem, o efeito sobre o leitor é de uma visão mais intensa e concreta do que o seria se a paisagem se oferecesse em sua pura realidade geográfica, independentemente de qualquer espectador individual. É esse, justamente, o processo de apresentação perspectivista – “impressionista” que estudos recentes assinalaram como típico do Tasso, e que pode ser ilustrado com a descrição, no Canto XV da *Liberata*, da costa africana vista tal como a veem os navegantes que rumam para a ilha do pecado.

No poema do brasileiro, a referida descrição dos campos dos Tapes é introduzida por um prelúdio onde se mostra como, invisíveis de início, quando sob “a tarda e fria névoa, escura e densa”, convertem-se numa alegria para os olhos de quem, postado ao alto de escavada montanha, pode “ver as longas campinas...”. Só aos poucos o espetáculo se vai libertando do espectador. E este, a bem dizer, não é tão ideal como se sugeriu ou como o faria pensar aquele “*quem*” aparentemente neutro: é, sim, indicara-o já o poeta linhas acima, o próprio general Gomes Freire, único em condições de descrever ao seu rei as terras conquistadas “coa mão que dirigiu o ataque horrendo,/ e aplanara os caminhos à vitória”.³⁷ O que em verdade se dá, neste caso, é um processo de crescente objetivação do espetáculo, que se irá patentear nos versos seguintes. A

³⁷ Ibid., tv, 18-9.

princípio o espectador domina-o todo com a vista e, já reduzido, embora, àquele “*quem*” impessoal, constituiu ainda o sujeito ativo: do alto da montanha vê as longas campinas. Logo depois, entretanto, passa a ser empolgado por aquele “*verde teatro*”, onde se admira tudo quanto produziu a supérflua natureza. Ao cabo a situação parece inverter-se: o agente é, agora, a “terra sofredora de cultura”, que “mostra o rasgado seio”.³⁸ O espetáculo pôde emancipar-se do espectador, e já vive por si. Só ao final do canto é que o cenário da conquista se reata novamente ao comandante vitorioso: “aquela vista lhe encheu o peito de ira e os olhos de água”.³⁹ O conjunto, por esses aspectos, sugere comparação com o quadro da cidade santa na *Liberata*. De início e à conclusão ela se apresenta tal como a vê (“*mira*”, “*guarda*”) Gofredo. Nas partes intermediárias, entretanto, prevalece inteiramente a descrição direta e objetiva: “Jerusalém está situada (‘è posta’) sobre duas colinas...”.⁴⁰

Casos onde o perspectivismo se apresenta em sua maior pureza, tal como o encontramos frequentemente no italiano, também não faltam em Basílio da Gama. O quadro de Lindoia morta, especialmente, aparece, todo ele, tal como o veem os olhos de Caitutu, tingido da emoção com que este, arrastado por algum sinistro presságio, sai à procura da irmã e a encontra, enfim, prostrada de voluntária morte.

A aproximação com o Tasso poderia estender-se a muitos outros pormenores, abrangendo, em particular, certas formas de expressão onde a presunção histórica e atual dos acontecimentos é evocada em sucessivas frases por um *já* ou um *ainda*, como sucede logo ao pórtico do poema: “Fumam *ainda* nas desertas praias/ ...Dura *ainda* nos vales...”.⁴¹

Onde o autor do *Uraguai* se separa mais claramente do épico italiano não é através dos dados estilísticos ou “técnicos”, nem sequer pelo seu recurso ao verso branco – recurso de que o Tasso, antes dos setecentistas, também se valera no *Mondo creato* –, mas em sua adesão a novos gostos e novas ideias específicas de seu século, que lhe tinham chegado da Itália. Entre um e outro tinham-se passado dois séculos, e esse período vira nascer e morrer o barroco, nascer e declinar a Arcádia. Certas noções de decoro formal ainda válidas em fins do Quinhentos achavam-se largamente caducas pela segunda metade do século XVIII. O brasileiro

38 Ibid., IV, 47-8.

39 Ibid., IV, 275.

40 Ver TASSO, Torquato. *Gerusalemme Liberata* III, 55-1.

41 Cf. GAMA, Basílio da. Op. cit., I, 1-4.

já podia recorrer então, sem escrúpulo excessivo, a temas, a imagens, a palavras que em outras épocas teriam passado por demasiado humildes e indignas, por isso, de figurarem num poema de elevado estilo. Contra todas as leis do decoro retórico formuladas pelos tratadistas clássicos e expressamente invocadas pelo próprio Tasso nos seus discursos sobre o poema heroico, introduz um personagem burlesco como o irmão Patusca, que, penetrado de fraqueza humana, sofria em paz as delícias da vida. Todavia pôde merecer, justamente por isso, os ardentes louvores de um seu amigo e conterrâneo, o poeta Silva Alvarenga. De qualquer modo não se deve crer que seria unânime a aprovação dos contemporâneos às suas infrações às leis do decoro retórico, quando sabemos que um século mais tarde Sílvio Romero ainda lamentava o “prosaísmo” de certas passagens de Basílio da Gama só porque este ousava falar nos “tardos bois que hão de sofrer o jugo/ no pesado exercício da carreta”.⁴²

O épico do *Uraguai* não foi, em realidade, um inovador no sentido pleno da palavra. E nem devemos nos enganar pela pura habilidade, pelo virtuosismo e pela facilidade de expressão que tantas vezes, em sua obra, parecem suprir a ausência de virtudes mais altas. E não obstante isso deveu ele ao contato com as literaturas estrangeiras, em particular com a italiana, a possibilidade de tornar-se, como se tornou, no Brasil, o pioneiro de tendências que se revelaram de duradoura fertilidade. Já se tem notado como, idealizando à distância as paisagens e as coisas de sua terra de origem, pôde contribuir decisivamente para dar a elas uma dignidade poética que até então parecera faltar-lhes. É claro que nisso entrava uma parte considerável de falsificação involuntária. Condenar, porém, essa falsificação em nome da verdade histórica é condená-la segundo padrões de uma era, como a nossa, em que se costuma buscar, inclusive na poesia, o fascínio do concreto, do individual e do característico. Ao tempo de Basílio da Gama, porém, como em todas as épocas verdadeiramente clássicas, a poesia pertencia antes ao reino do abstrato e do universal.

Assim também e por muitos motivos será um anacronismo querer condená-lo, porque seus índios não foram copiados do natural. É possível que, idealizando-os, como o fez Basílio da Gama, também não tivesse perfeita consciência de sua falsificação. Mas de qualquer modo não se

⁴² Ver ROMERO, Sílvio. *História da literatura brasileira. 2. ed. melhorada. Rio de Janeiro: Briguiet, 1902, pp. 191-7.*

afastaria muito das opiniões predominantes em sua época, a saber que a verdade histórica e a “verdade” poética não se ajustam necessariamente uma à outra. E a verdade poética do indianismo, que ele fundou no Brasil, teve uma virtude ativa sobre a prosa e a poesia brasileiras. Seus frutos pertencem ao romantismo, mas suas raízes estão na epopeia setecentista.

Fonte: *Diário Carioca*, Rio de Janeiro, 20 dez. 1953.

Quando se considerem os efeitos da influência multiforme e ainda mal estudada que exerceram as letras italianas no Brasil durante a segunda metade do Setecentos, ganham forçosamente um lugar de relevo a ação e a obra de José Basílio da Gama. Entre os autores brasileiros da época, foi ele, com efeito, o único, segundo pude apurar até agora, compulsando o arquivo da velha Arcádia, a obter inscrição na famosa academia do bosque Parrasio. E na carta que endereçou ao Metastasio, existente entre os papéis do “poeta cesáreo” na Biblioteca Nacional de Viena da Áustria, encontram-se pormenores pitorescos, se bem que curiosamente deformados para melhor se harmonizarem com o gosto arcádico, da extensão alcançada por aquela influência.

Sabemos como, imbuído dos ideais estéticos apreendidos a um contato mais direto com alguns autores italianos mais celebrados (mais tarde se aproximaria também dos franceses, ao ponto de tentar introduzir na poesia de língua portuguesa o alexandrino clássico), ele se decidiu no mesmo ano de 1767, em que surge em Portugal, de regresso de Roma, a participar ativamente das lutas em que se dividiam, então, os árcades da terra. A origem dessas lutas, que movimentariam toda a literatura portuguesa, prende-se, em realidade, a um ataque dirigido pelo brasileiro ao poeta Corrêa Garção, o representante mais acatado da Arcádia lusitana. O ardor com que se lançou ao combate contra alguns elementos da geração mais velha parece apoiar-se, não numa rebelião deliberada contra os moldes arcádicos, mas antes numa fidelidade maior aos modelos italianos, e o próprio soneto onde investe impiedosamente contra Garção parece trair, nele, o leitor e admirador de Parini.

É por esse mesmo tempo que se inicia, no entanto, e graças aos seus esforços, um empreendimento em tudo estranho aos costumes da Arcádia, sobretudo da Arcádia romana: a elaboração, a sério, de uma epopeia. A esse gênero o Setecentos italiano foi constantemente avesso, e não tanto por uma animosidade consciente e calculada, que trairia ao menos um esforço de libertação, como por fundamental incompatibilidade. Quando muito suscitou, justamente com um Parini, aquilo a que certo historiador –Vernon Lee – pôde denominar a «epopeia da sátira».⁴³ Entretanto, apesar dos sonetos ferinos que endereçara a

43 Cf. LEE, Vernon. *II Settecento in Italia*. Nápoles, 1932, p. 48.

alguns mestres mais imponentes da poesia lusitana do tempo, Basílio da Gama não quis explorar no seu poema épico a veia satírica, de que parecia bem-dotado. É possível discernir, talvez, em seus versos, certos acentos parinianos, disfarçados, porém, ao ponto de perderem as asperezas menos dignas de uma epopeia verdadeira. E assim, o realismo preciso, o amor à expressão que tenda a dar às coisas relevo concreto, especialmente no Canto Terceiro do *Uraguai* onde se descrevem as campinas da região missioneira, a introdução, entre as personagens heroicas, de uma figura de sabor falstaffiano, como aquele irmão Patusca, “de pesada e enormíssima barriga”, a quem jamais o som da guerra tinha tirado as horas de descanso, o recurso ao verso branco, mal conhecido na literatura portuguesa e apenas usual entre italianos e ingleses, poderão aproximá-lo do poeta do *Giorno*.

Mas se a aproximação, neste caso, se funda em mais de uma vaga coincidência, o fato é que o brasileiro, pretendendo fazer uma pura epopeia – se assim se deve dizer para separá-la da “epopeia da sátira” –, agiu um pouco à maneira daqueles escritores espanhóis do século anterior, que refaziam a seu modo, e segundo os cânones prescritos, um gênero literário excomungado, compondo novelas de cavalaria *a lo divino*. Mas se a ambição de criar uma epopeia americana o levaria a tais acomodações, o certo é que Basílio da Gama, em contraste com Santa Rita Durão, é e quer ser um homem de seu século. Entre os antigos e os modernos é provável que se inclinasse sem hesitar para os últimos, e a Marfiza celebrada em seus sonetos arcádicos não lhe veio do divino Ariosto, mas de Carlo Gozzi, o fabulista e, tal como Parini, criador de uma das “epopeias da sátira” setecentistas. Amou Metastasio num tempo em que o prestígio de Metastasio andava no auge, e desse amor deixou testemunho eloquente na carta endereçada ao poeta.

Não é de todo impossível que em tudo isso entrasse alguma coisa de convencional e pouco sincero. O ardor e a intensidade nas paixões não era característica frequente entre os homens e os poetas do Setecentos que mais contribuíram para sua formação espiritual. Não faltava, então, quem desse sua adesão às personalidades e às modas prestigiosas nas letras, tão facilmente como se exaltavam os triunfadores na política e na vida mundana. E o nosso Basílio, esse poeta de “mais talento do que brio”, segundo disse dele Capistrano de Abreu, não escaparia à regra. Tendo pertencido aos jesuítas antes das perseguições pombalinas, deles se apartou, tornando-se ao cabo seu desafeto, quando os viu injuriados,

humilhados e expulsos do Brasil e do reino. Ele próprio só se salvaria do desterro compondo um epitalâmio que o pretexto do casamento de uma filha do marquês lhe aconselhara dedicar a este. É bom lembrar em seu abono que a fidelidade a Pombal pôde ser, no seu caso, mais teimosa do que a solidariedade aos inacianos perseguidos. Sobreviveu aparentemente ao declínio e à ruína do ministro, ditando-lhe, entre outros, os versos contra o poeta Nicolau Tolentino, que malsinara do marquês então decaído. No entanto essa fidelidade de Basílio não se poderá considerar inteiramente sem jaça quando vemos que nos mesmos versos se admitem, ambigualmente, as acusações formuladas pelo seu adversário. Não as realizações beneméritas do ministro destituído, não as virtudes insignes do administrador notável servem aqui de escusa à sua “crueldade”, mas simplesmente o perdão que ele merecera de um rei benigno.

Quem assim se exprime ainda é o consumado áulico, daquele aulicismo que, pertencendo a todas as épocas, nunca se manifestou de modo tão desabusado quanto na era das luzes que foi também a dos monarcas absolutistas e a dos “déspotas esclarecidos”. Aos censores que encontrou, particularmente entre os jesuítas e, mais tarde, entre os desafetos do marquês de Pombal, poderia ele retrucar como uma das personagens de Metastasio no melodrama *Alexandre na Índia*: “O tempo, o lugar, muda de aspecto as coisas. A mesma obra é delito, é virtude se vario é o ponto de onde a vemos. O juiz mais seguro é sempre o mais tardio...”⁴⁴

“*Il più sicuro é sempre il giudice più tardo...*” Em face de Basílio da Gama os juízes de hoje costumam fazer justiça ao poeta ainda quando não absolvam o homem. E em sua obra não são levados, como tantas vezes ocorre na obra de Durão, a considerar apenas a importância histórica de que se reveste, mas também, e principalmente, a duradoura redução de sua arte, dessa arte – disse-o Machado de Assis – “que nenhum outro, em nossa língua, possui mais harmoniosa e pura”.⁴⁵

Em contraste com o *Caramuru*, que se funda, todo ele, nos esquemas tradicionais, seu poema emancipa-se inteiramente do molde camoniano. Contagiado que fora pelo influxo das leituras de poetas italianos do tempo e, talvez, pelo contato pessoal com eles, durante sua residência em Roma, deixara-se vencer pela voga do verso branco. A ausência da rima ele a

44 Ver METASTASIO, Pietro. “Alessandro nelle Indie”. In: *Tutte le opere di Pietro Metastasio*, vol. I, ato III, p. 342.

45 ASSIS, Machado de. “A nova geração”. In: *Obra completa*, v. 3. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 1994, p. 815.

supre com uma cadência suavemente melodiosa, que persiste mesmo nas passagens de timbre heroico. Nessas passagens e ainda mais nas descrições já lembradas das Missões do Sul, ou no célebre episódio da morte de Lindoia, pode-se dizer que o épico Basílio da Gama cede lugar muitas vezes ao árcade Termindo Sipílio. Além disso não se preocupa ele tanto em cantar os mortos imortais, à maneira dos poetas épicos, quanto em enaltecer feitos contemporâneos. Em lugar da idealização do passado é a exaltação do presente que forma o objetivo central da obra. E naturalmente é ainda a ação à distância de seus mecenas que se apresenta como fundo de tela. Nesse sentido cabe dizer que o *Uraguai* participa de uma inspiração comparável à daquele epitalâmio que lhe valeria a liberdade, o estímulo criador e o alto crédito junto ao poderoso ministro: por isso mesmo não há exagero em dizer-se que a sua é, por mais paradoxal que pareça, uma verdadeira epopeia de circunstância.

Mas nada disso explica a convicção funda e certamente sincera, no autor de que fala menos aos homens de seu tempo do que às gerações vindouras, e a certeza de que seu livro fora feito para sobreviver. E com efeito a obra deste poeta ficará largamente incompreensível quando não se veja nela, e nele, a coexistência de elementos que em tudo parecem contradizer-se: de um fundo de sinceridade aliado ao mais flagrante oportunismo e de um senso da duração inseparável do apego às coisas do tempo.

Fonte: *Diário Carioca*, Rio de Janeiro, 27 dez. 1953.

Representando, por vários aspectos, uma sensibilidade nova na poesia de língua portuguesa, Basílio da Gama não era, em verdade, um temperamento fortemente original que dispensasse para sua obra modelos ilustres. A exigência de originalidade é, de fato, uma exigência romântica e moderna, que o século XVIII ainda desconhecia. Não foi pouco o que fez o autor do *Uruguai*, compondo uma epopeia segundo os moldes mais acatados num século adverso ao gênero épico. Quanto ao mais, era inevitável que recorresse abundantemente aos exemplos clássicos. O tema eleito era aparentemente pobre: a guerra movida pelos portugueses contra os índios das Missões do Sul, domesticados, adestrados, amados pelos padres da Companhia de Jesus, que não queriam ver-se transferidos para os domínios da Coroa lusitana. A fonte de que se serviu para os fatos narrados foi o panfleto pombalino contra os inacianos, redigidos, segundo consta, por Luís Antônio Verney – o mesmo “abade Verney”, árcade como Gama, e que numa *adunanza* de 1744 no bosque Parrasio de Roma já recitava sob o nome pastoril de Verenio Origiano.

Em sua capacidade de sublimar as coisas e os homens de sua época, o poeta mineiro não duvidou em erigir o acontecimento narrado na *Relação abreviada* em sucesso de proporções magníficas, digno de ser lembrado aos pósteros, em versos imortais. Que nesse parecer não andava só, mostram-no as palavras de um seu contemporâneo e admirador: “Não é presságio vão: lerá a gente/ A guerra do Uruguai, como a de Troia”.⁴⁶

Contudo não é em Homero que ele irá buscar paradigma para a ação épica. A luta de Pombal contra os padres da Companhia deveria ser encarada como uma nova e genuína cruzada: esse, justamente, era o sentido manifesto nos escritos polêmicos, que o ministro fizera imprimir e disseminar, com o fito de justificar e ampliar sua campanha. Cruzada, não já dos cristãos contra os infiéis, mas da razão contra o insidioso obscurantismo encarnado nos “negros bandos das noturnas aves”. Mas o confronto da luta movida nos séculos da fé pela posse do

⁴⁶ Referência ao soneto que em homenagem ao *Uruguai* escreveu Joaquim Inácio de Seixas Brandão, doutor em Medicina pela Universidade de Montpellier e contemporâneo do poeta. Ver GAMA, Basílio da. *O Uruguai*. Ed. comemorativa do segundo centenário, notas de Afrânio Peixoto, Rodolfo Garcia e Osvaldo Braga. Rio de Janeiro: Publicações da Academia Brasileira, 1941, p. 103.

Santo Sepulcro serviria de algum modo para canonizar a campanha a que Basílio da Gama dera uma adesão ativa e serviçal. O esforço empreendido pelos portugueses para desalojarem os índios fanatizados pelos jesuítas num obscuro recanto sul-americano não valia por si só, pela tenacidade dos conquistadores lusos, pelo heroísmo dos índios enganados, pela perfídia dos padres enganadores. Valia antes de tudo pelo seu significado simbólico. Simbólico da marcha triunfal da ciência da Era das Luzes, assim como da derrocada fatal da orgulhosa superstição e da sinistra ignorância.

Por esse aspecto, a vitória lograda pelas tropas de Gomes Freire de Andrada bem poderia suportar comparação com a tomada de Jerusalém pelos cruzados. Um breve e remoto episódio das guerras coloniais ganhava assim, através da idealização heroica, um sentido verdadeiramente épico. E como as ideias do tempo não eram infensas à imitação dos grandes mestres do passado, o modelo de epopeia americana sonhada por Basílio da Gama estava naturalmente indicado. Mais do que outros épicos, mais do que o Ariosto – antes enaltecido do que seguido durante o Setecentos –, Torquato Tasso pertencia aos poetas favoritos entre os luminares da época, a começar pelo Metastasio. Por conseguinte, podia inscrever-se claramente entre os “modernos”.

Não obstante isso, o autor do *Uraguai*, em lugar de manter-se inerte diante do modelo escolhido, trata de reelaborar cuidadosamente os versos, as imagens, os motivos do Tasso, a fim de que melhor se conformem à sua fantasia criadora, à *forma mentis* do século e aos gostos de quem, apesar de todas as pretensões heroicas, continuava a ser predominantemente um árcade. Ainda nisto não se distanciava ele do modelo adotado, daquele mesmo Tasso que, segundo notou um crítico – Attilio Momigliano canta a Cruzada, empresa bélica, com um tom em tudo semelhante ao da lírica de Petrarca.⁴⁷ E, a propósito do autor do *Uraguai*, não é demais lembrar aqui as origens petrarquianas de um dos seus versos mais famosos: “Tanto era bela no seu rosto a morte?”⁴⁸

Para infundir à sua criação épica aquela emotividade e musicalidade que encontrara na *Gerusalemme*, não se limitou Basílio a servir-se, transfigurando-os, dos versos, das imagens, dos motivos tassescos. Frequentemente sucede que fragmentos destacados do italiano são

47 MOMIGLIANO, Attilio. “Gusto neoclassico e poesia neoclassica”. In: *Cinque saggi*. Florença: G. C. Sansoni Editore, 1945, p. 40.

48 GAMA, Basílio da. Op. cit., IV, 80.

habilidosamente aglutinados, com uma habilidade em tudo digna do grande modelo, para se inserirem no novo contexto sem perda de sua pompa retórica bem característica. Pode-se ter um exemplo do processo tomando justamente o início do poema. À primeira vista a similitude com o verso da *Gerusalemme* que principia “*Fuma del sangue ancor...*”⁴⁹ pareceria efeito de coincidência formal irrelevante. Tanto mais quanto as mesmas palavras se combinam nos dois poemas em unidades de sentido inteiramente distintas uma da outra. Mas logo à página seguinte vamos deparar com aqueles outros versos, que dizem: “*Vincitrice la Morte errar per tutto/ Vedresti ed ondeggiar di sangue un lago*”,⁵⁰ e já então o encontro parecerá muito menos fortuito. Caberia pensar, ao menos, que uma insistente leitura do poema italiano tivesse deixado resíduos inconscientes na memória, aos quais o brasileiro, conjugando-os, soube imprimir novo significado e infundir nova vida. Mas uma simples e involuntária coincidência não explicaria com facilidade como aqueles “*disjecta membra*” – “*Fuma del sangue ancor...*”, “*lago di sangue*”, “*ondeggiar*” – se unissem neste conjunto onde tudo tende a indicar uma sábia e, quase se poderia dizê-lo, uma astuciosa dosagem: “Fumam ainda nas desertas praias/ Lagos de sangue tépidos, e impuros,/ Em que ondeiam cadáveres despídos”.⁵¹

O sinal de que Basílio da Gama se utilizou, e não por distração, de certas figuras de *Gerusalemme*, mostra-se no mesmo preâmbulo do seu poema e, de fato, duas linhas adiante da passagem citada. Apenas no verso “O rouco som da irada artilharia”, viu-se ele forçado pelo assunto, e pode-se imaginar com que pesar, a dar um pobre substituto para a brilhante onomatopeia final daquele “*il rauco suon de la tartarea tromba*” que o Tasso, por sua vez, deve ter tomado ao *Poliziano* (cf. “*Sono Megera, la tartarea tromba*”, *Stanze*, I, 28) e que tão bem concordaria com as próprias ideias sobre a sonoridade das vogais, onde diz, nos *Discorsi del poema eroico*, que a letra *i* não é tão apropriada para suscitar impressões tempestuosas como o *a* e o *o*, que forçam a abrir mais a boca.⁵²

Em compensação não será grave heresia pensar-se que o poeta do *Uraguai* não se mostrou inferior ao modelo na transposição que

49 Cf. TASSO, Torquato. *Gerusalemme liberata*, IX, st. 87.

50 Ibid., IX, st. 93.

51 GAMA, Basílio da. Op. cit., I, p. 1.

52 TASSO, Torquato. “Discorsi del poema eroico”. In: *Prose*. Milão-Roma, 1935, p. 480.

suscitou aqueles versos famosos: “Os olhos, em que Amor reinava, um dia,/ Cheios de morte...”⁵³ – onde a pausa provocada pelo *enjambement* parece destacar e aumentar a beleza da figura. No Tasso, esta surge principalmente na passagem do Canto Quinto, onde Goffredo depara com Gernando, prostrado ao solo, tintos os cabelos de sangue, o manto “*Sordido e molle, e pien di morte il viso*”,⁵⁴ e depois na descrição da agonia de Clorinda, em seguida ao combate com Tancredo: “...*chiusa in breve sede/ La vita, empie di morte il senso e’l volto*”.⁵⁵

Essa parece ter seduzido particularmente as imaginações setecentistas. Maffei introduziu-se na sua *Merope*, que um amigo de Basílio da Gama, o árcade mineiro Alvarenga Peixoto, traduzira para o português. E ainda após a publicação do *Uraguai*, vamos encontrá-la na *Mirra* de Alfieri, onde Pereu descreve a heroína “...*di dolor pieno, e di morte, el viso*”.⁵⁶

Dela aparece uma variante ao final da *Jerusalém*, quando o poeta pinta sua Armida “*Giá tinta in viso di pallor di morte*”⁵⁷ e neste caso se avizinha ainda mais de sua fonte originária do Ariosto, que ao relatar a batalha de Paris e o assalto do feroz Rodomonte ao palácio real, mostra o povo ali aglomerado, “*Dai visi impressi di color di morte*”.⁵⁸

Sempre receptivo para os lugares mais brilhantes de seu modelo direto que, neste caso, ainda é o Tasso, Basílio da Gama copia-o nesse passo ao contar como um dos seus personagens, o índio Cacambo, vê em sonhos a imagem do lendário Cepé: “Pintado o rosto do temor da morte”.⁵⁹

Fonte: *Diário Carioca*, Rio de Janeiro, 3 jan. 1954.

53 GAMA, Basílio da. Op. cit., IV, p. 80.

54 TASSO, Torquato. *Gerusalemme liberata*, V, st. 32.

55 Ibid., mi, st. 70.

56 Ver ALFIERI, Vittorio. “Mirra”. In: *Opere*. Ed. de Francesco Maggini. Milão: Rizzoli & Cia. Editores, 1940, p. 545.

57 TASSO, Torquato. *Gerusalemme liberata*, XX, st. 127.

58 ARIOSTO, Ludovico. *Orlando il furioso*, XVII, st. 12.

59 GAMA, Basílio da. Op. cit., III, p. 50.

A poesia de Basílio da Gama

A ideia de que o poema principal de Basílio da Gama seja inteiramente soporífero logo desaparece quando se atenta melhor em várias de suas passagens, onde a frescura ou o inesperado de algumas imagens apresenta um contraste tão vivo com as linhas severas de sua arquitetura.

Forçosamente, o que contribuiu, pelo menos até certo ponto, para prolongar a impressão desalentadora dessa aparência, foram as sucessivas edições defeituosas, entre as quais se inclui a de José Veríssimo.

A verdade é que, não obstante suas peculiaridades de erudito, nem sempre aceitáveis, Afrânio Peixoto, com a edição fac-similar de segundo centenário, pôde colocar Basílio da Gama a uma luz menos intolerável. O fato de ter reproduzido o texto primitivo do *Uruguai*, já representava excelente serviço às nossas letras.

A sobrevivência de um poema é questão que escapa a todas as conjecturas. Será sempre difícil, senão impossível, prever as reações de uma nova geração de leitores. Há qualquer coisa de orgânico à custa de que poderá um poema atravessar séculos, não importa a natureza ou a qualidade de seus acessórios retóricos ou circunstanciais. Mas, nem mesmo isso deve prevalecer como regra definitiva e estável. Cada fenômeno explica-se, enfim, nesse caso, por si mesmo, e é o que sucede com o *Uruguai*, em cujo tronco duas vezes secular a poesia introduziu alguns brotos que desafiam os tempos. O termo “broto” não vem aqui por acaso; o que sobreviveu tão energicamente nesse poema é renovo a assinalar sutilíssima transição do neoclassicismo para o romantismo. Deste, ainda em seus pródromos (o movimento pré-romântico já dominava a Europa), é que adveio em Basílio da Gama a tendência a particularizar os elementos da natureza, com o que imprimiu tamanho poder de ação e movimento a algumas de suas estâncias.

Observa-se, em suma, que, da natureza brasileira, a água e o vento tiveram, no *Uruguai*, representações que eram de algum modo novas em nossa literatura, onde, em regra, só figuravam antes como elementos ornamentais de integração paisagística, sem a individuação intencional que têm na epopeia.

Os topos míticos dessas representações são evidentes, mas nem só os gênios do ar e das águas foram, ali, restituídos ao poder primitivo,

independentemente da nomenclatura clássica, como passaram a atuar com uma feição nativista particularizada.

O intuito político de Basílio da Gama, no *Uruguai*, era lisonjear os colonizadores portugueses, em detrimento de sua própria nacionalidade, de modo que, fazendo realçar as forças naturais de resistência aos invasores, quis decerto reabilitar-se de uma intenção subalterna e reprovável. Qualquer que seja a explicação, o que ali sobressai de maneira notável é a luta do autóctone pela terra nativa. Nessa pugna, em dado momento, a água exerceu um grande papel. Há, porém, uma distinção a ser estabelecida preliminarmente, e que se depreende de algumas imagens no desenvolvimento da epopeia. O mar é ali a força insólita, por meio da qual o invasor veio ter à terra visada pela sua cobiça, o que leva o índio a exclamar, compungido, perante Freire de Andrade:

[Canto II, v. 171-174]

Na concepção ingênua do aborígene o mar transgrediu uma lei natural de separação da terra moça de outros povos, que a ela não deviam ter acesso jamais. A seu ver, o mar e o vento tinham assim conspirado contra a selva, onde só devia dominar a sua raça. Já o rio era havido como um aliado que, eventualmente, podia deter o ímpeto e a força de penetração do conquistador branco. Assim foi quando a cheia inesperada do Uruguai [Jacuí] obrigou o exército invasor de Andrade a grimpar às árvores, enquanto as águas escachoavam embaixo, ameaçando levar tudo de roldão na tremenda *avalanche*. Inimigo cujo assomo não tinha sido previsto, o Uruguai [Jacuí] transformara-se numa formidável arma de guerra, como pôde senti-lo o guerreiro luso, quando, reagindo à intimação dos índios, viu crescer contra si e os seus o grande rio:

[Canto I, v. 209, 211-216]

Nessa emergência, o Conde de Bobadela toma a única decisão que as circunstâncias lhe impunham, mas não sem algo de ridículo para o exército que ele comandava:

[Canto I, v. 217-220]

Neste ponto, a poesia introduz-se configurando um panorama surpreendente e encantador:

[Canto I, v. 221-230]

Talvez seja a passagem desse episódio o trecho mais vívido da epopeia, aquele em que o sentimento lírico pôde operar um jogo mais belo de transfiguração. A concepção do rio como expressão do poderio da terra, em luta com o estrangeiro; a situação moral de um exército de invasores, que procuram escapar a esse impulso irrefreável das águas convulsionadas, acomodando-se furtivamente às grimpas do arvoredos; o desenho daquela ocasional e singularíssima paisagem flutuante, constituída do emaranhado de “verdes, irregulares e torcidas ruas, e praças”, tudo isso compõe um quadro de efeito incomparável.

O vento é o outro aliado natural de que o aborígene lança mão no momento em que procura atear um grande incêndio, com o fito de conter as forças assaltantes. Embora o vento pudesse servir indiferentemente a ambos adversários, o nativo conhece-lhe melhor as proezas de que seria capaz na selva do que o homem branco. E, assim, antes de atear o incêndio estratégico, que iria confundir ou espavorir o inimigo, procura o aborígene perscrutar a direção do vento e, aqui, este surge, na epopeia, como um ente vivo, de cuja intervenção poderá depender o resultado da campanha marcial:

[Canto III, v. 43-49]

Assim, a menear-se no seio da selva em repouso, no silêncio da noite, o vento é a representação simbólica do aborígene em vigília. Cacambo, pé ante pé, entra na floresta ao encontro daquele companheiro invisível, mas de que ele pressente os movimentos entre as árvores:

[Canto III, v. 99-100]

Quando se acha tão próximo do vento que é só passar-lhe “perigosa luz”, Cacambo tem cumprido a sua sagrada missão:

[Canto III, v. 101-106]

Como tivera a cheia do rio pela frente, Andrade viu avançar celeremente contra as suas tropas recolhidas o incêndio que Cacambo fizera desencadear, sob a proteção das trevas:

[Canto III, v. 134-141]

Em outra passagem, numa operação mágica, a feiticeira Tanajura, com um sopro de boca sobre as águas sombrias de uma caverna, revela a Lindoia um panorama do futuro, que era antes um pretexto ao poeta para, representando os horrores do terremoto de Lisboa, glorificar a personalidade do Marquês de Pombal. Nesse episódio fantástico e diversivo insere-se uma das mais belas imagens do vento:

[Canto III, v. 254-262]

Não era de modo algum gratuita essa magnífica, mas tendenciosa visão, em que as naus lusitanas ameaçavam o mar e o vento gemia atado como um prisioneiro em suas popas. O que o poeta quis mostrar aí foi que Pombal dominava o vento e o oceano, mediante o influxo da Providência Divina, por intermédio de uma donzela celestial que, surgindo em meio à calamidade, lhe deu inspiração e força para realizar a grande obra de reconstrução de Lisboa. Essas imagens do vento e do mar submetidos pelo poder político eram, entretanto, produto de simples vassalagem do egresso da Companhia de Jesus, mas nem por isso são elas menos admiráveis.

Fonte: “A poesia de Basílio da Gama”. In: *O Estado de São Paulo*, São Paulo, 4 dez. 1954. Republicado em *Visões e revisões*. Rio de Janeiro: MEC/INL, 1958, pp.39-45

Versificador competente

A “quantidade”, a grande medida, em todos os sentidos, materiais e imateriais – o grande verso, a grandiloquência (no bom sentido), o grande motivo, os grandes heróis, o grande poema, e, ao mesmo tempo, verso grande, assunto grande, poema grande –, eis a qualidade por definição dessa variedade de poesia narrativa que é o *epos*, a epopeia, o poema épico. A ausência de uma total magnitude (características tanto dos épicos nacionais, *Iliada*, *Odisseia*, *Eneida*, *Beowulf*, *Chanson de Roland*, *Lusíadas*, *o Cid* etc., como da *Divina comédia* ou do *Paraíso perdido*) é que impede de ser épica a nossa poesia narrativa de certo fôlego do século XVIII: o *Caramuru*, de Santa Rita Durão, e o *Uruguai*, de Basílio da Gama. Assuntos relativamente mesquinhos e absolutamente imediatos sem um momento escapar às limitações locais e atuais, sem qualquer sentido agônico, sem verdadeiro drama, sem heroísmo, sem sublime e sem purgação, os dois poemas não podem, dentro dos limites do bom senso, aspirar à classificação de épicos.

Não são, contudo, de modo nenhum, obras que se ponham de lado, por falta de interesse. Sacrificou-as a demasiada ambição de seus autores: circunscritos ao despretensioso romance, à narrativa ibérica tradicional, entre lírica e dramática, popular e erudita, teríamos neles, talvez, dois verdadeiros clássicos do idioma no Brasil: tais como foram escritos, todavia, aí estão eles, em grande parte e no essencial, frustrados, esqueléticos, ingênuos, dignos de serem lidos apenas em fragmentos.

A poesia lírica de Basílio da Gama é quase toda desinteressante; legível será talvez, apenas, e não por motivos poéticos, a “Declamação trágica”. O que ainda estará vivo de Basílio é este ou aquele trecho mais feliz do *Uruguai*, poema em versos brancos e cinco cantos, de estrofes irregulares, narração meramente anedótica e descritiva de uma expedição luso-espanhola contra índios e jesuítas das Missões. Nem se trata de um poema “brasileiro”: pouco interessam a Basílio os costumes dos índios, a terra descrita não é nossa (trata-se, hoje, do território uruguaio), os heróis celebrados ou são portugueses ou são índios pouco reais, índios “românticos”, que no essencial poderiam ter nascido tanto no Canadá como nos Estados Unidos como no Paraguai. O que nos

importa, porém, é a razoável quantidade de bons versos – alguns de boa linguagem poética – encontrável no *Uruguai*. Os versos brancos desse poema são, em geral, de um bom técnico e, várias vezes, de um poeta. Há certa dignidade e alguma altitude desde as primeiras linhas:

Fumam ainda nas desertas praias
Lagos de sangue tépidos, e impuros,
Em que ondeiam cadáveres despídos,
Pasto de corvos. Dura inda nos vales
O rouco som da irada artilheria.

Tais versões são típicas, desde logo, de Basílio, notadamente pela excessiva, se bem que geralmente apropriada, adjetivação: seis qualificativos evidentes em cinco versos! Logo adiante, temos:

*Águia, que depois foge à humilde terra,
E vai ver de mais perto no ar vazio
O espaço azul, onde não chega o raio. [...]*

E depois:

*Quentes sonoros eixos vão gemendo
Co' peso da funesta artilheria. [...]*

*Se eleva aos Céus a curva, e grave bomba
Prenhe de fogo: [...]*

*A disciplina militar dos índios
Tinha esterilizado aqueles campos. [...]*

*Dentro de pouco tempo um meu aceno
Vai cobrir este monte, e essas campinas
De semivivos palpitantes corpos
De míseros mortais, que inda não sabem*

*Por que causa o seu sangue vai agora
Lavar a terra, e recolher-se em lagos. [...]
Todo esse plano espaço imenso de águas. [...]*

Embora o melhor de *Uraguai* sejam as ocasionais expressões de inegável poder de apresentação, há, no segundo canto, por exemplo, algumas boas descrições de combates. Realizando-as, o poeta utilizou-se de todo o arsenal dos épicos que o precederam, os longos símiles sustentados, as imagens batidas etc. Não são, contudo, de todo negligenciáveis versos como:

*Disparou-lhe a pistola, e fez-lhe a um tempo
Co' reflexo do Sol luzir a espada. [...]*

*Era pequeno o espaço, e fez o tiro
No corpo desarmado estrago horrendo.
Viam-se dentro pelas rotas costas
Palpitar as entranhas. Quis três vezes
Levantar-se do chão: caiu três vezes,
E os olhos já nadando em fria morte
Lhe cobriu sombra escura, e férreo sono. [...]*

Nada de novo, como se vê, porém, sem dúvida, alguma competência na diluição de modelos anteriores e certa felicidade expressional. Há, também, algumas boas descrições; exemplo:

*Fizeram alto, e se acamparam, onde
Incultas várgeas, por espaço imenso,
Enfadonhas, e estéreis acompanham
Ambas as margens de um profundo rio.
Todas estas vastíssimas campinas
Cobrem palustres, e tecidas canas,
E leves juncos do calor tostados,
Pronta matéria de voraz incêndio.
O Índio habitador de quando em quando
Com estranha cultura entrega ao fogo
Muitas léguas de campo: o incêndio dura,
Enquanto dura, e o favorece o vento.
Da erva, que renasce, se apascenta
O imenso gado, que dos montes desce; [...]*

Há algo de cinematográfico em certas minúcias de tais descrições:

*Acorda o Índio valeroso, e salta
Longe da curva rede, e sem demora
O arco, e as setas arrebatada, e fere
O chão com o pé: [...]*

*E onde mais manso, e mais quieto o rio
Se estende, e espraia sobre a ruiva areia,
Pensativo, e turbado entra; e com água
Já por cima do peito as mãos, e os olhos
Levanta ao Céu, que ele não via, e às ondas
O corpo entrega. [...]*

*Outra vez se lançou, e foi de um salto
Ao fundo rio a visitar a areia.
Debalde gritam, e debalde às margens
Corre a gente apressada. Ele entretanto
Sacode as pernas, e os nervosos braços:
Rompe as escumas assoprando, e a um tempo
Suspendido nas mãos, voltando o rosto,
Via nas águas trêmulas a imagem
Do arrebatado incêndio, e se alegrava. [...]*

*[...] Uns já cortam
As combustíveis palhas, outros trazem
Nos prontos vasos as vizinhas ondas. [...]*

Há numerosos outros fragmentos do *Uruguai* em que, como nos citados, fica provada a capacidade de Basílio da Gama não só como versificador, mas também como, algumas vezes, de verdadeiro poeta, apto a falar na linguagem específica, criadora, da poesia. Fragmentos, repetimos. O todo do *Uruguai* é acanhado, ingênuo, desencontrado, incerto – narração-descrição muito abaixo do nível épico. Dos cinco cantos, o único trecho suficientemente longo em que é sustentado, sem altos e baixos, um padrão elevado de dicção eficaz é aquele, bastante célebre, da morte de

Lindoia, que o leitor encontrará em qualquer antologia, começando:

Um frio susto corre pelas veias
e terminando pelo verso tão celebrado (sem muita razão):

Tanto era bela no seu rosto a morte!

São cinquenta e oito versos de classe, que honrariam qualquer profissional competente. O trecho é significativo, também, por seu caráter de perfeita amostragem estatística da obra de Basílio, com seus ecos gongóricos, sua relativa disciplina e seus prenúncios de romantismo. O ponto alto parece-nos ser:

*Tinha a face na mão, e a mão no tronco
De um fúnebre cipreste, que espalhava
Melancólica sombra. Mais de perto
Descobrem que se enrola no seu corpo
Verde serpente, e lhe passeia, e cinge
Pescoço, e braços, e lhe lambe o seio.
Fogem de a ver assim sobressaltados,
E param cheios de temor ao longe;
E nem se atrevem a chamá-la, e temem
Que desperte assustada, e irrite o monstro,
E fuja, e apresse no fugir a morte. [...]*

Outros fragmentos relevantes do *Uraguai*:

E em ferrugento vaso licor puro
De viva fonte recolheu. Três vezes
Girou em roda, e murmurou três vezes
Co'a carcomida boca ímpias palavras,
E as águas assoprou: depois com o dedo
Lhe impõe silêncio, e faz que as águas note.
Como no mar azul, quando recolhe
A lisonjeira viração as asas,
Adormecem as ondas, e retratam

Ao natural as debruçadas penhas,
O copado arvoredo, e as nuvens altas:
Não de outra sorte à tímida Lindóia
Aqueles águas fielmente pintam
O rio, a praia, o vale, e os montes, onde
Tinha sido Lisboa; e viu Lisboa
Entre despedaçados edifícios,
Com o solto cabelo descomposto,
Tropeçando em ruínas encostar-se.
*Desamparada dos habitantes
A Rainha do Tejo, e solitária,
No meio de sepulcros procurava
Com seus olhos socorro; e com seus olhos
Só descobria de um, e de outro lado
Pendentes muros, e inclinadas torres. [...]*

(Notar as ressonâncias latinas; o “tom” de Virgílio lamentando Dido e Troia, o *et campos ubi Troia fuit*.)

*[...] Mais ao longe
Prontas no Tejo, e ao curvo ferro atadas
Aos olhos dão de si terrível mostra,
Ameaçando o mar, as poderosas
Soberbas naus. Por entre as cordas negras
Alvejam as bandeiras: [...]*

*[...] quando a velha
Bateu co’a mão, e fez tremer as águas.
Desaparecem as fingidas torres,
E os verdes campos; nem já deles resta
Leve sinal. Debalde os olhos buscam
As naus: já não são naus, nem mar, nem montes,
Nem o lugar, onde estiveram. Torna
Ao pranto a saudosíssima Lindóia,
E de novo outra vez suspira, e geme.
Até que a Noite compassiva, e atenta,*

Que as magoadas lástimas lhe ouvira,
Ao partir sacudiu das fuscas asas,
Envolto em frio orvalho, um leve sono,
Suave esquecimento de seus males.

[...] *Ao mar largo*

Lança do profanado oculto seio

O irado Tejo os frios nadadores. [...]

Fonte: Suplemento Dominical do *Jornal do Brasil*, Rio de Janeiro, 14 dez. 1958 e 11 jan. 1959. Republicado em *De Anchieta aos Concretos*. Org. de Maria Eugenia Boaventura. São Paulo: Companhia das Letras, 2003.

A épica de Cláudio Manuel

Inúmeros são os fatores de ordem formal e temática que invalidam ou, pelo menos, tornam inexpressivas como trabalho de criação poética as composições épicas de nosso período colonial. Recorrendo a um gênero de estrutura complexa, que, além de domínio técnico, requer talento inventivo capaz de animar a ação narrada e conferir grandeza aos elementos de imaginação, os autores brasileiros apenas exercitaram, em poemas sem maior importância, o gosto pela arte do verso ou, o que é mais certo, uma justificável admiração pela obra mestra de Camões. Em *Uraguai e Caramuru*, constata-se o esforço de poetas bem-intencionados diante do assunto novo – o índio – que, embora sugestivo, não representava por si mesmo nenhum mito nacional ou trazia em si aquela carga ideal de motivação heroica. Para que o gênero, irremediavelmente superado após as tentativas frustradas de Rodrigues Lobo e outros portugueses, renascesse com autenticidade dentro da realidade do Brasil era necessário que se acrescentasse à força criadora uma consciência nacional ainda impossível naquele estágio de desenvolvimento da sociedade colonial. Faltava aos temas de Basílio da Gama e Santa Rita Durão o sentido de legenda que dá ao empreendimento singular de qualquer povo um conteúdo épico, a exemplo da viagem de Vasco da Gama em *Os Lusíadas*. As vicissitudes da colonização jesuítica do Sul ou da fixação portuguesa no Norte são episódios que os dois poetas, apoiados em valores culturais ibéricos, só compreendiam como integrantes históricos da expansão de Portugal. O heroísmo indígena, por ambos cultivado, não era o sentimento de identidade com a terra que mais tarde empolgaria o romantismo, mas o recurso poético generoso traduzido numa espécie de fantasia que o mundo civilizado de então, ainda presa do impacto dos descobrimentos, consagrava pela originalidade. A própria literatura francesa, fiel à tradição idealista, criava no índio um valor moral para a filosofia do Setecentos. Entretanto, era natural que os épicos brasileiros, sofrendo a influência do meio que condicionava a seu modo a cultura europeia, acabassem por oferecer, ainda que involuntariamente, algum testemunho sobre o homem e a terra em caminho da emancipação política.

As mesmas limitações situam em plano idêntico a experiência épica de Cláudio Manuel da Costa, que, dotado de talento poético superior

ao dos autores do *Uraguai* e *Caramuru*, estava credenciado a realizar com melhor sorte o seu voo camoniano. Mas ao lirismo do exímio sonetista, cuja obra se louva com razão entre as mais puras criações da lírica da língua, sucede o prosaísmo da narração fria e insípida de fatos ligados à fundação de Ouro Preto. O poema *Vila Rica*, que o *Anuário do Museu da Inconfidência* reproduz agora em seu número IV, tem contra si os mesmos argumentos levantados a propósito das epopeias de Basílio da Gama e Santa Rita Durão. Não obstante, há elementos históricos e descritivos que ampliam o interesse do trabalho de Cláudio Manoel da Costa, porquanto se sabe que o seu assunto principal é a viagem de Antônio Albuquerque na missão de pacificar os colonos das Minas sublevados durante a chamada Guerra dos Emboabas. Esse tema controvertido da história da colonização mineira presta-se, assim, para o arremedo épico que é *Vila Rica*, funcionado no poema como fundo da ação heroica desenvolvida por Albuquerque e seus companheiros. Evidentemente, a penosa jornada do delegado português através dos sertões foi qualquer coisa de arrojado para o fidalgo habituado ao conforto e aos prazeres da corte, mas não o bastante para torná-lo o herói pretendido pelo poeta. Daí o caráter apenas artificioso da história, que o autor procura compensar com o enredo fantástico tecido em torno de mitos e personagens indígenas. O que se salva do denodo narrativo de Cláudio Manoel não é, portanto, o conteúdo emocional insubsistente, o que fica do equívoco de *Vila Rica* não é, igualmente, a beleza plástica de um ou outro verso, mas o depoimento que se surpreende nas entrelinhas dos dez cantos de que se compõe o poema. Esse testemunho, partindo de um homem vinculado à política administrativa da colônia e mais tarde a um movimento revolucionário de caráter emancipacionista, é bem mais valioso que o de Basílio da Gama ou Santa Rita Durão, religiosos que tiveram participação mínima na vida brasileira e que, se sobre ela escreveram, foi ao longo de suas distantes peregrinações pela Europa.

Duas correntes de nossa historiografia interpretam de modo diverso o episódio da Guerra dos Emboabas, a primeira delas atribuindo legitimidade à reação dos paulistas face aos processos adotados por negociantes portugueses para o controle do abastecimento das comunidades mineradoras. Contrários a essa tese, alguns historiadores reivindicam para o movimento liderado por Manuel Nunes Viana o feitio de revolução democrática, marcada pelo objetivo de retirar aos paulistas o domínio das glebas de mineração e oferecer a todos os

colonos oportunidades iguais de trabalho. Cláudio Manuel toma de maneira clara o partido dos paulistas, principalmente no “Fundamento Histórico”, que antecede o poema *Vila Rica*, quando situa as origens do conflito na manobra de atravessadores que estabeleceram o monopólio de gêneros, especialmente da carne. Entretanto, ao descrever a marcha de Albuquerque em sua missão pacificadora, o poeta busca assumir uma posição de neutralidade, não sem ter antes louvado em versos encomiásticos as virtudes dos paulistas (Cantos V, VI, VII). O depoimento de Cláudio Manuel, ainda que prejudicado pelo tom apaixonado, parece-nos historicamente honesto, pois haviam mostrado anteriormente os habitantes de São Paulo despreendimento em empresas de nenhum sentido imediatista como a ajuda aos colonos do Nordeste, ao contrário dos aventureiros portugueses, que aqui aportavam para a corrida do ouro. Se o autor de *Vila Rica* não houvesse participado de um movimento do teor político da Inconfidência, definindo com isso a sua crença nas possibilidades de autodeterminação da colônia, bastariam certas passagens do poema e, em particular, do “Fundamento Histórico” para indicar nele, embora imatura, a consciência de problemas sociais e econômicos peculiares ao Brasil. No Canto X, a par de uma descrição abrangendo a paisagem geográfica da capitania, traça o esboço da deficiente economia regional, com as suas atividades produtoras divididas entre a indústria extrativa predatória e a agricultura primitiva e insuficiente. Tratando tema de coloração nacional e evidenciando em seus versos maior compreensão da realidade brasileira, Cláudio Manuel da Costa, se não superou formalmente Basílio e Santa Rita Durão, deu à sua experiência épica maior dimensão de testemunho.

Fonte: Suplemento Literário d’*O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 19 nov. 1960. Republicado em *Catas de aluvião: do pensar e do ser em Minas*. Rio de Janeiro: Graphia, 2000.

Uruguai, oeuvre classique et pré-romantique

Peut-on considérer *Uruguai* comme une oeuvre engagée? En 1769, la cause des jésuites était perdue. Leur exil du Portugal datait de 1759. Si le comte de Oeiras avait été en peine d'arguments, il en eût certes déjà trouvé, au bon moment, chez Voltaire. Il suffisait d'ouvrir *Candide*, au chapitre XIV: "Tu as donc été déjà dans le Paraguai? dit Candide – Eh! vraiment, oui, dit Cacambo, j'ai été cuistre dans le collège de l'Assomption, et je connais le gouvernement de los padres comme je connais les rues de Cadix. C'est une chose admirable que ce gouvernement. Le royaume a déjà plus de trois cents lieues de diamètre; il est divisé en trente provinces. Los padres y ont tout, et les peuples rien; c'est le chef d'oeuvre de la raison et de la justice. Pour moi, je ne vois rien de si divin que los padres, qui font ici la guerre au roi d'Espagne et au roi de Portugal, et qui, en Europe, confessent ces rois; qui tuent ici des Espagnols et qui, à Madrid, les envoient au ciel..."⁶⁰.

Les jésuites sont donc les ennemis naturels des Indiens. Voici Cacambo et Candide surpris par la tribu des Oreillons. Ces derniers tout nus, armés de flèches, de massues et de haches de caillou, font bouillir la marmite, car ils croient s'être emparé de deux membres de la Compagnie. Le Cacambo de Voltaire n'est qu'un mépris picaresque. Celui de José Basílio da Gama figure le type même de l'Indien valeureux, héros d'épopée. En revanche on pourrait croire à une ébauche du P. Balda et par suite à l'influence voltairienne dans ce croquis rapide: "Le commandant était au bout, le bonnet à trois cornes en tête, la robe retroussée, l'épée au côté, l'espadon à la main"⁶¹. Le chef des Sept Missions semble de fait un prélat guerrier de la Renaissance, au coeur de bronze, à la volonté de fer. L'ironie voltairienne transpire dans les épithètes de nature: le "santo padre", le bon "padres", le grand Balda, ricane l'auteur d'*Uruguai*⁶². Ce jésuite pratique le népotisme; il se débarrasse de Cacambo, afin d'unir son fils naturel Baldetta à Lindoia. Tel quel cependant, il n'inspire pas totalement la répulsion, encore moins

⁶⁰ Voltaire, *Candide*, ch. XIV.

⁶¹ Voltaire, *Candide*, ch. XIV.

⁶² *Uruguai*, IV, passim.

la moquerie. Capitaine à l'énergie peu commune, il n'hésite pas à choisir l'incendie pour retarder l'adversaire. Quant à l'obésité de Frei Patusca, elle introduit dans le récit épique le bouffon de comedia devenu ermite. Personnage classique, ami des réalités charnelles, "vagaroso, com as chaves no cinto, de pesada enormíssima barriga" (Canto IV, v. 114-116) la guerre ne trouble point sa quiétude:

Jamais a este o som da dura guerra
Tinha tirado as horas de descanso

[Canto IV, v. 117-118]

Sa conscience est large:

*De indulgente moral e brando peito
Que penetrado da fraqueza humana
Sofre em paz as delícias desta vida,
Tais e quais no-las dão...*
Canto IV, v. 119-122]

Epicurien, il cueille l'instant, ne se pose aucun problème moral. Pourtant il exhorte ses ouailles à grand renfort de cris, répétant

*Que do bom pai Adão a triste raça
Por degraus degenera, e que este Mundo
Piorando envelhece...*
[Canto IV, 128-130]

Ce religieux amuse sans étonner. Car sa silhouette hante la dramaturgie espagnole au XVII^e siècle. Du reste le ton de l'auteur offre quelque parenté avec le *Lutrin* de Boileau.

On retrouve également le réalisme classique dans la présentation du général Gomes de Andrade. Selon la perspective homérique les épithètes suggèrent le caractère plutôt qu'elles ne l'analysent. Le Portugais est flatté: le grand Andrade, l'illustre général, le fameux invaincu... Il y a de la noblesse en son accueil; aux émissaires indiens il fait des cadeaux honorables: une épée ouvragée, un arc et des flèches de qualité. Terminando

Sipilio⁶³ obéit toujours aux règles du bon sens et de la raison, sinon de la vraisemblance. On ne découvre guère d'exagération épique dans *Uruguai*. Au contraire le poète demeure *grosso modo* fidèle à l'Histoire, si l'on accepte de concevoir le discours comme un exposé des motifs et des mobiles qui éclairent la campagne des Sept Missions. Le procédé rappelle Tite-Live. Sous l'opinion d'Andrade se profile probablement l'avis de José Basílio. Le traité de Tordesillas exclut les jésuites du partage de l'Amérique. Mais il accorde aux Portugais les "Sete Povos", tandis qu'il fait des Espagnols les maîtres de la "Colônia"⁶⁴. Comme plus tard le maréchal Rondon, le général Gomes de Andrade refuse la pacification violente:

Tentem-se os meios
De brandura e de amor; se isto não basta,
Farei a meu pesar o ultimo esforço
[Canto II, v. 26-28]

Il rend la liberté aux indigènes captifs et leur offre des vêtements de couleur

Que a inculta gente simples tanto adora
[Canto II, v. 32]

La générosité s'avère payante. Les Indiens glorifient le chef portugais, la pacification s'amorce.

L'arrivée de Cacambo et de Sepé exprime un indianisme pittoresque revêtu de classicisme. Les deux guerriers sont désarmés, mais leurs fronts

De várias e altas penas coroadas
E cercadas de penas as cinturas
E os pés, e os braços e om pescoço...
[Canto II, v. 42-44]

Le discours de l'Indien rappelle le *Paysan du Danube*. Rude et courageux, il distille le bon droit et la raison. La région n'offre aucune autre richesse que des plaines propres à la culture. Elle ne recèle point de

⁶³ José Basílio do Gama prit le pseudonyme de Termindo Sipilio, lorsqu'il fut admis dans l'Arcadie romaine.

⁶⁴ Il s'agit de la Colonie de Sacramento.

mines. L'or qui pare les églises est fruit du commerce et de l'industrie des jésuites. Les populations sont pauvres:

Pobres choupanas, e algodões tecidos
E o arco, e as setas, e as vistosas penas
São as nossas fantásticas riquezas.

[Canto II, v. 99-101]

Cependant elles reconnaissent la domination jésuite:

Não temos outro rei mais do que os padres
[Canto II, v. 110]

Andrade fait alors l'apologie de la colonisation pacificatrice:

Fez nos livres o céu, mas se o ser livres
Era viver errantes e dispersos,
Sem companheiros, sem amigos, sempre
Com as armas na mão em dura guerra,
Ter por justiça a força, e pelos bosques
Viver do acaso, eu julgo que ainda fora
Melhor a escravidão que a liberdade
[Canto II, v. 119-125]

Toutefois le roi veut justement les délivrer du joug jésuite; il est leur père:

É império tirânico que usurpam
Nem são senhores, nem vós sois escravos
O rei é vosso pai: quer-vos felizes.
[Canto II, v. 131-133]

Reste à justifier la spoliation du territoire. Le bien public l'exige:

Mas deveis entregar-nos estas terras
Ao bem público cede o bem privado
[Canto II, v. 136-137]

De toute façon les Indiens ne sont pas libres. Les missionnaires les exploitent:

sacrificam

Avarentos do seu, o vosso sangue

[Canto II, v. 147-148]

Enfin Andrade brandit la menace. Le roi du Portugal saura, s'il le faut, châtier les peuples rebelles.

Or ne serait-il pas plus expédient de voir plutôt l'opinion du poète en la réplique de Cacambo? Au droit du plus fort, au paternalisme royal jeune indien oppose la malédiction du peuple massacré par les Blancs:

Gentes de Europa, nunca vos trouxera

O mar e o vento a nós! Ah não de balde

Todo esse plano espaço imenso de águas

[Canto II, v. 171-174]

La liberté du peau-rouge résulte de la théocratie du "Ciel par la main des pères". Jugement de Dieu, la guerre règlera donc le sort des indigènes. Néanmoins l'Histoire jugera:

e o vosso Mundo,

Se nele um resto houver de humanidade,

Julgará entre nós se defendemos

Tu a injustiça, e nós o Deus e a pátria!

[Canto II, v. 185-188]

Le début est clair. Aussi est-on en droit de juger que le poète, loin d'apporter de l'eau au moulin du futur Pombal, l'engage sans doute à respecter le droit naturel et le droit des gens. Car, Sepé l'affirme,

todos sabem

Que estas terras, que pisas, o céu livres

Deu aos nossos avôs; nós também livres,

As recebemos dos antepassados.

Livres as hão-de herdar os nossos filhos.

[Canto II, v. 177-181]

Ainsi parlent raison et bon droit. Mais pareille liberté suppose aussi bien que les jésuites se contentent d'exercer leur apostolat. Elle exclut également, bien entendu, l'épreuve de force.

En somme, les discours exposent le droit le plus classique. Le traité de Tordesillas a réparti le Nouveau Monde entre l'Espagne et le Portugal. Le pouvoir jésuite n'y trouve point sa place. D'ailleurs sous prétexte de théocratie, il s'impose soi-même, mystifiant les Indiens. Au contraire, le pouvoir royal les rend à eux-mêmes. Le roi les protégera donc, mais le bien public nécessite l'expropriation: "Nécessité fait loi". Cependant les autochtones définissent le droit des peuples à disposer d'eux-mêmes et de leur territoire. La logique de Cacambo est irréfutable. Mais, hélas! la loi du plus fort est toujours la meilleure. Elle vient à bout des minorités.

La description des troupes est également conforme au réalisme classique, visant l'exactitude et certaine simplicité: éclaireurs, génie, artillerie, infanterie, généraux sont dépeints ou, mieux, évoqués sommairement, quoique avec précision. Les uniformes chamarrés ajoutent à la nomenclature une note pittoresque. Lorsque José Basílio da Gama dépeint les cohortes indiennes, il sait noter la diversité des couleurs, l'usage ou même l'ornement. L'imitation de Virgile est évidente en la galerie des héros portugais⁶⁵. De même le banquet offert par Andrade rappelle-t-il certains épisodes de l'*Iliade*, de l'*Odyssée* et de l'*Enéide*.

Quant au paysage, il faut avant tout remarquer qu'il ressortit à deux types: plus conforme à la géographie, il tente d'exprimer la vérité; parfois il est emprunté aux passages des chefs d'œuvre classiques, ou bien recompose Versailles et ses bosquets, construit des cabinets de verdure. Dans le premier cas, on n'observe pas de couleurs, de détails spécifiques. Ce sont des esquisses grisailles:

Enfim partimos
Por diversas estradas, procurando
Tomar no meio os rebelados povos.
Por muitas léguas de áspero caminho,
Por lagos, bosques, vales e montanhas,
Chegamos onde nos impede o passo

⁶⁵ *Uruguai*, Canto I, v. 85-125. Au chant VI de l'*Enéide*, Anchise montre à Enée sa descendance.

Arrebatado e caudaloso rio

[Canto I, v.189-195]

Né au Brésil, le poète connaît la réalité du paysage américain. Toutefois sa description se borne à une nomenclature, selon la pratique bien connue des classiques du XVIIe siècle, Lorsqu'il dépeint l'inondation, il évoque le "desmedido peso das águas" (Canto I, v. 215-216). Le pittoresque se définit dans le paysage satyrique, mêlé de baroque. En effet des Sete Povos nous nous transportons à Venise. D'abord fûtaie et frondaisons suggèrent une cité:

*Tece o emaranhadíssimo arvoredos
Verdes, irregulares e torcidas
Ruas e praças, de uma e de outra banda
Cruzadas de canoas.*

[Canto I, v. 221-224]

La métamorphose s'amplifie. La reine de l'Adriatique se mire dans le sertão humide:

*Tais podemos
Coa mistura das luas e das sombras
Ver por meio de um vidro transplantado
Ao seio de Ádria os nobre edifícios
E os jardins que produz outro elemento.
E batidas de remo e navagáveis
As ruas da marítima Veneza.*

[Canto I, v. 224-230]

C'est donc le jeu des ombres qui suscite Venise en ce paysage tropical. Un peu plus loin l'auteur revient à la peinture abstraite:

*Enfim junto a um ribeiro que atravessa
Serenos e mansos um curvo e fresco vale*

[Canto II, v. 2-3]

Il parvient malgré tout à le concrétiser, devenu "romantique", ou plutôt cadre romanesque:

*porque ao terceiro dia
Formados os achou sobre uma larga
Ventajosa colina, que de um lado
É coberta de um bosque e do outro lado
Corre escarpada e sobranceira a um rio.
[Canto II, v. 15-19]*

D'Homère le poète luso-brésilien imite souvent le réalisme, Ainsi la fin de Sepé:

*Viam-se dentro pelas rotas costas
Palpitar as entranhas. Quis três vezes
Levantar-se do chão: caiu três vezes,
E os olhos já nadando em fria morte
Lhes cobriu sombra escura e férreo sono.
[Canto II, v. 349-353]*

Pour décrire l'habitat indien, José Basílio da Gama use d'un vérisme incolore, où tout à coup frissonne la sensibilité:

*Todas estas vastíssimas campinas
Cobrem palustres e tecidas canas
E leves juncos do calor tostados
[Canto III, v. 17-19]*

Cependant le poète n'abandonne pas pour autant l'esthétique baroque, si naturelle aux ibériques. Ce retour va de soi, quand la sorcière indienne, dans le miroir d'eau, évoque Lisbonne. Au lieu de la cité se profile une allégorie qu'on voit

*Com o solto cabelo descomposto,
Tropeçando em ruínas enconstar-se.
[Canto III, v. 226-227]*

A la fois ville et femme, elle devient la métropole des Lumières, "gloire du grand comte" (Canto III, v. 251-252). Allégories aussi les passagères de la nef Serpent: Ignorance, Envie, Discorde, Fureur, Hypocrisie, laquelle

à elle seule représente la Compagnie. Les mêmes procédés baroques permettent de représenter Malagrida, guidé par Fanatisme, promis au garrot et au feu.

Le style néanmoins va encore varier. L'auteur se propose par exemple de créer une ambiance à la mesure de Lindoia. Cela se fait en traversant un paysage tragique, surréel et pour ainsi dire métaphysique:

*Pisaram finalmente os altos riscos
De escalvada montanha, que os infernos
Co' o peso oprime e a testa altiva esconde
Na região que não perturba o vento*
[Canto IV, v. 22-25]

De ces monts on n'aperçoit plus que le ciel, car tout le reste est voilé de brume. Si le soleil tire "le rideau gris de nuages en forme de vagues", ah! le joyeux spectacle! Voici en effet un tableau préromantique, digne de Gessner et tel que des années plus tard le concevra Lamartine pour *Jocelyn*:

*Podem
Daquela altura, por espaço imenso,
Ver as longas campinas retalhadas
De trêmulos ribeiros, claras fontes
E lagos cristalinos, onde molha
As leves asas o lascivo vento.*
[Canto IV, v. 37-42]

La nature demeure toutefois impersonnelle. Mais le paysage est sensibilité; il est émouvant. Pareil bucolisme échappe désormais au classicisme:

*Engraçados outeiros, fundos vales
E arvoredos copados e confusos
Verde teatro, onde se admira quanto
Produziu a supérflua Natureza.*
[Canto IV, v. 43-46]

Et soudain les éléments du paysage se personnalisent:

A terra sofredora de cultura
Mostra o rasgado seio; e as várias plantas,
Dando as mãos entre si, tecem compridas
Ruas, por onde a vista saudosa
Se estende e perde
[Canto IV, v. 47-51]

Pour amorcer la vision romantique le poète a dû revenir au baroque. Le résultat est la métamorphose. L'Europe campe dans l'environnement américain. Contrairement à l'attente, le romantisme ne se manifestera pas au détour du pittoresque indien, mais par le truchement d'un panorama alpin:

o vagaroso gado
Mal se move no campo, e se divisam,
Por entre as sombras da verdura, ao longe,
As casas brnaquejando e os altos templos.
[Canto IV, v. 51-54]

L'époque classique, comme la Renaissance, grâce au théâtre de collège, a connu les défilés chamarrés et la fantaisie des costumes. C'est pourquoi la peinture des Indiens échappe à l'indianisme coruscant des Romantiques et s'inscrit dans la ligne du XVIe et du XVIIe siècles. Elle se veut colorée, certes, mais essentiellement documentaire. Cobé a le front plat et le teint couleur d'urucu; il est armé d'une massue. Pindó porte le deuil de Sepé: aussi son panache est-il noir, trait de l'influence européenne. Les "joyeux" guaranis sont ornés de plumes bleues; leur ceinture est jaune. On dirait des perruches. Les lanciers de Tatu-Guaçu se revêtent le peaux de fauves. Les demoiselles d'honneur de Lindoia sont parées de plumes blanches.

Pour encadrer la mort de Lindoia, José Basílio da Gama reconstitue un cabinet de l'Amour. Le romantisme de l'ébauche devance Lamartine: on pense à ses grottes édéniques, qu'il s'agisse de *Jocelyn* ou de la *Chute d'un Ange*. Dans *Uruguai*, c'est un *lucus* transporté en Amérique. Toutefois le poète pioche dans les ruines arcadiennes. A vrai dire il délaisse le classique pour le style rocaille. De fait, il s'agit "d'un bois antique, obscur et noir; près d'une grotte profonde, il abrite une source

rauque, qui murmure, une tonnelle voûtée de jasmins et de roses” (Canto IV, v. 145-148). Or la sensibilité de l’écrivain ne cesse de frémir en ce paysage artificiel. La Villa Gregoriana, à Tivoli, a pu lui faire saisir, plus ou moins consciemment, ce passage du décor classique au rococo débouchant sur les échappées romantiques de l’Aniene. Les adjectifs vibrent: “lugar delicioso e triste”, “branda relva”, “mimosas flores”, “fúnebre cipreste”, “melancólica sombra”. Ainsi l’alliance du concret et de l’abstrait combine-t-elle l’objet et son effet. La jeune indie Lindoia a voulu confier à la Nature éternelle, mais encore impassible

O alheio crime e a voluntária morte

[Canto IV, v. 191]

Son suicide relève davantage d’une tradition littéraire, la mort de Lucrèce par exemple, ou de Gra dans la comédia do *Cerco de Diu* de Simão Machado, ou surtout Cléopâtre. José Basílio a voulu la teinter d’érotisme:

Descobrem que se enrola no seu corpo

Verde serpente, e lhe passeia , e cinge

Pescoço e braços, e leh lambe o seio.

[Canto IV, v. 157-159]

Et l’auteur d’invoque l’“égyptienne fastueuse” (Canto IV, v. 209), ce qui insère à nouveau l’épisode dans une esthétique et une sorte de contexte gréco-latin. *Uruguai* est aussi une oeuvre historique, encore que traitée sur le mode épique.

Le chant cinquième retourne au baroque, comme il convient, a priori, pour décrire une fresque jésuite. C’est ici que l’auteur se fait le séide de Pombal et participe à la campagne calomniatrice amorcée des années auparavant contre la Compagnie de Jésus. En vérité il ne s’agit que d’un écho, encore que José Basílio da Gama conçoive un véritable spectacle allégorique et pamphlétaire. Son montage fait apparaître le genre de l’énigme, jeu pratiqué dans les collèges depuis le XVIe siècle. Sur son trône la Compagnie donne ses lois au monde entier, parmi les sceptres, les couronnes, les tiaras et les vêtements de pourpre, qui jonchent le sol. Elle domine, flanquée de cadeaux corrompteurs et de fers ensanglantés. Régicide, on lui attire ni plus ni moins que le meurtre d’Henri III et d’Henri IV de France,

Delícia do seu povo e dos humanos

[Canto V, v. 16]

Aucune allusion particulière à la tentative d'assassinat perpétrée sur la personne de D. José premier. Cependant l'ex-jésuite dénonce l'apostolat impérialiste des disciples de saint Ignace, répandus à travers l'ancien et le nouveau Monde. L'énigme montre encore la *Liberté américaine* prostrée au pied du trône, enchaînée, soupirant, la tête baissée, condamnée à payer tribut. Elle rappelle les compagnies de commerce et de navigation des bons pères, gênantes, on le sait aujourd'hui, pour la politique monopoliste de Pombal. Elle condamne enfin les "indignes" rites chinois (Canto V, v. 53). On voit plus loin la Compagnie fomenter des intrigues de palais au Japon. Une autre partie de la fresque évoque divers méfaits, comme le complot de Londres (1606), le désastre d'El Ksar el Kebir et la collusion avec la dynastie castillane après 1578... On le note, l'auteur admet avec trop de facilité les ragots nécessaires à la critique pombaline. Il ne cherche pas à déchiffrer l'Histoire. Elle lui aurait permis à coup sûr d'innocenter bien des fois ses confrères. Il aurait appris en particulier que les jésuites animaient la résistance à la domination des Philippe. La simple lecture du P. Vieira lui eût montré les véritables objectifs d'une politique destinée à atténuer les méfaits de la colonisation et à maintenir les cultures spécifiques contre l'aliénation introduite en Amérique au XVI^e siècle. Bref il se contente, pour sauver sa peau, de reprendre en ce chant inutile et moins bien venu les thèmes déjà éculés et sournoisement persiflés par Voltaire de la propagande antijésuite. *Uruguai* finit sur la déconfiture de Balda et de Patusca, couple parallèle à D. Quichotte et à Sancho Pança. Le gros jésuite, à supposer que le titre de "frei" ne veuille désigner un frère mineur ou un prêcheur, ce qui étofferait en quelque sorte la diatribe anti-missionnaire, n'a garde d'oublier les "paços saborosos", les "vermelhos presuntos europeus", enfin la gourde caractéristique [Canto V, v. 121].

Un seul vers résume la victoire d'Andrade et définit une fois pour toutes, mais injustement, l'action missionnaire au Paraguay:

Cai a infame República por terra.

[Canto V, v. 135]

On a reconnu au passage le fameux “Ecrasons l’Infâme” de Voltaire et des écrivains “éclairés” du XVIIIe siècle.

En somme le chant cinquième a été surajouté pour les besoins de la cause, S’il a pu acheter les faveurs ou tout au moins la protection du comte de Oeiras, littérairement il est fort inférieur aux quatre autres. José Basílio da Gama se rachète toutefois, soulevant son masque, lorsqu’il reproche à la Compagnie d’avoir vite reculé et d’abandonner les Indiens à leur triste sort. Peut-être regrette-t-il même que la lutte n’ait pas été plus acharnée:

*abertas as portas, se descobrem
Em trajés de caminho ambos os padres,
Que mansamente do lugar fugiam,
Desamparando os miseráveis índios
Depois de expostos ao furor das armas.*
[Canto V, v. 107-111]

La fameuse liberté américaine, celle des enfants de Dieu, a vécu. Le césaro-papisme, grâce au traité de Tordesilhas, remis en application, retrouve vie, en cette bizarre vicissitude. Le “rude” Américain doit une fois de plus s’humilier sous le joug de l’Europe:

E a imagem do seu rei prostado agora.
[Canto V, v.139]

Le passage de la théocratie jésuite au pombalisme despotique ne présente pas un progrès pour la liberté indienne. Moyennant les quelques lâchetés du chant cinquième, José Basílio da Gama parvient à poser le problème de la colonisation en termes d’éthique certes, mais aussi de politique. En plein XVIIIe siècle, s’allument des titres tels que “le massacre des Indiens”, le cadeau empoisonné de la culture gréco-latine avec ses incidences sur le Droit, le sens de l’intérêt public qui débouche sur le génocide... Qui peut douter que la réponse du poète d’*Uruguai* penche sûrement en faveur de l’Indien?

Fonte: *Bracara Augusta*, v. XXVIII, n. 65-6. Braga, 1974, pp. 18-30.